

MASAS Y BALAS

Liborio Justo

Prólogo Daniel Campione

Liborio Justo



Masas y Balas

Masas y Balas

Prólogo
Daniel Campione



Justo, Liborio

Masas y balas : prólogo de Daniel Campione / Lobodón Garra ; con prólogo de : Daniel Campione. - 1a ed. - Buenos Aires : Biblioteca Nacional, 2007.

208 p. ; 19 x 13 cm.

ISBN 978-987-9350-19-5

1. Conflictos Sociales. 2. Luchas Sociales. I. Campione, Daniel, prolog. II. Título
CDD 303.6

COLECCIÓN REEDICIONES Y ANTOLOGÍAS
Biblioteca Nacional

Director de la Biblioteca Nacional: Horacio González

Subdirectora de la Biblioteca Nacional: Elsa Barber

Coordinación Editorial: Sebastián Scolnik, Horacio Nieva

Producción Editorial: María Rita Fernández, Ignacio Gago

Diseño Editorial: Alejandro Truant

Área de Diseño Gráfico: Sebastián Pardo, Axel Russo, Alejandro Truant,
Gabriela Melcon, Valeria Gómez, Juan Martín Casalla

© 2007, Biblioteca Nacional

Agüero 2502 (C1425EID)

Ciudad Autónoma de Buenos Aires

publicaciones@bibnal.edu.ar

www.bibnal.edu.ar

ISBN: 978-987-9350-19-5

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier medio de impresión o digital en forma idéntica, extractada o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma, sin autorización expresa de los editores.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA

Hecho el depósito que marca la ley 11.723

Índice

Prólogo	7
Advertencia del autor	31
Masas y Balas	35

Prólogo

Liborio Justo, perfil de un indomable

Dirigente de agrupaciones encuadradas en la izquierda radical por los últimos años treinta y los primeros cuarenta, narrador de relatos realistas, historiador con varias obras sobre Argentina y América Latina, fotógrafo tan *amateur* como eximio, viajero inveterado por latitudes disímiles y a veces insólitas, estudioso de la geografía y la fauna de regiones alejadas, habitante solitario por largos años de unas islas entre-rianas. Esos rasgos parecerían englobar varias biografías, sin embargo todos convergen en una sola persona: Liborio Justo. Liborio vivió entre los años 1902 y 2003, dueño así de una vida centenaria que abarcó todo el siglo pasado y le permitió asistir al comienzo del actual. Fue un personaje múltiple, proteico. Ello incluyó el uso de seudónimos, ya que solía firmar sus producciones narrativas como Lobodón Garra, mientras que la mayoría de sus intervenciones políticas aparecían con el apelativo *Quebracho*, que en ocasiones utilizaba también para firmar su producción de temática histórica.¹

Su temprana autobiografía, escrita antes de los 40 años, y titulada *Prontuario*² lo muestra con una personalidad celosa de su independencia, un intelectual autodidacta (pasó sólo brevemente y sin graduarse por la universidad) con intereses muy vastos, que en lo ideológico se acerca primero al ideario democrático de la Reforma Universitaria, para definirse luego hacia

1. En sus primeras épocas de militancia trotskista aparece también fugazmente con el seudónimo *Bernal*.

2. Esa autobiografía ha sido objeto de una reciente reedición, en un volumen compartido con los relatos titulados *La tierra maldita* y *Prontuario*. *Prontuario-La Tierra Maldita. Una autobiografía-Relatos bravíos de la Patagonia Salvaje*, Buenos Aires, Ediciones B, 2006.

la izquierda radical. Mientras reside en Nueva York, en los primeros años treinta, milita vendiendo el *Daily Worker*, periódico del Partido Comunista, y culminará un giro de 180 grados respecto al tipo de ideas y acciones que podrían esperarse de su pertenencia de clase original, ligada a apellidos patricios y a vastas fortunas. A la hora de dar una explicación a ese giro, menciona tres factores que signan su itinerario: "a) la opresión social provocada por el orden existente que me impedía lograr la plenitud del desarrollo de mi personalidad, b) la opresión circunstancial derivada del encumbramiento político de un familiar... y c) la opresión nacional que resulta de la acción del imperialismo sobre la sociedad a que pertenezco".³

Con respecto al segundo factor mencionado, haber pasado a ser el hijo del presidente argentino, Liborio ofreció una respuesta, en su provocativo estilo. Nos referimos al famoso grito *¡Abajo el imperialismo norteamericano!* que profirió en 1936, en presencia del mandatario norteamericano, Franklin D. Roosevelt, y de su padre, el presidente argentino Agustín P. Justo, ambos reunidos en el recinto del Congreso Nacional.⁴

Sus cuentos sobre la Patagonia, publicados exitosamente bajo el título *La tierra maldita*—cuya primera edición fue de 1933, y que podrían ubicarse en un realismo social característico de la izquierda— le habían dado cierta notoriedad literaria, y preanunciaban su definición ideológica. Al tiempo de regresar de EE.UU. se vinculó con el Partido Comunista de Argentina, para producir poco después una ruptura pública con esa organización, que volcó en una carta abierta publicada en la revista *Claridad*. Básicamente,

3. Justo, Liborio, *Prontuario*, p. 283.

4. Justo, Liborio, *Prontuario...*, pp. 275-278.

condenaba en ella el viraje comunista a la política de frentes populares y se declaraba trotskista. A su ruptura con el PC hace referencia en *Prontuario*, fundándola allí en el rol jugado por el comunismo en torno a la revolución española: "Fue allí donde el papel nefasto del llamado partido 'comunista' aplastando la revolución popular junto con el 'socialismo' amarillo y apuntalando con todo su aparato policial el carcomido régimen burgués de la República, se hizo tan evidente, que juzgué imposible, en ninguna forma, seguir como cómplice de actitud de tal naturaleza"; y luego continúa: "... ese partido, para mayor escarnio nuestro, está dirigido por un individuo lleno de grasa en el cuerpo y en el cerebro, y sin otra condición destacable que la flexibilidad de su columna vertebral frente a la burocracia del Kremlin: el súbdito italiano Vittorio Codovilla... Si todavía hay algún tonto que lo siga, la altura del maestro está indicando a las claras la altura de los discípulos".⁵ El último pasaje constituye un buen ejemplo del furibundo estilo polémico que Liborio Justo conservó toda la vida, sin detenerse ante consideraciones personales o burlas de trazo grueso.

Militancia política y trotskismo

Al tiempo, Justo hará efectiva su incorporación a las corrientes trotskistas, que si bien desde hacía unos años habían iniciado su trayectoria en el país, todavía estaban reducidas a pequeños grupos, sin influencia real en el movimiento obrero ni cohesión entre ellas. Él intenta jugar como un elemento

5. *Prontuario*, p. 283.

dinamizador, apoyado en que era alguien con recursos intelectuales e incluso sociales y materiales aptos para cumplir un cierto rol de liderazgo, o al menos para instaurar una discusión más rica y más ligada a la acción que la existente hasta entonces.⁶ Al tiempo de comenzar su actividad, y vivir los choques entre personalidades y pequeños grupos, lanzó una fuerte crítica al accionar trotskista de toda la década anterior, en un folleto titulado "Cómo salir del pantano". Su énfasis teórico particular estaba puesto en el carácter semicolonial de Argentina:

"... ha sido, durante largos años, una especie de apéndice económico de Inglaterra (...) Esta situación deformó por completo el desarrollo armónico de las fuerzas productivas del país, paralizando su evolución industrial y la consiguiente creación de un mercado interno, al mismo tiempo que permitiendo a la oligarquía ganadera argentina (en connivencia con la burguesía comercial porteña) (...) eternizarse en el poder hasta llegar a constituir el principal freno al progreso de la República..."⁷

Eso lo llevó a debatir con los trotskistas que postulaban que Argentina poseía un mayor grado de desarrollo y era, por tanto, susceptible de que allí se desarrollara un proceso revolucionario de carácter inicial y definitivamente socialista, sin atender al problema de la liberación nacional que planteaba

6. Coggiola, Osvaldo, *Historia del trotskismo argentino (1929-1960)*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1985, p. 27 y ss.

7. Quebracho, "Frente al momento del mundo, qué quiere la Cuarta Internacional", Buenos Aires, Acción Obrera, 1939.

Justo. Se entabló así un debate destinado a tener una duración muy prolongada, y que dio lugar a una profusa producción teórica e histórica dentro del trotskismo en particular y en el campo de la izquierda en general.

La organización creada por Liborio, el Grupo Obrero Revolucionario (GOR), se dispersó al poco tiempo de su creación, quedando reducido a pequeños grupos, con Liborio haciendo su balance en *Centrismo, ooportunismo y bolchevismo*, un trabajo que publicó en 1940. Luego logró reconstruir un núcleo que pasó a denominarse LOR (Liga Obrera Revolucionaria) polemizando con otra corriente, llamada LOS (Liga Obrera Socialista). El grupo de Justo sostenía la necesidad de un proceso de liberación nacional, con tareas democráticas, antiimperialistas y de transformación agraria. También reivindicaba la composición social de la LOR, con predominio obrero, frente al grupo "pequeño burgués" que lo enfrentaba. Se afirma en las historias del trotskismo que el aporte fundamental de Liborio a esa corriente fue haberle dado importancia a la cuestión nacional.⁸

Cuando los otros grupos trotskistas se unifican en el Partido Obrero de la Revolución Socialista (PORS), en 1941, Liborio respondió acusando al representante de la Cuarta Internacional, que había sido mentor de esa unificación, de "agente imperialista" y, poco después, en 1942, planteó directamente la ruptura con la Cuarta Internacional. En esas circunstancias la LOR se dispersa y Liborio se queda prácticamente solo. Escribió tiempo después el libro *Trotsky y Wall Street*,⁹ en el que tildaba al propio Trotsky de haber capitulado

8. González, Ernesto (coord.), *El trotskismo obrero e internacionalista en la Argentina*, tomo I, p. 74. Coggiola, O., *op cit*, pp. 31-34.

9. Justo, Liborio, *Trotsky y Wall Street. Cómo el líder de la Cuarta Internacional se puso*

frente al gobierno burgués mexicano de Cárdenas, e incluso acusándolo de haberse puesto al servicio del imperialismo. Seguirá sustentando esa peculiar posición sobre el revolucionario ruso hasta el final de sus días, como lo atestigua una declaración de 1994:

"León Trotski, detrás del palabrerío revolucionario que lo acompañó siempre, se alió al gobierno burgués de Lázaro Cárdenas, atado al imperialismo yanqui, hizo expulsar a sus partidarios revolucionarios declarándose demócrata, buscando salvar su vida o luchar mejor con su rival Stalin, y hasta se transformó en informante del gobierno de EE.UU.¹⁰

Mas allá de su opinión sobre Trotski, la obra del revolucionario ruso siguió siendo una de sus fuentes de inspiración.

En su libro *Estrategia revolucionaria*, de 1957, hará un balance de estos momentos fundacionales del trotskismo argentino, criticándole "un criterio erróneo y metafísico que trató de trasplantar al medio semicolonial de América Latina las consignas aplicables a los países europeos... Ignoraron la unidad de América Latina así como negaron la necesidad de su liberación nacional...".¹¹ Fiel a su estilo polémico lapida a sus contendientes de la época, llamándolos, entre otros epítetos, "microcéfalos".

al servicio del imperialismo yanqui en México, Buenos Aires, Badajo, 1959.

10. Carta 21/7/1994 a Casilla de Correos N° 71, Sucursal N° 3, Capital. Documento inédito facilitado por la señora Mónica Justo.

11. Quebracho, *Estrategia revolucionaria (Lucha por la unidad y la liberación nacional y social en América Latina)*, Buenos Aires, s/e, 1957, p. 44.

Algunos apuntes sobre la obra de Justo

A partir de la disolución de la LOR en 1943, Justo ya no será un militante encuadrado en ninguna agrupación de izquierda, pero mantendrá inalterables sus ideas fundamentales, expresadas a través de su nada desdeñable producción escrita, volcada en buena parte a la temática histórica y política, con algunas incursiones cercanas a la ficción, y otras en la crítica literaria, sin descartar acercamientos a estudios geográficos y de ciencias naturales.¹² Mas allá de su alejamiento del trotskismo, seguirá definiéndose marxista-leninista, asignándole centralidad a la problemática de la "liberación nacional" y adoptando posiciones de izquierda radical. El "latinoamericanismo" fue una característica permanente de Justo, asociado a un potente antiimperialismo que supo ver en su momento el giro desde la preeminencia del capital británico al período signado por el predominio no sólo económico sino político-militar de Estados Unidos. Dedicó parte de su obra a predicar la integración latinoamericana, y en particular un libro completo a la integración argentino-brasileña.¹³

En 1956, Milcíades Peña lo invitó a formar parte de la revista *Estrategia*, un intento unificador de la intelectualidad de izquierda. Tras una aceptación inicial, Justo rechaza el ofrecimiento, diciendo textualmente "prefiero quedarme solo", y eso pasa a ser una decisión cuasi definitiva. Liborio seguirá siendo un atento observador y estudioso de la reali-

12. En revistas como *Fray Mocho*, *Revista Geográfica Americana*, *El Hogar*, *Caras y Caretas*, entre otras, se publicaron artículos sobre los viajes y exploraciones de Liborio Justo, con frecuencia acompañados de fotografías tomadas por él mismo.

13. Justo, Liborio, *Argentina y Brasil en la integración continental*, Buenos Aires, Centro Editor de América Latina, 1983.

dad nacional, continental y mundial, pero sin formar parte de ninguna organización política, y ni dar lugar a discípulos o escuelas inspiradas por él. El trabajo en soledad se convierte en una característica suya inalterable.

En otro orden está su obra narrativa, en la que refleja sus propias experiencias de vida, de viajero y explorador. *La tierra maldita*, original de 1933, es producto de sus viajes por la Patagonia austral. Su experiencia de poblador de las islas del Ibicuy durante varios años dio como resultado *Río Abajo*, también una serie de relatos.¹⁴ Su estancia en el Ibicuy tal vez haya tenido que ver con el abandono de la militancia política activa, contrapesando el tiempo pasado en el febril mundillo de las agrupaciones trotskistas con la vida en parajes poco poblados y aislados. El *Quebracho* de las fuertes polémicas y los folletos críticos del orden de cosas existente y de las otras corrientes revolucionarias, parece haber dejado paso a un período signado por la soledad y la reflexión, quizá no casualmente contemporáneo a la entronización del peronismo, situación política difícil para quienes no cultivaban el peronismo pero tampoco el antiperonismo clásico, como era el caso de Justo. Al volcar esa experiencia en la escritura, se reafirmó su tendencia realista, hasta despiadada, a la hora de pintar al ser humano en conflicto con la naturaleza y sumido en la soledad.

El abandono de la militancia organizada no implicó que Justo dejara de intervenir políticamente a través de sus escritos, sobre todo en la década de los 50 y los 60, desde su ya citada *Estrategia revolucionaria*, hasta su enfoque crítico sobre las guerrillas en Bolivia,¹⁵ pasando por escritos sobre experiencias como la Unidad Popular chilena o la llamada Revolución Peruana.

14. *Río Abajo. El drama de los montes y los esteros de las islas del Ibicuy*, Buenos Aires, 1955.

15. Justo, Liborio (Quebracho), *Las guerrillas en Bolivia. ¿Cuál es el camino para la revolución en América Latina?*, Rojas Araujo Editor, s/f.

Una obra destacable es su libro dedicado a la revolución boliviana de 1952.¹⁶ Esa obra aparece entroncada en un internacionalismo ligado a la visión de "revolución continental", y a un entusiasmo reflexivo pero muy intenso frente a la gran movilización de masas trabajadoras e indígenas, y frente al extraordinario hecho del ejército derrotado en lucha abierta por los mineros y otros sectores obreros. En su capítulo final no se ocupa tanto de la "traición" de los dirigentes "burgueses" como de las falencias de los revolucionarios a la hora de comprender la situación y tomar el proceso revolucionario efectivamente en sus manos. Su publicación en 1967, por la misma época de la guerrilla del Che, puede tener que ver con el propósito de presentar a una revolución proletaria, con una situación en su momento de "doble poder" que la dirigencia revolucionaria habría malogrado, como contracara del llamado "foquismo" de las guerrillas.

De la misma época es su folleto sobre la guerrilla boliviana, en el que defiende la tesis de la "excepcionalidad" del proceso revolucionario cubano, triunfante a raíz de haber sido la primera experiencia de ese tipo y por tanto irrepetible en otros países de América Latina. Además señala como un error específico el intento en Bolivia, donde existía un campesinado que ya había vivido un proceso de reforma agraria tras la revolución de 1952, y un movimiento obrero minero que no había recibido apoyo en sus luchas de los años inmediatos anteriores. Su posicionamiento es, por tanto, contrario a la estrategia guerrillera, y apuesta a los levantamientos de masas, con amplio protagonismo obrero.¹⁷

16. Liborio Justo, *Bolivia, la revolución derrotada* (Raíz, proceso y autopsia de la primera revolución proletaria de la América Latina), Cochabamba, 1967

17. Justo, Liborio, *Las guerrillas en Bolivia...*, p. 29.

En torno a los años sesenta comenzó a cultivar la escritura sobre la historia argentina, a la que percibía como estrechamente entrelazada con su historia familiar. Realizó un intento de historia argentina integral, en cinco tomos y un apéndice, *Nuestra Patria Vasalla*, cuya publicación abarcó cerca de un cuarto de siglo. Desde el tatarabuelo que luchó en las invasiones inglesas, hasta la india pampa que participó de su crianza, Justo parece considerarse a sí mismo un paradigma de identificación prolongada con estas tierras. Antes de comenzar *Nuestra Patria Vasalla*, Justo escribe: "En los años 1806 y 1807, Pedro Padroza, español, tatarabuelo del autor de este libro luchó contra los invasores ingleses... Cuatro años más tarde, James Harris, inglés, también tatarabuelo del autor, integró la tripulación de la escuadra de Buenos Aires que, al mando de Guillermo Brown, emprendió la lucha contra los españoles de Montevideo....". Liborio Bernal, su abuelo, luchó contra las montoneras de Chacho Peñaloza, intervino en la guerra del Paraguay, fue comandante del fuerte de Carmen de Patagones, gobernador militar de Río Negro, y en 1893 fue nombrado interventor federal en la provincia de Santa Fe, donde participó en la represión a la insurrección de inspiración radical de ese mismo año. Sus antepasados de apellido Justo también tuvieron destacada actuación pública: uno fue gobernador de Corrientes, y su padre, general, primero llegó a ministro de Guerra y después a presidente de la Nación. Liborio escribe: "La historia de la República Argentina es, pues, en cierto modo, para el autor de este libro (...) la historia de su familia y, en ese sentido, considera tener derecho de hablar sobre ella y decir al respecto todo lo que tiene que decir".¹⁸ Aquí parece resonar

18. Justo, Liborio, *Nuestra Patria Vasalla*, (*Historia del coloniaje argentino*) Tomo I. *De los Borbones a Baring Brothers. Mayo y Antimayo*, Buenos Aires, Schapire, 1968, página inicial sin numerar.

cierto tono aristocratizante en la apostura de Liborio: escribe la historia del país, entre otros motivos, porque ésta se confunde con la historia de su familia.

Apunta allí a exponer la historia argentina desde su punto de vista antiimperialista y de necesidad de liberación nacional, algo que explicita desde el título y subtítulo de la obra: *Nuestra Patria Vasalla. Historia del coloniaje argentino*. El conjunto de la obra está presidido por la idea de que Argentina nunca ha alcanzado a ser una nación, que el sentimiento nacional quedó diluido detrás de un cosmopolitismo hijo del sometimiento a las metrópolis del gran capital. Su trabajo está atravesado, a nuestro juicio, por la tensión irresuelta entre el afán de producir un relato general sobre la historia nacional, y el de aplicar la modalidad interpretativa que sostiene sobre el origen y desarrollo de la sociedad argentina. Tiene apuntes interesantes, sobre todo en lo relacionado al vínculo de Argentina y sus clases dominantes con Gran Bretaña primero y con Estados Unidos posteriormente.

Es otro de sus trabajos historiográficos, *Pampas y lanzas*, el que marca un punto más alto en este campo, sobre todo por la radical y fundamentada defensa que hace de los indígenas en su lucha con los terratenientes y el Estado nacional argentino, sumándole la presentación de la guerra en la frontera como una gesta de vastos alcances. Logra ser convincente en transmitir lo que desde la "civilización" se visualizaba como "la guerra al malón" como una epopeya en defensa de una identidad, un modo de vida y un territorio:

"Fue una guerra extraordinaria, sin tregua ni perdón, salpicada de hechos heroicos y portentosos, algunos de los cuales oscurecen a los más grandes ocurridos en toda la historia del país: el indio de-

fendiendo su suelo, sus propiedades, sus familias, sus costumbres, su libertad; el cristiano, valido de todos sus recursos y de su mayor número, pugnando por arrebatarse las tierras y los animales y tratando de reducirlo a la esclavitud".¹⁹

Liborio considera la herencia indígena como un componente olvidado pero insustituible de lo nacional, por eso su pregunta retórica: "¿Quién se acuerda del indio de la Pampa al reivindicar lo nacional?".²⁰ Justo propone la entronización del indio como figura fundante y simbólica de la identidad nacional, en tanto que representante de una verdadera guerra contra la oligarquía dominante.

Llama también la atención en la obra, la apreciación poco benévola que hace de la figura social del gaucho, Para su particular prisma, el gaucho equivale al *lumpenproletario*, sometido por su miseria y sin espíritu de rebeldía, mientras que el indio, en particular el de la llanura pampeana encarna, a su juicio, una larga y heroica lucha contra el poder estatal y los terratenientes:

"... el gaucho no solamente se sometió a los patrones estancieros y a los comandantes militares, sino que éstos, manejándolo como esclavo, lo amaestran para hacerlo servir de perro de presa en las guerras contra el indio araucano de la Pampa, indomable e irreductible".²¹

19. Quebracho, *Pampas y lanzas* II, Buenos Aires, Badajo, 2002, p. 189.

20. *Ibidem*, p. 288.

21. *Ibidem*, p. 267.

A ello agrega la impugnación de la utilización del gaucho (una vez extinguido como tal, podría agregarse), como figura emblemática de los valores y tradiciones argentinas, operación de las clases dominantes que tiene como una pieza fundamental la consagración de *Martín Fierro*, como gran libro nacional, lo que Justo recuerda críticamente, incluyendo el papel jugado por Leopoldo Lugones en ello, cuando ante lo más granado del *establishment* proclamó al *Martín Fierro* "nuestro poema máximo y la fuente más pura de nuestra tradición".²²

En cuanto a *Masas y balas*, del que después hablaremos, es un libro que se ubica en un impreciso punto intermedio entre la narrativa y la escritura historiográfica.

Justo incursionó también en la crítica literaria, en la que se dedicó a opinar sobre los escritores argentinos. Lanzó juicios lapidarios sobre variados "próceres" de las letras nacionales, haciendo gala una vez más de un estilo fuertemente polémico, ajeno por principio a cualquier "diplomacia" o respeto de reglas preestablecidas. Valga como ejemplo un juicio en el que asocia a Lugones y Borges:

"... podemos afirmar que si Leopoldo Lugones fue el poeta del Shorthorn y del 'chilled beef', en la época del predominio de la oligarquía, hoy Borges, con la decadencia de ésta, y la preponderancia del imperialismo, lo es del Fondo Monetario Internacional".²³

Su mirada es más benévola, sin dejar de ser crítica,

22. *Ibidem*, p. 282.

23. Garra, Lobodón, 1900-2000 "*Cien años de Letras Argentinas*" (*Enfoque polémico sobre nuestra expresión*), Buenos Aires, Badajo, 1988.

cuando se ocupa del grupo Boedo y de Roberto Arlt, en gran medida porque los consideraba parte de un esfuerzo literario procedente de las clases subalternas y vinculado a un ideal de revolución social.

La actuación pública y la escritura de Liborio Justo reconocen una coherencia indudable. Siempre se orientó al combate contra las fuerzas del *establishment* en sus variadas expresiones, oponiéndoles de modo invariable sus posiciones revolucionarias, articuladas en un antiimperialismo latinoamericanista, en clave de liberación nacional. El mismo espíritu impregna todas sus páginas, y a su servicio desarrolló su vitriólica vena polémica, que no perdonó ninguna expresión del poder, desde los gobernantes hasta los representantes de la cultura oficial, pasando por las grandes empresas, en particular las extranjeras. Su soledad fue sin duda expresiva de características personales, pero también de las deficiencias de articulación de una izquierda argentina aquejada de debilidad y dispersión.

Masas y balas: Escritura sobre la crisis y la revolución

Masas sufrientes, en movimiento, en lucha contra las patronales y el Estado. Balas lanzadas contra ellas por uniformados o por servidores privados de los patrones. Allí está la clave transparente del título de este libro, publicado en el año 1974, cuatro décadas después de los diferentes sucesos históricos que en él se narran. En la "Advertencia" de Justo que precede al libro se lee: "Todos los sucesos que se relatan en este libro son históricos y ocurrieron –salvo algunas narraciones retrospectivas– entre los años 1931 y 1935, durante los días más dramáticos de la gran crisis económica mundial".¹

Para la militancia revolucionaria de la época, la gran crisis marcaba el cumplimiento de la profecía del ocaso definitivo del capitalismo. Así lo vio el propio Justo, tal como lo atestigua en *Prontuario*, cuando profetiza la extinción del capitalismo y la conversión del Empire State en "un museo de la opresión imperialista".² La revolución mundial, no realizada inmediatamente después del Octubre ruso, debería tener entonces, lugar ante la evidencia de un capitalismo que se derrumbaba desde la base, y en su principal metrópolis, Estados Unidos. Allí estaban para atestiguarlo poderosas organizaciones sindicales; los partidos comunistas, volcados durante ese lapso a la política ultraizquierdista de "clase contra clase", y grupos trotskistas o de otras líneas críticas del comunismo oficial. Pero sobre todo, la existencia de un clima de empobrecimiento y descontento, que podía convertirse en actitud rebelde y de allí en rebelión franca y organizada, sobre el que actuaba una militancia experimentada y a menudo heroica.

1. Garra, Lobodón (Liborio Justo), *Masas y balas*, Ediciones de la Flor, 1974, p. 9.

2. Justo, Liborio, *Prontuario...* p. 300.

Masas y balas es una obra en la cual el enfrentamiento entre clases es tema central y excluyente. Todo remite, directamente o de modo apenas oblicuo, al antagonismo, activo o larvado, entre empresarios y trabajadores, explotadores y explotados, ricos y pobres, propietarios y desposeídos. El conjunto de la sociedad, incluyendo instituciones pretendidamente no penetradas por el conflicto social, como las fuerzas armadas, se sacude la inercia y la tradición para dar paso a la confrontación, portando proyectos de transformación social radical, o de defensa violenta del orden existente.

Sobre ese escenario cada relato refleja episodios de combate social en uno o más países del continente americano. Hay dos espacios: el Cono Sur en los cuatro primeros capítulos, y el centro imperial norteamericano, atravesando su momento más crítico, en el último. Justo entrega unos relatos difíciles de clasificar entre la narrativa, las memorias y la historiografía. Tiene elementos de las tres, aunque a nuestro juicio predominan las dos últimas.

Cada capítulo contiene uno o más episodios reales, expresivos del agudo conflicto social de la época. En el contexto de la crisis económica mundial desatada en 1929, aparece claramente el interés de Justo de reflejar la reacción que frente a ella expresan las luchas populares y lo que él entiende como su potencialidad revolucionaria.

Justo no busca "ficcionalizar", no construye una trama de cuento, ni se detiene mayormente en describir caracteres individuales o explicar reacciones personales. Toda su labor en la escritura parece orientada a transmitir la sensación de que estamos asistiendo a un pasaje de la vida real, sin modificaciones, agregados ni adornos de ningún tipo. Sus relatos no tienen "protagonistas" en el sentido clásico del término. Siempre el rol central lo juegan las clases trabajadoras en su

conjunto, con prioridad de sus sectores activos y rebeldes. Cuando se ocupa de la sublevación de la escuadra chilena, en el segundo relato, no deja de destacar que los sublevados son proletarios o campesinos de uniforme.

Afiches callejeros, titulares de diarios, discursos de oradores improvisados, son transcritos para fortalecer el "toque de realidad" de lo contado. Muchas veces éstos remiten a hechos francamente atroces, a una miseria manchada de sangre: "En el interior de la celda del Reformatorio de Menores, Sabino Godio, argentino, de 10 años de edad, se ahorcó empleando un cinturón que había trenzado con un alambre".³ "Cuando las llamas llegaban al abdomen del negro, alguien se adelantó y le arrojó gasolina a todo el cuerpo. En sólo pocos minutos el negro quedó reducido a cenizas."⁴

El primero y más extenso de los capítulos transcurre en Buenos Aires, en un momento de conflicto obrero (huelga de los frigoríficos y también de la construcción), llegada de inmigrantes europeos y de las provincias del Norte y formación de las "villas desocupación" en las que se apiñan los desempleados. El relato sigue un ritmo acelerado, casi cinematográfico, en el que carteles, titulares de diarios, proclamas sindicales, ofrecimientos de trabajo, se incorporan con fuerza al clima del relato. En esas páginas se apretujan episodios, como la construcción del subterráneo Lacroze, el desempeño de las agencias de colocaciones, la mencionada huelga en los frigoríficos, el relato retrospectivo de los sucesos de la "Semana Trágica". Todos resultan vívidos, contiguos o mezclados entre sí, componiendo una visión de conjunto signada por la

3. Garra, Lobodón (Liborio Justo), *Masas y balas...* p. 62.

4. *Ibidem*, p. 150.

pobreza lacerante y una lucha de clases directamente relacionada con ella. Por momentos se proyecta hacia otra época, como la ya mencionada Semana Trágica, o a otro lugar (las provincias del interior en los recuerdos de una muchacha que emigra a Buenos Aires). El clima de angustia y opresión está indudablemente logrado. Buenos Aires es descripta ampliamente como una ciudad en agonía, en trance de disolución o conmoción social generalizada.

El capítulo sobre la sublevación de la escuadra chilena apunta a un momento histórico muy especial, de grandes luchas sociales en Chile, con protagonismo del proletariado minero, y del Partido Comunista. En ese clima se inserta la sublevación de la escuadra, que logró alzar contra el gobierno a casi toda la marina chilena y llegó a adoptar por un momento consignas socialistas y a favor de la formación de soviets. Liborio logró entrevistar a uno de los máximos protagonistas, el cabo Astica, y de allí surge el relato,⁵ precedido por la descripción de un viaje en tren por el norte minero de Chile que Liborio había realizado, que sirve para presentar un cuadro de pobreza y desesperanza, que constituye el telón de fondo de la sublevación de la marinería. Justo logra transmitir la especial fuerza de un acontecimiento histórico fuera de lo común: la rebelión de una fuerza armada casi completa, bajo el mando de sus suboficiales, con un cabo dispensero como principal líder. Destaca la participación y solidaridad obrera en el alzamiento, y valora lo inusitado del episodio, mas allá de la posterior dispersión y represión del movimiento.

Luego se ocupa del estallido de la guerra boliviano-paraguaya por el llamado Chaco boreal. Es el más "internacional"

5. *Ibidem*, p. 9.

de los relatos. Pinta el reclutamiento de indígenas y campesinos para marchar al matadero bélico tanto del lado boliviano como del paraguayo, y transcribe una extensa proclama antibélica emitida en Uruguay, país que de esa forma entra en el libro. La guerra del Chaco sirve de marco para la denuncia de las opresivas condiciones de vida en obrajes madereros e ingenios yerbateros. Y de nuevo se remonta hacia atrás en el tiempo para referir la huelga de La Forestal, en el norte argentino, sangrientamente reprimida en los albores de los veinte.

Ese relato articula los distintos países: remite a Bolivia, Paraguay, Argentina y Uruguay, mostrando las migraciones de los trabajadores y las condiciones similares de explotación y represión. Además muestra, sobre todo en el pasaje referido a Uruguay, el espíritu antibélico y la prédica de solidaridad supranacional entre los trabajadores de los países en guerra que, como en este caso, van a la muerte por los intereses de las grandes compañías petroleras.

En el capítulo destinado a Brasil se combina el alzamiento comunista de 1935 con las imágenes de una década antes, las de la extraordinaria marcha de la columna encabezada por Luis Carlos Prestes por el territorio brasileño, desde el Nordeste al Mato Grosso y al extremo sur del inmenso país, de más de treinta mil kilómetros. El levantamiento de 1935 dirigido por comunistas ha sido objeto de más de un tratamiento histórico y literario, pero la seca crónica que del mismo y de su sanguinaria represión hace Liborio tiene una frescura e inmediatez difíciles de superar.

El último capítulo tiene que ver con las paradojas del propio Justo. Liborio, en su momento admirado del progreso técnico y urbano de EE.UU., que le había parecido un paradigma de futuro deseable en su primer viaje, cierra este libro pintando una sociedad norteamericana en virtual estado de

disolución bajo los efectos de la gran depresión y sufriendo una ola de huelgas que recorría desde los trabajadores de las acerías de Ohio a los estibadores de los puertos de la bahía de San Francisco. El territorio de la prosperidad universal, del ascenso generalizado como vía de igualación, se revelaba marcado a fuego por la concentración capitalista monopólica y las desigualdades consiguientes; el discurso de una "sociedad de propietarios" se trastrocaba en las largas filas para recibir un plato de sopa. Y se mostraba atravesado por un combate de clases de singular intensidad, que los inicios del *New Deal* rooseveltiano procuraban atenuar. En ese escenario, el autor refiere los episodios de represión y también los linchamientos y las complicidades estatales en los mismos.

Justo enhebra así cinco relatos, escritos "desde abajo", con la atención puesta en los sufrimientos y las consiguientes rebeliones de las clases subalternas de distintos países de América.

Masas y balas trae el eco de un clima social convulsionado, de una confrontación violenta, que es puesta por el autor bajo un apenas implícito signo constructivo, de fondo optimista. Las masas que describe Liborio se alzan por hambre material, pero también por sed espiritual de justicia. Por espontánea ira contra la explotación, los sufrimientos y humillaciones sufridas, y asimismo por la acción consciente de los militantes en su seno, por la labor perseverante, cuando no heroica, de los que dedican su vida a luchar contra el sistema social imperante. Las acciones espontáneas se combinan con los actos deliberados de los organizadores, y el todo parece converger en una acción emancipatoria con reales posibilidades de triunfo, en clave de una militancia que ve, incluso en las derrotas, lecciones que capitalizar y por tanto anticipo de victorias venideras.

Masas y balas, las masas en movimiento y el poder que no trepida en prodigar las balas para reprimir la movilización

y la lucha. La fórmula se repite en los cinco relatos, el Estado burgués retoma sus posiciones perdidas o amenazadas, chapoteando sobre la sangre de los trabajadores y pobres sacrificados en nombre de "la ley y el orden".

Todo está redactado con una escritura despojada, que busca dar sensación de impersonalidad. Se trasunta un concepto de literatura identificado con una suerte de hiperrealismo o naturalismo de intención social, donde el objetivo central no excede el mostrar, de forma clara y comprensible, los hechos del proceso histórico, sin dar paso a ninguna expansión retórica, pero tampoco a la toma de distancia, o a la adopción explícita de una perspectiva valorativa o teórica. El punto de vista está implícito por el tipo de acontecimientos que se relatan y los sucesos que se exhiben, pero el autor parece tributar a la idea de que "los hechos hablen por sí mismos". Y en efecto, logra producir en el lector la sensación de que se halla frente a documentos históricos, más que ante una pieza literaria.

Daniel Campione

Advertencia

Todos los sucesos que se relatan en este libro son históricos y ocurrieron —salvo algunas narraciones retrospectivas— entre los años 1931 y 1935, durante los días más dramáticos de la gran crisis económica mundial.

En parte de ellos el autor participó personalmente, llegando de Europa en tercera clase con los inmigrantes; recorriendo los ambientes porteños de entonces que aquí se describen, así como las agencias de colocaciones de Avellaneda, la construcción del subterráneo, Villa Desocupación; viviendo de cerca la huelga de los frigoríficos —de la que obtuvo informes adicionales de su dirigente José Peter— y otros hechos sobre los que tomó apuntes que han sido utilizados para escribir estas páginas. También recorrió en esa época la pampa salitrera chilena y viajó en tren en tercera desde Antofagasta hasta Santiago, en una marcha de tres días; subió por el Alto Paraná con los "mensús", bajando luego con revolucionarios brasileños desertores de quienes formarían la Columna Prestes; trabajó de peón en un obraje de Puerto Pinasco (Alto Paraguay), donde lo hicieron también aquéllos; permaneció detenido brevemente en una prisión en Santa Ana do Livramento en el Brasil; vivió y actuó en el medio entonces convulsionado de Estados Unidos, especialmente en Nueva York, donde participó en la manifestación del 1º de Mayo de 1934, que se reseña y, asimismo, por un tiempo, vendió un diario obrero por las calles del barrio negro de Harlem.

En cuanto al relato de la sublevación de la escuadra de guerra de Chile, para escribirlo, aparte de los diarios de la época y de la bibliografía existente, el autor conversó en Valparaíso con el ex cabo despensero Manuel Astica, uno de los principales

cabecillas del movimiento. Los demás episodios que se refieren a continuación están igualmente documentados. También las citas de periódicos, volantes, títulos de diarios, etc., son auténticas. En cuanto a las coplas que se reproducen pertenecen al cancionero popular regional.

Todo el material que se publica es inédito, excepto el relato de la sublevación de la escuadra chilena, que fue editado en un folleto por la revista Punto Final, de Santiago, el 28 de septiembre de 1971, con motivo del 40 aniversario del suceso, provocando esta publicación hondo impacto en Chile, tanto entre la izquierda como entre la derecha, mereciendo los ataques de ésta, en primer término un editorial del diario El Mercurio, mientras manifestaban su aplauso los actores del hecho que aún vivían.

Como corolario del presente historial, cuyo desarrollo compendia la tragedia de la época de transición que nos ha tocado vivir, cabría recordar las palabras de Rosa Luxemburg: "El camino del socialismo está sembrado de derrotas, y sin embargo conduce paso a paso hacia el triunfo definitivo".

EL AUTOR
Noviembre de 1973

Masas y Balas

I

—¡Cada pasajero con su pasaporte! ¡Presentarse con ellos al comedor!

Todo el día habían navegado dentro del mismo paisaje de aguas barrosas: boyas sacudidas por el oleaje y señaladas idénticamente: M.O.P., algún barco de carga con extraña bandera que cruzaba junto a ellos en dirección opuesta y, en el horizonte, la lejana línea de la costa sobre la que se alcanzaba a percibir el perfil oscuro de algunos montes. En medio de las aguas, que extendían el reflejo de su superficie opaca, la proa del barco iba levantando un murmullo constante y adormecedor que venía a agregarse a la cansadora monotonía del viaje.

En el transcurso de aquellas horas, que parecían interminables, los grupos sobre la cubierta de proa se hacían cada vez más numerosos e inquietos. Moviéndose entre la entrada de las bodegas, las máquinas de los guinches, las cadenas del ancla y las bocas de los ventiladores, esa masa humana trasladaba su ansiedad de borda a borda, de grupo a grupo, pronunciando palabras que nada decían, cerrado su eco por la barrera infranqueable de veinte idiomas.

Desde la mañana todos estaban listos, vistiendo sus mejores ropas, arrugadas y, a veces, extravagantes por su antigüedad, sacadas del fondo del baúl sólo en las grandes ocasiones. Muchos hombres de botas, saco con cuello de pieles y gorra, mostraban su evidente origen campesino. Otros llevaban amplios pantalones, boina y faja ancha. Más allá los había de largas barbas, rubios, morenos, jóvenes y viejos.

Las mujeres de pañuelo en la cabeza, pintorescas batas y amplias polleras de colores, delataban sus distintas procedencias. Los niños eran los únicos bulliciosos, inconscientes del hecho que vivían y tanto habría de variar el escenario de sus vidas.

Algunos oficiales, vestidos de impecables trajes blancos, cruzaban entre los grupos, desapareciendo rápidamente luego detrás de puertas que ostentaban un letrero en varios idiomas: "Prohibido pasar a los pasajeros de 3ª clase". Al mismo tiempo, arriba, por el corredor de la cubierta de 1ª clase desfilaban personas elegantes que, al pasar, apenas se dignaban echar una mirada sobre la multitud de proa.

Mientras tanto, en el comedor, una larga fila de hombres y mujeres hacían cola en espera de su turno, frente a las mesas detrás de las cuales los empleados de la oficina de inmigración iban examinando los pasaportes. Por doquier, los salvavidas, indispensable decoración marítima, mostraban su círculo blanco sobre el que, con letras negras, estaba escrito: "Alcántara-Southampton".

Un mundo de ambiciones, dolores, angustias y esperanzas se compendia allí, en el reducido espacio de esa cubierta de proa. En él tenían cabida todas las luchas que iban señalando la marcha del mundo, la lacra de sus injusticias y la expresión de sus opresiones. Lituanos y finlandeses que dejaban el frío del Norte europeo para trasladarse a las colonias tropicales del Alto Paraná; judíos ingleses que huían de Londres después de haber luchado por largos años con la miseria del East Side; polacos llevando aún en sus pupilas la imagen terrorífica de las persecuciones en Varsovia, bajo Pilsudski; checoslovacos, búlgaros y yugoslavos que dejaban el hambre y la opresión recibida como herencia de largas generaciones; italianos que en Roma, Genova y Nápoles habían formado entre las multitudes que aclamaron a Mussolini, pero que, alejados del radio de su influencia, ya no encontraban palabras para vituperarlo; franceses y suizos, artesanos arruinados, que trasladaban al Nuevo Mundo una tronchada ansia de enriquecimiento que, seguramente, jamás colmarían; húngaros integrantes de la efímera república comunista de Bela Kuhn; mujeres solas traídas incautamente como fresca provisión

para los mercados de esclavas blancas; rumanos, turcos y judíos de Odessa que habían alcanzado a ver flameando la bandera roja; griegos, armenios y sirios del Líbano, trayendo profundas huellas de las luchas en el Cercano Oriente; españoles y portugueses que aún llevaban en sus zapatos restos de la tierra a la que habían estado encadenados como bestias.

Como ellos, centenares de miles habían desfilado, precediéndolos por esa ruta tantas veces surcada, siguiendo el camino imperativo de sus necesidades económicas. Y ese día, 7 de enero de 1931, llegaba para ellos el turno de sucederlos, conectando, una vez más, dos continentes con el largo guión de una esperanza.

A lo lejos, la silueta inmóvil e imponente de la ciudad, cada vez aparecía más cercana. ¡Cómo la escrutaban esos centenares de ojos, ansiando desentrañar en ella su propio destino!

Allí estaba la puerta prometida, tanto tiempo y tan intensamente ambicionada. Detrás de las torres de la urbe, que los impresionaba como gigantesca, se extendía todo el cúmulo de sus ilusiones: ciudades ricas y populosas, infinitos territorios deshabitados, impenetrables selvas inexploradas, inmensos ríos apenas navegados, campos de cereales que rebalsaban los horizontes, ganado que se contaba por decenas de millones, altísimas cordilleras con minas inagotables.

Aquéel era el continente de las riquezas que tanto habían oído hablar y con las que, también, tanto habían soñado. Allí estaba el límite final de todas sus miserias y el umbral luminoso de todas las felicidades.

A lo lejos, la ciudad se destacaba nítida, con la mole inmóvil de sus grandes edificios, con el penacho de humo de sus chimeneas y el perfil de sus tanques, grúas y elevadores de granos.

Pronto, siguiendo la paralela de los rieles, la cinta de los caminos o la estela de los buques, se dispersarían en busca de

su parte hacia todos los rumbos de aquella tierra virgen, de inmensos espacios deshabitados, de grandes selvas casi exploradas, de enormes ríos apenas navegados, de altísimas cordilleras, de campos de trigo sin fin, y de ganado sin cuenta.

Agolpados los grupos sobre la borda, contemplaban silenciosos la visión, absorbidos por sus pensamientos.

—¡Buenos Aires! —aclamó alguno.

Y la frase se clavó en el fondo de sus almas expectantes como una daga de angustia que los paralizaba.

—¡Buenos Aires! —repetieron todos en su mente, mientras la ciudad seguía el ritmo de su vida, ajena e indiferente a la llegada de aquel puñado de seres arribado de lejanas latitudes y horizontes.

—¡Buenos Aires!

—¡¡Buenos Aires!!

"En un incendio producido en un cinematógrafo de Paisley, Gran Bretaña, perecieron 72 niños."

"Hubo un baile en la Casa Blanca."

"El Japón pide proporción de 7-10 para los cruceros."

"Stalin anunció la próxima campaña contra los kulaks."

"Graves desórdenes en Bombay. El Congreso de Lahore aprobó la moción de Gandhi sobre la independencia de la India."

"El pánico en la Bolsa influyó en el balance económico de los Estados Unidos."

"La comisión que estudiará el plan de la Unión Europea de Briand se reunió en Ginebra."

"En viaje desde Southampton, de donde zarpó el 18 de diciembre último, llegó ayer la motonave *Alcántara*, de la Mala Real inglesa. Dicho buque, que conducía 715 pasajeros de las tres categorías, correspondencia y mercaderías generales, arribó alrededor de las 16 horas al desembarcadero de la Dársena Norte."

Tres hombres y dos mujeres avanzaban torpemente extendiendo por doquier el pantallazo de su mirada curiosa. Algunos que se cruzaban con ellos volvían la cabeza para observar su vestimenta extraña, que delataba a los inmigrantes. Marchaban por el bajo, desde el Retiro, bajo las arcadas de la Avenida Alem y la hilera de letreros en todos los idiomas, les iba descubriendo el nuevo mundo al que habían arribado.

- Casa de comida y hospedaje "La Antigua Marina"
- Restaurant y Hotel "Hamburgerhof". Bierhalle.
- On parle francais. English spoken
- Restaurant "Re dei Vini"
- Bar "Tarbush"
- Café "Piamontese"
- Restaurant "Russia". Comodidad para familias.
- Comidas a todas horas
- Hotel y restaurant "Staria Balcánico"
- Restaurant Búlgaro
- Cervecería alemana "Ratskeller"
- Hotel "Bayona". Piezas desde 1 peso
- Gran Ropería "El Tigre"
- Mercadito "La Paz", de Juan Catopidís
- Restaurant "Lietuva". Camas desde 0,50
- Bar "Welcome"
- Armería "El Cazador"
- Bar "La Flor de Hungría", de Flora Peri
- Restaurant "20 de Septiembre"
- Peluquería "Alem". Barba 0,20 Pelo 0,40
- Hospedaje "Hotel Porteño". Guerra a la crisis.
- Camas desde 0,60. Piezas desde \$ 1
- Café y Bar "Guadarrama"
- Restaurant "Zagreb"

A lo largo de toda la calle, bajo la bóveda de la recova, gran cantidad de gente circulaba en ambas direcciones: librerías, mujeres, marineros, vagabundos. Al frente de los restaurantes y bares, las vidrieras exhibían toda clase de fiambres y viandas, tratando de atraer a los pasantes a sus tugurios oscuros. Armerías, librerías, peluquerías.

Las tiendas extendían sus mercaderías ampliamente, a todo lo ancho del frente y los arcos de la recova: trajes, camisas, overalls, botas, zapatos, ponchos, frazadas, bolsas de cuero para juntar maíz, mientras, desde el centro de la vereda, alguien invitaba al público a entrar.

Tienda "El Mundo Obrero". Artículos de calidad.
Precios casi regalados

Tienda "La Vercellesa". Ropa para obreros

Tienda "Casa Lores". La que protege al obrero. Al que gaste 50 pesos se le regala un sombrero. ¡Ocasión!
Trajes desde \$ 15

Y luego seguían los letreros:

Hotel "Zur Post"

Bar "Toyo", de Kiyo Kurokawa

Bar Automático. Parrilla y pizzería. Comida económica. Alojamiento "Los Ángeles". Especial para caballeros. Higiene, seriedad, buen trato.

Casa de Cambio. Pasajes, giros. Bureau de Change
Geldwechsel. Money Exchange.

Salón Novedades. Entrada libre. "La bella Sultana". La mujer más gorda del mundo. Se exhibe aquí. Tiro al blanco. Primicias mundiales. Rarezas universales. Niño con dos cabezas y un solo cuerpo. Aviso

al público: con el mismo boleto de entrada a la vista podrá ver los fenómenos.

Casa de Remates. Se rematan \$ 10.000 en mercaderías. Sin base y a quemar por lo que den. Comisión 10%.

Dancing "Edén". Dos pistas de baile y 140 profesoras. Las bailarinas más bonitas de Buenos Aires. Orquesta José Gómez y sus siete muchachos "Los reyes del tango porteño".

Dancing "Moulin Rouge". Exhibición de tangos y milongas. Variety show attractions at reduced prices. Open every night from 9 y 30 p.m. till 4,30 in the morning.

Joyería "El Diamante". Casa especial en joyas finas y anillos de compromiso.

Fotografía "Los dos hermanos". Descuentos especiales a militares, marineros y recién casados.

Cigarrería y lotería. Se juega mañana. Aquí se vendió el 18.513 con 10.000 pesos en la jugada del 15 de Octubre.

Armería "La Porteña". Mates y bombillas. Relojes. Artículos de caza. Escopetas. Última novedad: cinturones trenzados. Carteras de cuero de víbora. Tabaqueras de cuero de vaca.

Desde atrás de unas puertas con cortinas rosadas espían algunas mujeres que hacían señas, invitando a entrar con una sonrisa, y de las casas de remates llegaba el ruido de los golpes del martillero subido sobre el mostrador, frente a un grupo de "croupies". También se percibía el olor penetrante de las parrillas y bares automáticos con sus frituras en grasa, al lado de los despachos de bebidas, poco iluminados, donde apenas destacaban sus rasgos muchos rostros curtidos y casi silenciosos.

En la esquina, los puestos de venta de periódicos, extendidos sobre las paredes, dejaban ver sus títulos en todos los idiomas:

Nasa Sloga - Órgano de la colectividad yugoeslava,
de la América del Sur

Kurjer Polski W Argentynie. Primer diario polaco
para toda Sud América

Hobartazeta (Nueva Gaceta)

Momentas. Semanario popular lituano

Slos Polski

The Standard. Doyen of Argentino Press

Giornale d'Italia

El Diario Español

L'Italia dei Popolo

El Mattino d'Italia

Assalam. Periódico árabe

El Diario Siriolibanés

Skandinavien, órgano de la colectividad escandinava
en la Argentina

Buenos Aires Herald

Argentinisches Tageblatt

Le Courriére de la Plata

Lihoamerican. Primer periódico checoslovaco en
Sud América

Di Presse

Diario Israelita

El Correo de Asturias

Argentin Djiijo. Periódico japonés

O Jornal Português

Se detuvieron un rato para examinar las vidrieras de algunas cigarrerías que exhibían toda clase de objetos de fantasía fabricados con cuernos vacunos, en los que estaba escrito: "Recuerdo de Buenos Aires". También las librerías mostraban numerosas publicaciones:

La magia blanca
El arte de echar las cartas
Cómo curar la sífilis
El arte de curar por el magnetismo
Obstáculos de la voluptuosidad
Historia de la ciencia secreta
La Venus mágica - Filtros de amor
La cocina vegetariana racional
Los grandes maestros del ocultismo
El hipnotismo al alcance de todos
Vicios y costumbres sexuales
Los secretos del matrimonio
Medios de evitar el embarazo
El horóscopo
La piedra filosofal
El arte de hablar con los espíritus
Quiromancia y quirognomía
50 anni di Socialismo en Italia
La papesa Giovanna
Musolino, célebre brigante calabrese
Remedios del virtuoso Fray Anselmo publicado en 1629
El libro de los circuitos modernos
Breviario laico
Cría y aprovechamiento del cerdo - Salchichería
Máximo Gorki - La madre
Vida de Malatesta
El onanismo en el hombre y en la mujer
¿Quiere conocer la virginidad de una mujer?
Cómo curar la blenorragia
El secretario de los amantes. Modelos de cartas de amor y pensamientos para postales

Asimismo:

"Aquí se venden las 40 cartas del Ermitaño con su librito de instrucciones para consultar el porvenir y obtener los números de la lotería, ruleta y carreras"

"Piedra imán legítima. En venta aquí"

"Compre la antigua Vela Negra Mágica"

A un costado, en otras vidrieras, aparecían tarjetas postales con retratos de:

Leandro N. Alem

Hipólito Yrigoyen

Benito Mussolini

Allan Kardec

Luis A. Firpo

León Tolstoi

Madre María

También fotografías de los principales edificios de Buenos Aires o paisajes del interior de la República, así como otras con mujeres desnudas, gauchos, o indias del Chaco, éstas con el busto descubierto y en las poses más diferentes, con la leyenda:

"Bellezas indias", "Indias lenguas en cinta", "Indias tobas", "Chamacocos", "Indias paraguayas"

Más adelante cruzaron bajo nuevos letreros:

Agencia de Pasajes

Pasajes de llamada de Italia y España

Pasajes a todos los sitios de Europa, Siria y Palestina

Vapor "Alsina"
Marsella, Génova, Nápoles, Palermo, Messina,
Trieste, Europa Central y Levante
Comodidades para 3° clase
Saldrá el 15 de Enero
"Chargeurs Reunis"
Vapor "Formosa"
Brasil, Casablanca, Lisboa, El Havre

Sobre las paredes se sucedían grandes cartelones:

Gran mitin ferroviario el Viernes 14 a las 21
En defensa de la unidad de la clase obrera
Por el mejoramiento económico de las condicio-
nes de trabajo
¡Compañero! No falte
Liga Argentina de Profilaxis Social
Conferencia
"La sífilis y su tratamiento"
Día del Kilo
Salvemos a los niños
Contribuid a la colecta de Escuelas y Patronatos
Box
Gran pelea Moco-roa-Justo Suárez
El Sábado. Entrada general \$ 1,50

Al llegar a Rivadavia, el grupo dobló hacia la Plaza de Mayo y se perdió entre el tumulto de la urbe.

Dos hombres cruzaron el puente y se agregaron al tráfago de las grandes avenidas de Avellaneda, las que allí confluían entre el ir y venir de los ómnibus, camiones y tranvías. Atrás,

el Riachuelo dejaba ver sus aguas pantanosas por las que pasaban lentamente, de tanto en tanto, chatas cargadas hasta el tope. Más allá el inmenso edificio del Mercado Central de Frutos levantaba su mole roja, mientras que, por el otro lado, aparecían las instalaciones del Frigorífico "La Negra".

Diversos letreros por doquier atraían la atención:

Molino Central Avellaneda
Harinas Alianza y Central Sud
Guindado y quemada "Electra"
"La Condal". Lotería. Pavón 30
Banco de Londres y América del Sur

Los ómnibus y tranvías pasaban continuamente abarrotados de pasajeros:

N° 7 Puente de Barracas a Puente Brown
Ómnibus "La Nueva". Hospital Fiorito, Sarandí,
Villa Domínico
Tranvías del Puerto. Barracas, Piñeyro, Lanús Oeste.
Ómnibus "La Colorada". Villa Castellino, Cementerio,
Puente de Barracas, Avenida General Mitre,
Molinedo, Puente Alsina. Villa Pobladora a la costa
Ómnibus "El Triunfo". Gerlí, Wilde, Bernal Oeste.
Villa Modelo
Villa Corina, Villa Aurora, Villa Pueyrredón, Dock
Sud, Boca
Crucecita Este, Pavón, Rivadavia, Piñeyro, Mercado
Central de Frutos
Plaza Constitución, La Plata
Puente de Barracas, Lanús, Monte Grande, Ezeiza,
Tristán Suárez, Marcos Paz, Casares, Cañuelas.

Carros cargados con grandes fardos de lana pasaban pesadamente tirados por tres o cuatro caballos. También grandes camiones blancos de los frigoríficos, llevando bien visible su nombre: "La Negra", "La Blanca" o "Wilson". Otros venían cargados con vigas de madera, con carbón, con cueros, con bolsas de harina, con cajones o con pilotes de hierro.

Asimismo circulaban camiones tanque en los que los derrames de aceite apenas permitían adivinar: Fuel Oil; o con nafta llevando claramente escrito: Y.P.F.

En la esquina, la gente se amontonaba a la espera de los ómnibus y tranvías. Una larga hilera de muchachos lustrabotas se extendía en demanda de clientela, mientras entre el público los vendedores ambulantes ofrecían golosinas, cordones de zapatos o billetes de lotería.

A corta distancia se anunciaban bares automáticos y cinematógrafos.

Auto bar "Ideal"

Cine "General Roca". Hoy *El prisionero de Zenda*

Cine Teatro "Colonial"

Sobre las paredes, los carteles usuales:

¡Trabajadores de la Industria del Calzado!
Gran asamblea por mejores condiciones de trabajo.
Presentación del pliego de condiciones.

Federación Obrera Marítima. Por las condiciones y sueldos del convenio de 1929. Por la indemnización despido. Por el aporte patronal y gubernamental a la Caja de Jubilaciones.

Más allá, dos guardias a caballo vigilaban la escena, en tanto

que otros, a pie, circulaban por la esquina como una permanente exhibición de autoridad, los hombres tomaron por la Avenida Mitre donde, colocados sobre la pared o parados en medio de la vereda, apoyándose mutuamente sobre sus bordes superiores, grandes pizarrones negros atraían la atención del público. Frente a ellos, grupos de gorra y modesta vestimenta se detenían para enterarse de lo que allí estaba escrito con tiza blanca. Rostros curtidos, tajados por el sol y la lucha a brazo partido con la vida.

"La Fraternal". Agencia general de Trabajo de ambos sexos y todas las naciones.

"Agencia suiza de colocaciones" Bolsa de Trabajo

"La Comercial"

Largas listas llenaban los pizarrones:

Peones para quinta. No se trabaja los domingos.

F.C.O. \$ 50 a 60

Peones para trabajo de vía. 3,20 por día. Cerca

Peón cocina restaurant

Cortador de ladrillos. \$ 4 el mil

Mucamo para hotel. \$ 45

Lavacopas para café. \$ 40

Peón para juntar fruta. F.C.S. \$ 50. Viaje gratis

Cocinero para almacén. Casa y comida. \$ 70

Muchacho para limpieza. \$ 40. Casa y comida.

Matrimonio para estancia. Las Flores. \$ 100

Peones para quinta

Los hombres entraron a uno de los locales donde largos bancos, sobre toda la extensión de la pared, se veían totalmente ocupados por una nutrida concurrencia. Al fondo aparecía un mostrador detrás del cual varios empleados en mangas de camisa

escribían con toda atención sobre algunos pupitres. En medio de la sala muchos concurrentes circulaban sin objeto, reuniéndose a veces en un costado para conversar. Otros, recostados sobre el mostrador, hablaban con los empleados pidiendo informes. Sobre las paredes se veían dos mapas antiguos, varios avisos de la Asistencia Pública, y un retrato del general José F. Urriburu. También varios carteles con anotaciones, algunas tachadas con lápiz rojo, bajo un título que decía: "Pedidos de hoy".

Peones para levante y tapado de vía, \$ 3,20 por día
 Hay campamento. Comida \$ 1,20. Estación G. F.
 Hudson. Salen Hoy. Viaje gratis. F.C.S.
 Tamberos para ir al Río Negro. A tratar
 Peón isla, sin comida. \$ 80
 Ordeñador para tambo. Por mes \$ 50. Casa y comida.
 Cerca de la capital
 Peón italiano para quinta, que sepa arar, \$ 60. F.C.S.

De tanto en tanto sonaba el teléfono, que era atendido por alguno de los empleados en mangas de camisa, quien, a medida que hablaba, iba anotando con un lápiz sobre un cuaderno.

Luego se cercaba al mostrador, dirigiéndose en voz alta a determinados clientes, que esperaban:

—¡Peón para parrilla! En Quimes. ¡Paga bien! 45 pesos, dormir en el local. ¿Quién quiere ir? ¡A ver, usted, maestro! ¡Usted, entonces! ¡Un lindo trabajito, liviano, cerca, buen trato!

Del banco se levantaba alguno, lentamente. Hablaba un momento con el empleado. El sueldo era poco, pero, ¿qué iba a hacer?

Dejaba 3 ó 4 pesos de comisión, recibía los informes necesarios, y se iba.

Mientras tanto, los dos hombres, parados en un rincón, miraban el ir y venir de la gente y pasaban revista a todos los adornos del local, a los mapas antiguos, al papel de la pared roto, al retrato del general Uriburu, ¡qué pose militar imponente!, ¡qué bigotes!, ¡cuántas condecoraciones! Más lejos, un anuncio decía:

Municipalidad de la Ciudad de Buenos Aires.
Prevéngase contra el cáncer evitando y curando las enfermedades que facilitan su desarrollo. El cáncer se cura si se trata en su comienzo.

Y luego aparecían más pedidos:

Peón para mercado, que sepa manejar auto (Registro de provincia) \$ 40, casa y comida

Peón para movimiento de tierra para hacer zanjas.
8 horas \$ 4

Peón para islas. Hachar leña y aserrar, \$ 55 por mes.

A un costado otros dos, que también esperaban, discutían y podía oírse una que otra palabra suelta:

—¡Puerco Mussolini! ... La crisis avanza... Los sueldos son menores...

Otro estaba leyendo un diario donde se destacaban los títulos:

"MacDonald mediará en el paro decretado por 150.000 mineros en Gales del Sur"

"Se confirma que la huelga en la zona carbonífera del Ruhr ha sido fomentada por los comunistas"

"Cincuenta mil personas han desfilado por la capilla ardiente del mariscal Joffre"

"Sigue la lucha entre birmanos y chinos en Rangoon"
"Las elecciones se desarrollaron con orden en Bolivia"
"El tenor Tito Schipa participará en la próxima
temporada del Colón"

Los hombres retornaron a pasar la vista por el local, indiferentes al continuo entrar y salir de nuevas caras curtidas y manos callosas. El calor y las moscas se hacían insoportables. Aquel mapa de la República Argentina llevaba una fecha: 1906; el papel de la pared, que estaba roto, se estaba despegando; el retrato del general Uriburu, ¡qué imponente militar!, ¡qué bigotes!, ¡cuántas condecoraciones!, otra vez los miraba.

Las anotaciones en el pizarrón mostraban más pedidos:

Peones para trabajos de vía. \$ 3,50 por día. Estación 25
de Mayo. F.C.S. Salen mañana con viaje gratis. Faltan cinco
Carrero para carbonería, \$ 50
Braceros para el Chaco. Viaje gratis
Esquiladores para la Patagonia. A tratar

De tanto en tanto el teléfono volvía a sonar con insistencia. Y nuevamente el empleado se acercaba al mostrador.

—¡Un lindo trabajito, liviano, buen trato, paga bien! ¡A ver, maestro! ¿Quién quiere ir?

Alguno se levantaba, iniciando nuevas conversaciones para ampliar detalles. Y, apenas se ponía de pie, otro se apresuraba a ocupar su sitio.

Vinieron a buscarlos en un camión con el fin de transportarlos a uno de los extremos de la ciudad donde, desde tiempo atrás, se habían iniciado las obras. Al llegar los recibió un ingeniero y varios capataces, a las órdenes de los

cuales fueron distribuidos. Se trabajaba de día y de noche, y a ellos les tocó, junto con otros compañeros, reemplazar el turno que salía a las 16.

A la hora indicada fueron bajando a la obra en las tolvas, los ascensores de carga, que los iban dejando por grupos a varios metros debajo del suelo. Una vez allí, les distribuyeron picos y palas y, después de quitarse los sacos, que amontonaron en un rincón sobre el piso, los capataces les indicaron seguir tras ellos al fondo del túnel, que se extendía unos ciento cincuenta o doscientos metros más adelante, donde debían continuar aquella labor de topes, que sólo abandonarían 8 horas más tarde.

Todo el extenso túnel apenas estaba iluminado por una espaciada red de lámparas eléctricas, colocadas a lo largo del centro de la bóveda, y la luz exterior que penetraba por los respiraderos, abiertos en el techo cada 200 ó 250 metros. Una lóbrega oscuridad se extendía por casi todo el ámbito de aquella excavación donde el aire era húmedo, más bien frío, y lleno de un polvo que se hacía más evidente en el halo blanquecino que señalaba los rayos del sol en los respiraderos.

Cuando se concluía una extensión determinada, cubriendo tanto las paredes como el techo de hormigón armado, se tropezaba con la parte donde aún se estaba haciendo el ensanche de la bóveda y quedaba en el centro el bloque de tierra cuadrangular, sobre el que se apoyaban las vigas de sostén y los encofrados. Más al fondo, como resultado de la acción de los taladros, se extendían también dos pequeñas galerías de avance, que iban abriendo el camino hacia el centro de la urbe.

En cada una de esas galerías, rompiendo la pared de tierra greda, había dos hombres manejando picos neumáticos cuyo incesante golpeteo los ensordecía y, junto con otros que trabajaban más atrás, llenaban de un ruido infernal la exten-

sión de la obra. Y, mientras los bloques iban cayendo, entre un fuerte olor a tierra húmeda, otros con anchas palas los iban cargando en las vagonetas, que llegaban hasta allí por rieles tendidos a lo largo de aquellas excavaciones, de un metro de ancho y de una altura apenas superior a la de un hombre de pie. El aire era tan húmedo, que la respiración se vaporizaba. Todos trabajaban con camisas o camisetas sin mangas, que se empapaban en sudor, a pesar de la temperatura más bien fría. No cambiaban una sola palabra, y mientras los capataces los vigilaban, seguían incansables su labor, apenas deteniéndose un momento, de tanto en tanto, para cobrar aliento.

Detrás de los que trabajaban en las galerías de avance, cuyas paredes eran prolijamente niveladas con picos y palas a medida que la labor iba adelantando, para permitir la colocación de los apuntalamientos capaces de soportar una carga de 60 toneladas por metro, venían los que trabajaban en la excavación de los muros de la bóveda, colocando verdaderos fuertes de vigas, que servían de soporte e iban permitiendo unir por la parte superior e interna ambas galerías, haciendo posible la construcción de la bóveda de hormigón, dentro de los encofrados. Pero debajo de la nueva bóveda aún restaba un gran bloque de tierra central, que pronto, a su vez, era desmoronado por las palas y por los picos neumáticos.

En medio de estas instalaciones, cruzadas por los cables eléctricos, los caños de aire comprimido y los rieles de las vagonetas, aparecían aquellos que iban quitando las maderas de los encofrados, cuando el hormigón ya se había endurecido, permitiendo que otros, trepados sobre la estroza, dieran los retoques finales a la bóveda. Los que trabajaban en las galerías de avance, donde apenas podían moverse, respiraban un aire cargado de tierra, la que cubría sus pantalones y camisas, obligándolos a trabajar con gorra o sombreros viejos, para preservar sus cabellos.

Pero eran los que cargaban las vagonetas quienes recibían mayor cantidad, al punto que sobre el sudor de la cara y las manos, se formaba una verdadera capa. Esta nube de polvo volvía a producirse cuando las vagonetas, después de ser empujadas por el túnel, eran descargadas en las tolvas, que elevaban la tierra a la superficie, donde, a su vez, era cargada en camiones.

Día a día llegaban los hombres a la misma hora para hacer su trabajo. En pequeñísimos locales, donde se apretujaban los 70 u 80 de cada turno, debían cambiarse las ropas apresuradamente para estar listos con puntualidad, con el fin de reemplazar a los compañeros del turno anterior. Casi todos se habían instalado en fondas por el barrio de la Chacarita, cerca de donde trabajaban. Y luego, hundidos en el túnel, pasaban ocho horas en medio del aire húmedo y cargado de polvo del que salían semiasfixiados. La falta de buena luz, los escasos respiraderos y el ruido constante de los picos neumáticos, hacían las jornadas más largas y penosas. Y, a todo ello, venía agregarse la acción de los capataces, que los mandaban con altanería.

Así prosiguieron su labor incesante, bajo una avenida de la ciudad, sobre la que pasaba un tráfico continuo y un público numeroso, totalmente ajeno a ese accionar de topes de los hombres sepultados bajo la superficie, entre paredes de tierra gredosa, vigas, tablones, muros de hormigón, humedad, polvo, sudor, el ruido de los picos neumáticos y la voz estentórea de los capataces.

Paso a paso las condiciones del trabajo se fueron haciendo más penosas. A una altura de la excavación, el túnel comenzó a pasar debajo del arroyo Maldonado, lo cual producía filtraciones constantes, cada vez mayores, obligándolos a moverse entre el barro y el peligro de continuos desprendimientos. Además, el olor fétido del agua en descomposición de las filtraciones había invadido el túnel, haciendo el aire

casi irrespirable. Los hombres trabajaban ahora con alguna incertidumbre en aquel ambiente que iba adquiriendo, para ellos, presentimientos de tumba. Ya con anterioridad habían ocurrido varios accidentes, debido a la rapidez con que avanzaba la excavación, sin hacer, muchas veces, el correspondiente apuntalamiento. Pero ahora, las condiciones particulares que se presentaban, aumentaban el peligro.

Una noche, los deslizamientos en una galería de avance estuvieron a punto de dejar varios sepultados, aplastando a dos que debieron ser llevados a un hospital. Otra vez se desplomó un buen trozo de bóveda, sin producir víctimas, porque, milagrosamente, el hecho ocurrió en el momento del cambio de turno, cuando nadie trabajaba. También los pequeños derrumbes menudeaban.

Un día, después de pasarse la voz, algunos se reunieron en la casa de un compañero para concertar una acción colectiva, pidiendo más seguras condiciones de trabajo y más respeto de parte de los capataces. No quisieron agregar nada para que su demanda no pareciera excesiva. Pero, al día siguiente, aún antes de que su propósito llegara a materializarse, supieron que al compañero que los había reunido en su casa y quien se encargaría de transmitir su pedido, por ser el que hablaba mejor el español, alguien lo había delatado al personal de la empresa y era detenido luego por la policía, acusado de elemento subversivo y agitador profesional.

Masticando su rabia e impotencia, debieron volver a sumergirse en el fondo fétido de ese tenebroso infierno subterráneo, donde sentían que a cada momento sus vidas corrían peligro.

Pero, aquel día y al siguiente, nuevos derrumbamientos que habían alcanzado a varios hombres, pusieron a todos al borde de rebelarse. No obstante, la intervención policial y los gritos de los capataces, que recibían como latigazos, mo-

mentáneamente los habían contenido, aunque una extraña tensión psíquica actuaba sobre su subconciencia.

—¡A trabajar, cobardes, haraganes! —les gritaban los capataces.

Palabras que, aunque no entendían bien, les hacían apretar los dientes y golpear más fuerte con las palas, mientras el tableteo de los picos neumáticos ahogaba sus ininteligibles amenazas.

Pero, llegó el día en que, una hora antes de cambiar de turno, un terrible estrépito se produjo, mientras se derrumbaban las vigas del apuntalamiento, las maderas del encofrado y grandes trozos de tierra. Los cables eléctricos se cortaron dejando parte del túnel a oscuras. Instantáneamente cesó el ruido de los picos neumáticos. Veinte hombres que estaban en la parte ya terminada, sobre la estroza o demoliéndola, apenas contuvieron un grito que brotó como un murmullo sordo, mientras que, por las galerías de avance, en medio de nubes de tierra, salían corriendo y empujándose varios hombres que se cubrían la cabeza con los brazos. Del fondo llegaba el eco de ayes lastimeros.

Transcurrido un momento, algunos, que habían permanecido como paralizados contemplando aquel estrépito, abandonaron sus herramientas y se lanzaron en la oscuridad en auxilio de los compañeros accidentados, cuyo número ignoraban y a muchos de los cuales sabían que no verían más con vida. Pero, al mismo tiempo, otros, convulsionados, saltándoles encima como perros de presa, se lanzaron sobre los capataces que, algo desconcertados, habían permanecido inmóviles. Y mientras resonaba el eco de sus puñetazos, continuaron golpeándolos con fuerza, hasta que los dejaron exánimes en el fondo lóbrego del túnel, sobre el que, en ese momento, ajena e ignorante de todo, pasaba la eterna barahúnda de la ciudad.

"Nuevo accidente en la construcción del subterráneo
Lacroze. Otros obreros sepultados"

Bajo el gran arco de hierro, asentado en las orillas, al final de la calle Almirante Brown, el puente colgante se desprendió lentamente, avanzando hacia la otra costa y llevando encima dos camiones cargados, un carro y gran cantidad de pasajeros apiñados en el interior, sin dejar un resquicio. Debajo, las aguas del Riachuelo se mantenían inquietas por el continuo paso de barcos y chatas cargadas hasta el tope. Sobre la ribera izquierda, por la calle Pedro de Mendoza, hasta la Vuelta de Rocha, aparecía una larga fila de buques de todas las banderas: *Del Mar*, New Orleans; *Queensbury*, London; *Dom Pedro*, Río de Janeiro, mientras multitud de estibadores descargaban madera para apilarla sobre los carros, que esperaban cerca de los buques. Grandes lingadas eran descendidas con los guinches desde a bordo. Más allá podían leerse los nombres de los locales públicos sobre la misma calle:

Bar "Stockholm"
 Restaurante "El Tiburón"
 Frisco Bar
 Charleston Dancing

Por todas partes los carteles de siempre:

Tome Chinato Garda y vivirá cien años
 Aperital Delor
 Jabón Campana
 Zanchetti - La mejor ropa de trabajo

Y, sobre el almacén del puente Pueyrredón, a la distancia, otro gran aviso:

Fernet Branca

En el lado opuesto del Riachuelo, se levantaba el caserío de chapas de zinc del Dock Sur, mostrando muchos barcos trepados sobre la costa, en reparaciones.

Las chatas pasaban constantemente: *Doña Felipa, Sarandí, Josefa B, Puerto de Nápoles, La Bonita, Juan y Pedro*. Más lejos entraba un ferryboat cargado con vagones de ganado, mientras desde allí también se alcanzaban a ver grandes letreros:

Ferrocarril de Entre Ríos-Puerto Buenos Aires
Astilleros y talleres Depietri

Más al fondo, se abría el horizonte del Río de la Plata, surcado por varios buques que cortaban la perspectiva, delimitada a la izquierda por los edificios de los grandes talleres del Ministerio de Obras Públicas, en la isla Demarchi. Y, del otro lado, se levantaba la inmensa mole del frigorífico, junto a la cual aparecían los cascos humeantes de varios transatlánticos.

Apenas el trasbordador llegó a la orilla opuesta, sobre la isla Maciel, las puertas se abrieron y una verdadera multitud desbordó hacia los ómnibus, los tranvías y las calles adyacentes. En seguida entró otra multitud que había estado esperando. Caras negras de carbón, hombres de gorra llevando los sacos en el brazo, muchachas en cabeza. A la distancia, con letras gigantescas, el nombre del frigorífico parecía dominar el ambiente: ANGLO. Cerca, sobre una pared, escrito con alquitrán, un letrero: "¡Por la libertad de los presos sociales! ¡Salvemos a Vuotto, Mainini y de Diago!". Y al lado un cartel mural: "¡Trabajadores del andamio! El paro es absoluto. ¡Firmes y unidos hasta la victoria!".

Descendidos del trasbordador los grupos fueron avanzando por la calle Carlos Pellegrini, a lo largo de la orilla, junto a las aguas sucias, sobre los muelles, donde algunos

barcos aparecían amarrados; en un gran dique seco estaban en reparaciones. A medida que marchaban sobre la calle empedrada, en las paredes de chapa y de madera se veía escrito con tiza blanca: "¡Abajo el standard!".

Por el suelo numerosos volantes impresos en mimeógrafo decían: "¡Compañeros de la industria de la carne! Trabajos insalubres en ambientes húmedos, a temperaturas extremas, a un ritmo inhumano: ésa es la situación del obrero, que es tratado por las empresas con menos consideración que los animales que se faenan en ellas. A los animales es menester comprarlos. A la fuerza de trabajo sólo se la mal paga cuando sirve. Después se la arroja a la calle con desprecio, sin ninguna consideración. A las máquinas de los frigoríficos se las cuida, se las aceita, se las repara constantemente, pero al obrero, que mientras es útil forma parte de esas máquinas, cuando deja de serlo, cuando sus fuerzas, su capacidad de producción no acompañan la velocidad de las norias, es tirado a cualquier rincón como un trapo sucio, como un engranaje partido por la mitad, como un desecho. ¡Exigid condiciones humanas! ¡Abajo el standard! - Federación Obrera de la Industria de la Carne".

Después de avanzar tres cuadras, los grupos doblaron a la derecha, atravesando la vía férrea hacia el gran edificio del frigorífico que coronaba su mole con tres enormes chimeneas, de las que constantemente salían densas columnas de humo. Luego cruzaron el portón y, desde allí, cada uno tomó su rumbo: a la playa, donde predominaban los criollos, o a las otras secciones: conserva, depostada, curtiembre, pintura, jabonería, óleo, tachería, cámaras frías, embarque, saladería, cuero y lavado de cueros, donde había una proporción mayor de extranjeros, muchos de los cuales recién habían llegado al país.

El trabajo era incesante y de una agitación extrema. En la playa de los novillos, donde se faenaban 200 por hora, cada vez

que se abría la trampa caían dos o tres animales, que los hombres, con delantales impermeables y botas de goma o de cuero con suela de madera, sujetaban con cadenas por los garrones para que los arrastrara la noria, la cual giraba con una marcha sin fin, de aparente lentitud, pero de abrumadora persistencia. En la cámara de picar carne, los obreros, de a tres o cuatro frente a las mesas, iban separando la carne de la grasa, y clasificándola. El frío que debía mantenerse en la cámara, no obstante el calor exterior, los obligaba a trabajar abrigados con tricotas y bufandas.

En el departamento de conservas, en un verdadero amontonamiento, las mujeres, una al lado de otra, en medio del ruido ensordecedor de las máquinas de cerrar latas y de las mismas latas vacías que caían por las canaletas, las iban llenando rápidamente: mientras una las empujaba con la mano, otra iba depositando la carne picada, moviéndose con toda rapidez para alcanzar el ritmo inexorable de la noria. Al mismo tiempo, las vecinas las apretaban, y las siguientes distribuían en ellas las tapas que, a su vez, quienes venían luego, colocaban en su sitio. Y, de ahí, pasaban a las máquinas que sujetaban y cerraban esas tapas con precisión.

En la playa de los borregos, los hombres faenaban aquellos considerados de lana mediana. Sin embargo, siempre había algunos grandes o muy lanudos y, además, con espinas, tumores y cicatrices, que los obligaban a retrasarse frente a la marcha incesante de la noria de cuyos ganchos venían colgando los animales. También, a menudo, el cuchillo se les desafilaba muy pronto, sin darles tiempo a chairearlo, por lo que debían hacer un esfuerzo doble trabajando con la herramienta mellada, mientras los cuerpos colgantes seguían desfilando inexorablemente. Otras veces, eran jornadas enteras con animales sucios, llenos de espinas o de sarna. Las espinas se hundían en sus manos y en sus brazos, produciéndoles tajos y heridas que los en-

sangrentaban y era imposible atender mientras la noria ni por un instante disminuía su marcha. Además, la lana con orina y tierra se introducía en esas heridas, haciéndolas más grandes y dolorosas. O si no aparecían animales con tumores y granos de pus que al hundir el cuchillo, saltaba a la cara, sobre la boca o los ojos, mientras los hombres apenas tenían tiempo para pasarse la mano chorreando sangre, a fin de tratar de quitarse la inmundicia del rostro.

Aquel día, al llegar, casi todos sabían que, en una reunión de delegados celebrada la víspera, se había decidido ir a la huelga que ya, desde tiempo atrás, se venía preparando. Sin embargo, los inconvenientes habían sido muchos: era casi imposible realizar asambleas generales, y los locales sindicales se hallaban clausurados. Además, en las horas de trabajo, se había prohibido hablar y, durante los descansos, se impedía la formación de grupos, que eran disueltos por los jefes y capataces, en cuanto se insinuaban. Muchos militantes se encontraban presos en Villa Devoto y aun otros, en Ushuaia. Se sabía, además, que individuos armados a pistola y pagados por la empresa para perseguir a los trabajadores organizados, estaban listos para entrar en acción, mientras, previendo los acontecimientos numerosos obreros y obreras habían sido despedidos.

No obstante estas circunstancias, alcanzó a designarse una comisión con el objeto de que se apoderara del pito del frigorífico y pudiera dar la señal de abandonar el trabajo fijada para las 8 y 15. Pero a dicha hora, los serenos impidieron que los hombres se acercaran y, advertidos los jefes, quitaron el vapor al pito desde la sala de máquinas.

Sin embargo, en todas las secciones, más o menos a la misma hora, los delegados y activistas dirigieron la palabra a los obreros y obreras, incitando al abandono del trabajo, al mismo

tiempo que distribuían nuevos volantes. Y el grito de ¡Viva la huelga! comenzó a escucharse en todas las dependencias. En seguida, casi en masa, 4.000 hombres y mujeres se dirigieron a la salida, mientras se escuchaban consignas recomendando:

– ¡A mantener el orden, compañeros!

– ¡Cuidado con los "mangia orejas"!

– ¡Que nadie "carnerée"!

Algunos, sin embargo, quedaron adentro, por habérseles impedido la salida y otros, muy pocos, por no estar de acuerdo con la huelga.

Además, no se pudieron evitar incidentes: en la playa de novillos, de cuya labor vital dependía todo el trabajo del frigorífico, los hombres al servicio de la empresa trataron de detener el abandono de la tarea, buscando enfrentar a los criollos con los extranjeros o, como decían, a los "negros" con los "gringos", y en esa lucha, Alfieri, jefe de playa, a quien se apodaba el "Gallo Negro", clavó su "naife" en la espalda de un huelguista.

Reunidos, luego, todos en la planta baja, una comisión designada de antemano se encargó de llevar el pliego de condiciones a la gerencia, acordándole un plazo de 5 minutos para responder. El pliego decía:

"1° Readmisión inmediata de todos los obreros despedidos por su actividad sindical y reconocimiento del derecho de organización.

"2° Inmediata y total supresión del sistema de trabajo forzado (standard).

"3° Aumento de todos los salarios. Las horas extras diurnas se pagarán con un 50% de aumento proporcional de acuerdo con los precios anteriores.

"4° Pago del mismo sueldo que ganan los hombres

a las mujeres y jóvenes que realicen el mismo trabajo que aquéllos.

"5° No podrá despedirse ni suspenderse a ningún obrero u obrera sin causa justificada frente a la organización.

"6° Pago mínimo de cuatro horas a todo obrero u obrera que sea llamada a presentarse a la fábrica."

Mientras tanto, se escuchaban los gritos:

—¡Muera el perro Alfieri!

—¡Abajo los negreros al servicio del imperialismo!

—¡Que no haya criollos y gringos!

—¡Abajo el standard!

En la calle, a pocas cuadras del frigorífico se realizó la primera asamblea. Allí se levantaron tribunas, mientras los huelguistas con cuchillos, chairas y otras herramientas de trabajo, impedían la aproximación de la policía. Y empezaron los discursos con denuncias en todos los idiomas: en la cámaras frías, con temperaturas hasta 24 grados bajo cero, los cuartos de paleta, que llegaban a pesar más de cien kilos, debían ser transportados a hombro hasta las estibas, o hasta las norias que los llevaban al embarque, labor de gran peligro. Todavía en una de las cámaras podía verse una cruz trazada con pintura roja en la pared, donde una pierna de novillo petrificada por el congelamiento, había aplastado el pecho de un obrero. En las piletas de curtiembre, llenas de sal, ácido y sulfato de cobre, había que meter los brazos hasta los hombros para desenredar los cueros apelonados de los lanares, lo cual provocaba llagas que demoraban meses en curarse. En la sección tachería, el humo de los ácidos empleados en la soldadura y los vapores del plomo, hacían la atmósfera pesada, provocando a corto plazo enfermedades en las vías respiratorias.

También la velocidad de la noria, llevada a un nivel difícilmente sostenible, era una eterna amenaza de suspensiones y despidos para todos los que no pudieran soportarla. En muchas secciones, como jabonería, donde por la dureza del trabajo antes todos los operarios eran hombres hoy trabajaban 80% de mujeres, haciendo la misma labor, pero recibiendo en pago la mitad del salario. Lo mismo ocurría en conserva y depostada. Además, algunos denunciaban que la empresa había colocado vigías frente a las letrinas para tomar el número de chapa de los concurrentes, a fin de descontar media hora de jornal al que se demorara allí más de cinco minutos.

Mientras se desarrollaba la asamblea, las mujeres parecían las más combativas, deteniendo los tranvías y los ómnibus para hacer bajar a los "carneros", a quienes obligaban a retirarse, en tanto que la policía realizaba un gran número de detenciones, aunque parecía mostrarse impotente. Al final de los discursos fue designado un comité de huelga integrado por 98 miembros, divididos en cuatro comisiones, con el encargo de impulsar el movimiento, y despachar delegaciones buscando la solidaridad de los obreros de las fábricas y talleres de Avellaneda y de los otros frigoríficos, incluso los de Berisso y Zárate.

Frente al mismo Riachuelo, sobre la orilla Sur, al otro lado de la calle Pedro de Mendoza, y casi junto al puente Pueyrredón, que levantaba su esqueleto de hierro hasta más de treinta metros sobre el nivel del suelo, un enorme edificio albo se destacaba con un letrero: "La Blanca". Aquella mañana, los hombres y las mujeres habían llegado, como siempre, con las primeras luces para iniciar sus tareas, y en número de 3.000 se distribuyeron por sus respectivas dependencias.

Desde el comienzo de la huelga del "Anglo", las comisiones internas habían hecho su trabajo, y se sabía que el día anterior, negado por la policía el permiso para realizar una asamblea, los

obreros, después de pasarse la consigna, se habían reunido en un terreno baldío, no obstante la lluvia, decidiendo proseguir y extender el movimiento hasta lograr lo que se proponían.

Así fue como ese día, por todo Avellaneda corrió la noticia: ¡Los 3.000 obreros del frigorífico "La Blanca" se habían adherido a la huelga! El movimiento se hizo en forma casi unánime y sorpresiva, al punto de que, al abandonarse las faenas, varios borregos quedaron colgando de los ganchos de la noria. Los matambros, los cuarteros, los descarnadores, los garreadores, los caponeros, habían sido los más decididos y, paralizada la labor, detuvieron una tropa de novillos que venía conducida por "crumiros".

A la salida hubo choques con la policía, mientras los hombres y las mujeres se reunían allí mismo, frente al portón, al grito de "¡Viva la huelga! ¡Muera el standard! ¡Abajo los negreros de la carne! ¡Viva el compañero José Peter!". Contaban con la presencia de una delegación de obreros del "Anglo", lo que realzaba su entusiasmo.

Un miembro de esta delegación tomó la palabra y dijo: "Los que hasta ayer nos encontrábamos sometidos a la explotación más sanguinaria, tratados como animales, despedidos y encarcelados por el delito de pedir un poco más de pan y más respeto, nos ponemos hoy de pie. El sanguinario imperialismo que con su refinado y moderno sistema de explotación, el 'standard', nos mata lentamente, ha sido sorprendido ante la actitud valiente de los que hasta ayer fueron los mansos corderos. Las primeras líneas han sido tendidas por los trabajadores del 'Anglo'. El resto del proletariado de los frigoríficos debe aprestarse para secundar este movimiento, solidarizándose con nosotros y luchando por sus propias reivindicaciones. No hacerlo así significa no solamente ofrecer nuestras espaldas para que sobre ellas se descargue todo el

peso de la explotación, sino también es una traición. Esto no puede permitirse, recordemos que tenemos en nuestros hogares hijos que se mueren de hambre. Por ellos entonces luchemos unidos. Al frente único que realiza el imperialismo, la burguesía nacional, el ejército, la policía, los reformistas y traidores de todo pelaje, opongamos nuestro frente único de obreros argentinos y extranjeros. ¡Compañeros! ¡Hermanos! Luchando por nuestras reivindicaciones, extendiendo nuestras luchas a las demás fábricas y talleres, ligando a ellos nuestros hermanos de explotación, los obreros agrícolas, y los campesinos pobres, llegaremos al derrumbe total de la burguesía y el imperialismo. ¡Abajo el standard! ¡Basta de listas negras! ¡Viva la huelga de los frigoríficos!".

En el frente, con grandes letras pintadas en negro sobre fondo blanco, podía leerse: "S.A. Talleres Metalúrgicos San Martín". Era un edificio amplio y compacto de una sola planta, que ocupaba gran extensión sobre un terreno en el que sobresalía una alta chimenea. Antes se había denominado "Talleres Metalúrgicos Vasena", y eran famosos porque en ellos habían tenido su epicentro los sucesos de la "semana trágica", de enero de 1919.

Ese día por la mañana, gran número de obreros del turno de las 7 se habían reunido frente a la entrada, como al acecho de graves acontecimientos. Y de la importancia de los mismos, era una demostración el gran despliegue policial y los disparos de armas que se oían en el interior del edificio, que tenía cerrados los portones.

Pronto se supo la causa: los obreros que permanecían dentro y que querían salir, después de haber abandonado el trabajo al grito de "¡Viva la huelga!", trataban de ser contenidos por los jefes y capataces, que habían iniciado un tiroteo

para intimidarlos, buscando hacerlos volver a las máquinas paralizadas. Pero los hombres y las mujeres, armados de trozos de hierro, enfrentaron a quienes pistola en mano procuraban cerrarles el paso, iniciándose una desesperada lucha que aquellos que estaban afuera presentían, ansiando participar de ella, lo cual era impedido por el fuerte cordón policial.

Entonces, estos grupos, a los que se habían agregado los huelguistas del "Anglo" y "La Blanca", que el día anterior se reunieron en una asamblea conjunta de 5.000 obreros, comenzaron a desahogar su impulso profiriendo gritos vivando la huelga, lo que obligó a los efectivos policiales a dispersarlos violentamente a culatazos, provocando corridas, mientras muchas personas caían y eran atropelladas por los caballos del escuadrón. En el interín, adentro proseguía el tiroteo y, en la batahola, predominaban los gritos de las mujeres, que aparecían como las más activas.

Hasta que, por fin, los portones de la fábrica se abrieron con estrépito, y una multitud de obreros se precipitó a la calle entre exclamaciones de "¡Viva la huelga!" y "¡Abajo Vasena!", improvisándose en seguida una manifestación que rompió el cordón policial para dirigirse al local del Frente Único. Pero, siendo este local pequeño, se decidió realizar la primera asamblea al aire libre, por lo que en grupos compactos todos se dirigieron a la plaza Piñeyro, donde se levantaron tribunas improvisadas, en las que se turnaron oradores de todos los idiomas, constantemente interrumpidos por aplausos atronadores.

Un delegado del Comité del Frente único, en medio de grandes aprobaciones, alcanzó a decir: "Con la misma unanimidad con que antes salieron los obreros del 'Anglo' y de 'La Blanca', los de este gran taller metalúrgico han abandonado el trabajo, no sin antes haber sostenido violentas luchas con la policía, que trató vanamente de impe-

dir la salida. El hecho de que en la huelga de la carne, que crece y se extiende cada día, intervengan obreros de otras industrias, tiene importancia enorme porque demuestra que la lucha se transforma en lucha de masas. El proletariado quiere luchar, quiere empeñarse en combate abierto contra la ofensiva capitalista a los salarios, a la jornada de trabajo, a todas las condiciones de vida. Quiere romper el cerco de la reacción que trata de obligarla a ajustar sus necesidades al marco de la crisis capitalista. En Avellaneda el proletariado ha sabido encontrar el camino para exigir más pan y mayor libertad. ¡Así se lucha! Ampliemos y extendamos la gran huelga de masas de Avellaneda proletaria. ¡Viva la huelga general!".

"Otro coloso enmudecido. 2.000 obreros de Talleres San Martín-Vasena salen a la calle"

Eran apenas las 6 de la mañana, pero las muchachas hacía mucho que habían salido de sus casas. Y aun tuvieron tiempo de enterarse de los pedidos:

Pantaloneras y chalequeras, confección fina, preciso todo el año, Sarmiento 353

Lenceras y bordadoras a mano, se necesitan

Cuelleras para trabajo fino, se precisan. Talleres Casa Muñoz

Costureras para trajecitos y ropas de bebés, se necesitan Corseteras y 1/2 oficiales, para adentro y domicilio, se precisan

Zurcidoras a máquina, muy prácticas, a domicilio, necesito. Se paga bien

Muchachas para victroleras, se necesitan. Café "El

Tronador". Rivadavia 10721

Muchachas para fábrica se precisan

Iban a pie para economizar el viaje en ómnibus. Las calles todavía estaban casi desiertas, pero pasaban tranvías repletos ostentando un cartel que decía: "Obreros".

A los lejos, las grandes chimeneas de la quema de basuras lanzaban sus enormes humaredas blancas, que se extendían por toda la zona, expandiendo un olor fuerte y desagradable.

Caminando por la amplia avenida, las muchachas cruzaron los terrenos rellenados con residuos, que dejaban en descubierto por doquier latas y botellas rotas. Luego fueron pasando frente a varios negocios cuyos letreros apenas miraron:

Tienda Japonesa. Gran liquidación de verano

Pizzería "El Puente"

Restaurante y parrilla criolla "La Fusta"

Almacén "La Aurora"

Sobre los techos de las casas de un piso se levantaban grandes anuncios:

Untisal, quita su mal

Fume "43". La gran marca argentina

Use alpargatas "La Llave"

Mientras tanto, en las paredes continuaban los carteles murales, algunos de ellos ya rotos:

Los empresarios deben contestar al pedido de los yeseros

¡Obreros pintores! Gran asamblea en el local México

2070. ¡No faltéis!

Gran acto contra el racismo y el antisemitismo
Ríase con Ruggero en el teatro Variedades. Noche
completa \$ 1

Primer gran maratón de Nueva Pompeya organiza-
da por el Club Social y Deportivo "Hacia la cumbre"

Francisco Canaro y su orquesta se presentará el
martes en el cine "La Mosca" (antes Madrid)

Partido Socialista. Gran conferencia el sábado en
Avenida Sáenz y Centenera

Juventud Obrera Independiente. Gran Matinée
Danzante

Sociedad Española de Socorros Mutuos. Gran baile
el sábado. Pista de 400 metros. Orquesta de tango y jazz

¡Textiles! Por la solución de la crisis. Gran mitin.
Denunciamos el lock out patronal

Al otro lado del Riachuelo tomaron por una de las calles
angostas hacia el Este. Atrás dejaban una estación de ferroca-
rril: "Puente Alsina". Al fondo aparecía un gran edificio que
ocupaba toda la manzana. Sobre el techo se alcanzaba a leer:
"Campomar y Soulás". A la derecha estaban los edificios de la
fábrica "Gatry", junto mismo al Riachuelo y, a la izquierda,
sobre la otra orilla, unas amplias instalaciones, coronadas por
un gran tanque de agua con un letrero: "Frigorífico Wilson".
Un diarero pregonaba: "¡La Prensa! ¡La Nación! ¡El Mundo!
¡La República! ¡La Vanguardia! ¡Bandera Roja! ¡Se extiende la
huelga en Avellaneda!".

Cuando se dio el grito de ¡Viva la huelga!, 2.500
hombres. y mujeres abandonaron su labor y, descendiendo
unos de los pisos superiores, y otros avanzando desde dis-
tintas dependencias de la planta baja, se movilizaron ha-

cia el lugar convenido. Habían transcurrido ya ocho días desde el comienzo del paro en el "Anglo", seguido poco después por el de "La Blanca" y "Talleres San Martín", y la sección sindical del "Wilson" había dado la orden de abandonar también el trabajo. De manera que, a una hora determinada, todos los hombres y mujeres paralizaron su actividad, reuniéndose en el patio.

Pero, prevenida la gerencia por los sucesos en los otros frigoríficos, había concentrado fuerzas dispuestas a romper la huelga desde un comienzo. Así fue como envió a los jefes y capataces a persuadir a los obreros de que todas sus demandas serían satisfechas sin necesidad de medidas de fuerza. Y, aunque algunos levantaron tribunas para alertar a sus compañeros sobre la falsía de esa promesa, la mayor parte se dejó convencer, volviendo a ocupar sus puestos. Así, desde un comienzo, la huelga quedó quebrada.

Sin hablar mucho, casi silenciosos, los grupos pasaban a lo largo de la calle Montevideo, siguiendo luego por Nueva York. Lituanos, búlgaros, yugoslavos, rumanos, polacos llenaban las casas de chapa de cinc que constituían la población, compuesta de 80% de extranjeros. Sobresaliendo de las paredes se veían varios letreros:

Bar "Riga"

Mercadito "Swiatowid"

Tienda "Ukrania". La mejor de Berisso

A un costado, dominando el lugar, se levantaban los grandes edificios de los frigoríficos "Swift" y "Armour", donde trabajaban 5.700 obreros. Un grupo de mujeres, después de entrar por la calle Marsella, cruzó frente a la playa de novillos del

"Swift", conversando animadamente. En las paredes podían verse carteles o letreros, algunos escritos con pintura:

Blenorragia y avariosis. Tratamiento rápido y muy económico de acuerdo con los métodos más modernos

Unión Cívica Radical - Vote Pueyrredón-Guido

¡Compañeros del "Swift": Los obreros del "Anglo" y "La Blanca" fueron a la huelga para imponer sus reivindicaciones! Nuestra situación no es mejor que la de ellos. Todos como un solo hombre debemos ingresar al Sindicato y conjuntamente con los obreros del "Armour" ir a la lucha. Solamente así terminaremos con el maldito "standard" que nos saca hasta la última gota de sangre, y mejoraremos nuestra situación.

Una de las mujeres recordó la huelga de 1918 en la que murieron muchos obreros baleados. Cierta noche se apagaron las luces del pueblo y desde el "Swift", con un poderoso reflector, se enfocaron las casuchas, sobre las que hicieron fuego fuerzas de marinería. Las chapas de zinc quedaron como cernidor y más de un hombre fue muerto en el lecho en que dormía. Las familias que pudieron, recogiendo sus bártulos, escaparon hacia Villa Independencia.

Pero, en esta ocasión, aunque las consecuencias no fueron tan tremendas, los resultados, al final, habían sido nulos. La huelga, en Berisso, al igual que en Zárate, fue hecha efectiva por muy pocos. Las gerencias de los frigoríficos habían tomado con tiempo medidas para controlarla. En el "Swift" los serenos fueron armados con pistolas de guerra bajo el comando de un tal Márquez, famoso por sus perrerías. También en el "Armour" estaban dispuestos a "dar leña a los rusos", incluyendo en esta denominación a todos los extranjeros.

Asimismo, en Avellaneda el movimiento, severamente combatido, había declinado. Aparte de la defección del "Wilson", tanto en el "Anglo" como en "La Blanca", los comités de huelga habían sido cerrados y detenidos sus integrantes. Más de 400 obreros estaban presos. El 26 de mayo se realizó una asamblea general en el cine "Select", de Piñeyro, donde la policía cargó a la salida sobre los huelguistas, mientras éstos atronaban con sus gritos: ¡Abajo los negreros de la carne! El frigorífico "Anglo" había prestado sus camiones para transportar a los detenidos que fueron hacinados en el famoso Cuadro V del Departamento de Policía. El 29 de mayo el número de detenidos llegaba a 600.

Pero, pronto, los trabajadores de "Talleres San Martín" decidieron volver al trabajo. También lo hicieron muchos de "La Blanca". Sólo quedaron en lucha los del "Anglo".

Por fin, en otra asamblea en el "Select", en los primeros días de junio, también éstos resolvieron levantar la huelga.

Todo eso comentaban las mujeres cuando marchaban juntas, esa tarde, con otras que trabajaban en "picada" y en "tripería". A la salida, un gran cartel anunciaba: "La obrera que falte sin permiso será inmediatamente despedida". A su lado otro decía: "Usted está en el deber moral de ayudar a la empresa recomendando sus productos, así, colaborará en el aumento de las ventas asegurando su trabajo". Y luego, en el portón, aún otro prevenía: "No se toma personal".

Escrito burdamente con alquitrán sobre una tabla, había un letrero en la puerta de calle que decía: "Se alquila pieza".

Después de observar un momento desde la vereda, el hombre y la mujer se decidieron a entrar, subiendo dos o tres escalones que había en el umbral. Un zaguán corto y estrecho desembocaba en un patio prolongado hasta el fondo de

la casa, sobre el que se abrían multitud de puertas, y donde comenzaba una escalera que llevaba al piso alto. La casa era una construcción antigua y, como casi todas las del barrio de Monserrat, de aspecto sórdido.

Cuando llegaron al patio, donde se amontonaban varias macetas con plantas, y tachos de basura, tuvieron que abrirse paso entre las ropas tendidas de los alambres, que lo cruzaban de lado a lado.

Al verlos entrar, como diez o quince chicos que jugaban en el patio se les acercaron con curiosidad. Uno de ellos, después de demandarles sus deseos, dándose vuelta hacia el fondo, gritó con todas sus fuerzas:

—¡Doña María! ¡Aquí hay gente que quiere ver la pieza!

Al oír ese grito, corriendo las cortinas de las puertas, algunas hechas con frazadas, aparecieron rostros de mujeres despeinadas y de cara cansada, que los observaron detenidamente. También a una ventana del primer piso se asomó un hombre en camiseta, tomando mate. Por el fondo, donde había una pileta, dando vuelta la cabeza para mirarlos, pasó una muchacha en chancletas llevando un tacho de ropa enjabonada.

Mientras esperaban, observaban el aspecto de las piezas, en algunas de cuyas puertas los vidrios rotos habían sido reemplazados por cartones o por una madera. En el corredor del piso alto, el viento movía una cortina de bolsas de arpillerá, cosidas entre sí, en las que aún podía leerse: "Compañía Azucarera Tucumana. Tucumán. R. A.". Al olor de las basuras y de un W.C., cuya puerta se abría a poca distancia, se agregaba el de orines de gato.

En seguida llegó una mujer gorda y algo canosa, que se acercó secándose las manos en su delantal.

—¿La pieza? Sí, es ésta.

Y los llevó un poco más al fondo, cerca de la pileta, pa-

sando el W.C. Los rostros detrás de las cortinas miraban ahora con más descaro, mientras los chicos que hallaron al entrar los siguieron casi encima mismo, por lo que la mujer gorda se dio vuelta y los hizo alejar a gritos.

Después de forcejear un rato para abrir el candado, que se había oxidado, la puerta de la pieza quedó abierta y pudieron entrar en una habitación estrecha, cerrada y oscura, de la que se desprendió un fuerte tufo a humedad que casi los hizo retroceder. De la pared todavía colgaba un almanaque viejo que habían dejado sus anteriores ocupantes, así como la hoja de una revista, pegada en la pared, con un retrato de Agustín Magaldi. En la pieza cabían sólo dos camas chicas y un ropero, que dejaban apenas espacio en el centro para una mesa.

La mujer aprovechó para ampliar sus informes:

—Allá tiene una cocinita; la pileta y la letrina están cerca.

Y agregó que más atrás estaba otra letrina, aunque lamentablemente sólo había una canilla en la única pileta. Como ellos se quedaran mirando, creyó conveniente preguntarles:

—¿Son ustedes solos?

—No, tenemos tres hijos.

—¡Bah! ¡Eso no es nada! En la pieza de al lado, que es igual a ésta, vive un matrimonio con seis.

Y, respecto al precio, aclaró que eran cuarenta pesos por mes, y adelantado.

Sin decir nada, la pareja salió hacia el zaguán, mientras ella los seguía. Nuevamente cruzaron el patio, apartando con las manos la ropa tendida. Los rostros de las mujeres de las piezas vecinas volvieron a mirarlos ahora en forma agresiva. Desde el primer piso llegó el ruido de una cachetada y un grito, seguido de un llanto. Luego el eco de una voz de hombre que insultaba. El olor de la letrina y de las basuras parecía hacerse más penetrante. Al llegar al pasillo, el enjambre de menores volvió a rodearlos.

En la puerta se detuvieron un instante, prometiendo volver al día siguiente. Y al alejarse entre el griterío de los chicos, que ahora reñían, tomaron por la calle Venezuela hacia el Sur, pasando junto a otras casas igualmente antiguas, en cuyas paredes se veían carteles, algunos ya viejos, que decían:

"Descanso dominical reclama el Sindicato de Obreros de los mercados, carnicerías y ferias"

"¡El gremio de pie! ¡Panaderos! Mientras el Departamento Nacional del Trabajo estima necesario un salario mínimo de \$ 164 por 8 horas de trabajo diario, para el sostenimiento de una familia obrera, nosotros ganamos un salario de hambre que no pasa de \$ 40 a 60, 'casa y comida', con una jornada de 14 a 15 horas. ¡Por la lucha y a comprometerse a arrimar el hombro a todas las tareas que ella demande! ¡Concurrid al gran mitin el Viernes 24 en el Salón Giuseppe Verdi, a las 21. ¡Es un deber que no debéis dejar de cumplir!"

Mientras comían en una fonda vecina a la fábrica en que trabajaban, uno de los hombres iba diciendo:

—Te digo, hermano, que ya llevábamos como un mes de huelga y, en una asamblea que habíamos hecho días antes, se había resuelto proseguirla en cualquier forma. Teníamos el apoyo de otros gremios y, además, el vecindario de Nueva Pompeya nos ayudaba. A nuestra Sociedad de Resistencia continuamente llegaban aportes; de los caldereros; de los pintores, rasqueteadores y peones de varadero; del taller de Zamboni. Por su parte, una panadería nos había entregado 70 kilos de pan, y un almacén varias bolsas de azúcar. Además, el viernes 3 de enero, ya en 1919, en un biógrafo de la calle Rioja, se hizo una función especial en beneficio de los huelguistas, que éramos como 2.500.

En un comienzo, no nos había acompañado todo el personal, aunque día a día fuimos logrando que se adhiriera un mayor número, tanto en los depósitos, que estaban en Santo Domingo y Pepirí, cerca del Riachuelo, como en los talleres centrales ubicados en la manzana de Cochabamba, Rioja, General Urquiza y Oruro. Pero en nuestro reemplazo habían entrado otros, así que la situación se ponía cada vez más tensa.

Finalmente comenzamos a tratar de convencer y detener a los "carneros" cuando pasaban con las chatas cargadas hacia el depósito, cerca del local de la Sociedad. Como no querían escucharnos y seguían de largo, castigando los caballos, empezamos a cascotearlos, a tomar a los animales por las riendas, y hasta a cortárselas. Pero Vasena se quejó, y las chatas comenzaron a venir custodiadas por agentes del Escuadrón de Seguridad.

Nosotros no pedíamos mucho: jornada de 8 horas, aumentos escalonados según el horario, supresión del trabajo a destajo, pago especial para los trabajos extraordinarios, lo mismo que libertad para hacerlos o no, readmisión de los despedidos a causa de la organización y propaganda de la huelga, etc. Pero Vasena se había empeñado en no ceder y ofrecía lo que no podíamos aceptar, cansados de jornadas matadoras hasta de 11 horas, salarios de hambre y trato prepotente.

Ya el 31 de diciembre habíamos tenido los primeros incidentes. Tres chatas cargadas con cortinas metálicas tuvieron que volver al interior del depósito, aunque más tarde, en San Francisco y Pepirí, los soldados del Escuadrón, que acompañaban otra chata, sacaron a relucir armas y, entre disparos al aire, pasaron.

La situación comenzó a agravarse desde el 3 de enero. A las cinco y media de la tarde, con un grupo de compañeros al grito de ¡carneros! y ¡cosacos!, salimos a parar siete chatas

que trataban de pasar custodiadas, como siempre por agentes del Escuadrón. Pero éstos, pistola en mano, nos tiraron al bulto, por lo que algunos de los nuestros, que también llevaban armas, les contestaron y, durante un rato, se cruzaron como 200 tiros. Hubo heridos, algunos ajenos al hecho. Y, poco más tarde, al salir de una reunión en la Sociedad de Resistencia, en la avenida Alcorta, la policía nos cargó a sablazos, dejando también víctimas, entre ellas una obrera. Y, en seguida, se inició otro tiroteo que duró un buen rato.

Al día siguiente continuaron los incidentes con las chatas en la avenida Alcorta. Llegamos hasta cortar los cables telefónicos y las cañerías de aguas corrientes, levantando el adoquinado y haciendo excavaciones, inundando las calles, con el fin de dejar aislados los depósitos. Tuvo que venir una cuadrilla para reparar los destrozos, acompañada por agentes y 20 bomberos con armas largas que quedaron apostados en la azotea de Pepirí y Alcorta.

Pasaron luego dos días en que no hubo incidentes, en parte por ser uno de ellos feriado. Pero, entonces murió un cabo que había sido herido días antes, y Vasena hizo otra presentación al Ministerio del Interior, quejándose de que la falta de una represión enérgica amparaba la acción de los huelguistas.

Hasta que llegó el 7 de enero, que fue realmente bravo. A las 11 de la mañana tratamos otra vez de detener varias chatas que pasaban hacia los depósitos de Pepirí y Santo Domingo, manejadas por "carneros", y llevando grandes cargamentos de alambre. Venían, como siempre, acompañadas por soldados del Escuadrón. Pero esta vez los milicos, enardecidos por la muerte del cabo, nos tiraron a matar, por lo que nada pudimos hacer. Y cuando a eso de las tres y media de la tarde volvimos a salir al paso de 5 chatas, a una señal aparecieron por todas partes soldados y policías que disparaban contra nosotros y contra todos

los lugares en los que se veía gente. Tuvimos que retroceder y parapetarnos en las esquinas y detrás de los árboles. Durante varias horas se empeñó una verdadera batalla campal, que alcanzó su mayor intensidad a las 4 de la tarde, cuando llegaron otros 90 hombres del Escuadrón y extendieron una línea de tiradores desde la avenida Sáenz hasta más allá de las vías del Ferrocarril Oeste, algo así como 6 cuadras. Los hombres, disparando sus máusers, avanzaban por la calle San Francisco en dirección a los depósitos. Asimismo los "cosacos" hacían fuego desde el suelo, y otros soldados tiraban desde la azotea del colegio de la avenida Alcorta, y desde el portón de la fábrica de tejidos Bozzola. Nosotros contestábamos desde los zaguanes y desde los matorrales de Alcorta. Un niño quedó tirado en medio de la calle y un anciano muerto fue recogido en un carro. También cayó una mujer con un balazo en un muslo. Las ambulancias de la Asistencia Pública circulaban buscando heridos, aunque la furia de los soldados impedía que se los recogiera.

Como a eso de las 5 de la tarde el tiroteo fue cediendo, se habían cambiado más de dos mil disparos. Frente al local de la Sociedad de Obreros Metalúrgicos podían verse las casas acribilladas a tiros, lo mismo que las puertas y ventanas con los postigos agujereado y los vidrios rotos. En el almacén de Alcorta y Beazley, la cortina metálica quedó como un colador, y en la peluquería vecina, un espejo recibió cuatro balazos y otro tres. A consecuencia del tiroteo, quedaron 4 muertos y un gran número de heridos.

Esa misma tarde, la Sociedad de Resistencia de Metalúrgicos Unidos declaró la huelga general. Esta decisión coincidió con la de la Federación Obrera Marítima, que también se declaró en huelga por sus propias reivindicaciones, paralizando el puerto.

El 8, por fin, en vista de la magnitud de los sucesos que se venían desencadenando, Vasena se manifestó dispuesto a

escucharnos y, ante nuestras demandas, manifestó que contestaría al día siguiente, aunque rechazó a la comisión que fue a entrevistarlo por no estar compuesta por obreros de su fábrica. Mientras tanto, muchos gremios habían expresado su adhesión al sepelio de las víctimas y aun otros declararon, asimismo, una huelga por 24 horas. Tres muertos fueron velados esa noche en nuestra Sociedad, y otro, un muchacho de 18 años alcanzado por una bala en su casa, en un local del Partido Socialista, en la calle Loria, donde llegaron a reunirse más de 1.000 personas. El suceso había impresionado profundamente a todos y podría decirse que existía un verdadero clima de rebelión general. Ese clima tuvo su explosión al día siguiente, 9 de enero, en que se enterraron los muertos del 7.

Desde la mañana diversos grupos de huelguistas comenzaron a recorrer las calles deteniendo a todos los vehículos de transporte que circulaban por la ciudad, especialmente los tranvías. En muchas partes las vías de éstos fueron levantadas y, ante el peligro de que fueran volcados e incendiados, la compañía los fue retirando con el letrero "A la estación". A mediodía podría decirse que el paro era ya completo, ante la agresividad de los huelguistas, y las patrullas policiales, que circulaban por diversas calles, eran tiroteadas desde los balcones y las azoteas.

Mientras tanto, los ataúdes de los caídos el día 7, cubiertos con banderas negras y rojas de los anarquistas y los socialistas, eran llevados a hombro por la calle Corrientes, siguiendo luego por Triunvirato, en medio del intenso calor de ese día. Iban precedidos por gentes armadas y seguidos por una multitud que se extendía por varias cuadras, la que incluía mujeres y niños. Al pasar por un colegio religioso sobre Corrientes, la multitud lo asaltó, saqueándolo y prendiéndole fuego, lo que dio lugar a un gran tiroteo. Luego, al

llegar al cementerio de la Chacarita, también se produjo un descomunal incidente en el que las policías armadas atacaron a los manifestantes, quienes debieron guarecerse detrás de las bóvedas, cayendo muchos de ellos muertos y heridos.

Pero los sucesos más graves ocurrieron en los talleres de Vasena, en Cochabamba y Rioja. Allí estaban trabajando ese día como 400 personas, entre las que no habían querido adherirse a la huelga, y las que entraron al amparo de la llamada "libertad de trabajo". Para evitarles incidentes, Vasena había dispuesto que en esos días comieran y durmieran dentro de los mismos talleres, distribuyéndoles, además, armas. También elementos de la propia policía particular de los patrones, provistos de ametralladoras, estaban apostados adentro y en las azoteas de la fábrica, para defenderla en caso de que nosotros la atacáramos.

Pero ese día estábamos dispuestos a todo y, a pesar de estas medidas, ya en la mañana habíamos roto a pedradas todos los vidrios de la fábrica. Y, no bien pasaron algunas chatas, les caímos encima, cortándoles los tiros a los caballos, para en seguida volcarlas.

Sin embargo, el fuego de los esbirros de Vasena comenzó a diezmarlos, por lo que debimos apoderarnos de varios carros recolectores de basura de la Municipalidad, y volcarlos también, para atrincherarnos detrás de ellos. Desde allí contestamos el fuego, aunque asimismo hicimos barricadas levantando el adoquinado de las calles. Luego, bajo los disparos, se trajeron varios tachos con nafta y tratamos de incendiar los portones de los talleres, lo cual en parte conseguimos, impidiendo después que apagaran el fuego los bomberos.

Cuando la situación estaba más tensa, se hizo presente el nuevo Jefe de Policía, que acababa de ser nombrado, y pretendió arengarnos para contenernos. Pero fue recibido

con manifestaciones hostiles y debió retirarse a pie, porque su automóvil fue incendiado. También el comisario seccional procuró intervenir infructuosamente, ya que su mismo ayudante fue herido de una puñalada. Los gritos de "¡Muera Vasena!" eran verdaderos rugidos de fieras.

Como el peligro de que lográramos apoderarnos de la fábrica se hacía, de momento en momento, mayor, a eso de las 5 de la tarde aparecieron 3 camiones con 100 bomberos armados a máuser. Y una hora después, en lo más recio del tiroteo, llegó un piquete de soldados del 2° y 3° de Infantería que, de inmediato, rodilla en tierra, empezaron a tirar en todas direcciones.

Pronto esos tiroteos se fueron extendiendo por otros barrios y la gente comenzó a asaltar armerías para proveerse de rifles, escopetas, pistolas y municiones. Las patrullas de policía, lo mismo que las del ejército, se vieron así sometidas a mayores agresiones, y las mismas comisarías fueron, por último, atacadas para liberar a los presos. En las seccionales debió apelarse al recurso extremo de tocar "¡reunión!", maniobra que sólo se ponía en práctica en caso de subversión o revolución.

Por la noche los tiroteos y los incendios continuaron por toda la ciudad y aun por los alrededores, en medio de las tinieblas, porque más de 1.500 focos de alumbrado público habían sido destruidos. Sólo se veían los fogonazos de los disparos de los fusiles, cuyos proyectiles levantaban chispas en el empedrado, o la deslumbrante luz de las ametralladoras. Y junto con los disparos se escuchaban vivas y gritos subversivos. Pronto, también, llegaron tropas desde Campo de Mayo, y entraron al puerto dos acorazados, que desembarcaron refuerzos para custodiar los depósitos de la marinería en Dársena Norte, al mismo tiempo que debió ser resguardado el Arsenal de Guerra, donde los huelguistas habían impedido el ingreso de los obreros que no se adhirieron al paro.

Al día siguiente, 10 de enero, Buenos Aires ardía por los cuatro costados. La paralización era completa. Se había declarado la huelga general, mientras corrían las versiones más contradictorias e inquietantes, que mantenían la alarma en todas partes. No se recogió la basura ni andaban repartidores. Tampoco se faenó en los mataderos. El comercio estaba cerrado y no hubo espectáculos. Sólo algunos almacenes de barrio atendían a sus clientes habituales, desde atrás de puertas entornadas, hasta quedar vacíos. Por las calles de acceso a la ciudad, piquetes de huelguistas detenían los carros con carne, leche y verduras. Únicamente circulaban algunos pocos autos oficiales, camiones del ejército con tropas, y ambulancias de la Asistencia Pública recogiendo muertos y heridos. Mientras tanto las patrullas militares continuaban siendo agredidas desde los balcones y azoteas, con toda clase de armas. Se trató de detener a algunas con latas vacías colocadas a todo lo ancho de las calles, y a otras extendiendo alambres de lado a lado de la calzada, para impedir el paso de los caballos. Llegaron a incendiarse trenes y vagones de ferrocarril.

También prosiguieron los asaltos a las comisarías. Un amigo me contó que en la puerta de una de ellas, cinco hombres, que eran llevados presos, sacaron grandes cuchillos y enfrentaron a los agentes que los conducían. Uno de ellos se abalanzó sobre un cabo gritando: ¡Viva la anarquía! El cabo le hizo seis disparos con su revólver y, por la nerviosidad, le erró. Pero, de inmediato, un oficial lo derribó al hombre de un tiro al pecho. Por la noche la confusión general en que se vivía se extendió al Departamento Central de Policía, que creyó ser asaltado, y, como alguien apagó las luces, los agentes se balearon entre sí en la oscuridad, creyendo que lo hacían con agresores.

Ese mismo día llegaron nuevos refuerzos desde Campo de Mayo, hasta con cañones, que acamparon principalmente

en la plaza del Congreso, y su jefe, el general Dellepiane, tomó el mando de las fuerzas represivas. De los acorazados desembarcaron otros 2.000 hombres y se reforzó con 200 soldados la guardia de la Casa de Gobierno, en el temor de que pudiera ser asaltada. Se había dado una orden terminante a todos los efectivos militares distribuidos por la ciudad: "Hacer fuego sin previo aviso a los revoltosos que se sorprendiera levantando vías, produciendo incendios y otras depredaciones". Y, para terminar la confusión del día, en las últimas horas comenzaron a circular rumores de que 4.000 obreros de los frigoríficos de Avellaneda y de las fábricas del Dock Sud cruzarían el Riachuelo por los puentes, en botes y en otras embarcaciones, para atacar la ciudad.

Pero nada de eso ocurrió, aunque siguió otro día con las calles desiertas, siempre entre el eco de los disparos y la difusión de nuevos rumores. Se culpaba de todo a la acción de los "agitadores profesionales" anarquistas y "maximalistas", en tanto la situación se agravaba por la falta de alimentos. Y pronto se inició la reacción de los "guardias cívicos" contra los locales sindicales, bibliotecas obreras y centros políticos de izquierda. El diario anarquista *La Protesta* fue asaltado y saqueado, mientras que los elementos reaccionarios se dedicaron, como deporte, a la "caza del ruso".

Aunque la agitación duró aún varios días, podría decirse que ya desde el 12 fue declinando. Y una semana después se entró otra vez en una aparente normalidad; dejando los sucesos, sin embargo, grandes depredaciones y un tremendo saldo de muertos. ¿Cuántos cayeron en esos días, que dieron en llamarse la "Semana trágica"? Nadie nunca podrá decirlo. Algunos calcularon las víctimas en 300, otros en 500, y aun hubo quienes las hicieron subir a 700. Y los heridos, varios miles. Las ambulancias no daban abasto para recogerlos. A los

hospitales llegaban constantemente cadáveres que se amontonaban en las morgues y, ante la imposibilidad de sepultarlos, si después de un tiempo nadie los reclamaba, eran incinerados.

Con algunos miembros de la Sociedad de Metalúrgicos, fuimos el día 13 a la morgue del hospital Argerich a ver si podíamos identificar los restos de un compañero desaparecido. Al pasar una patrulla encabezada por un oficial a caballo, que marchaba por la calzada, acompañado por varios agentes a pie por las veredas, frente a la puerta del conventillo en que vivía en la Boca, había gritado a estos últimos:

—Muchachos, maten a ese perro y acompañennos, porque ustedes son obreros igual que nosotros.

El oficial alcanzó a oírlo, o los agentes se lo comunicaron, porque en seguida se fue sobre él y, como buscó refugio en el interior de la casa, allí lo persiguieron, y debió saltar por el fondo hacia unos yuyales, con otros amigos que se le reunieron, desde donde sostuvieron un tiroteo con la patrulla. Pero, finalmente, una bala lo alcanzó, quedando tirado hasta que una ambulancia pudo recogerlo, más tarde, ya sin vida. En la morgue del hospital Argerich, los cadáveres estaban desnudos y amontonados sobre las baldosas, con letreros clavados con alfileres sobre los mismos cuerpos: José Garisto, argentino, 24 años, plomero; Pedro Andreotti, italiano, 57 años, estibador; Ramón Gómez, español, 31 años, tranviario... Había también cuerpos sin identificar. Entre éstos estaba nuestro compañero. Su hijo, que iba con nosotros, en seguida lo reconoció. Pálido y demudado sólo atinó a sacar un pañuelo del bolsillo y cubrir con él los órganos genitales del padre. Y luego, después de que hubimos solicitado en una oficina la entrega de los restos, al salir, se detuvo un momento junto a un árbol, levantó el brazo para apoyar la cabeza, y lloró.

En el gran tablero de la estación Retiro, de los Ferrocarriles del Estado, se anunciaba:

La Quiaca - Jujuy - Salta - Tartagal - Orán - Güemes - Embarcación - Pocitos - Rosario de la Frontera - Tucumán - Madrid - Frías - Santiago del Estero - Recreo - Córdoba - Rosario y combinaciones. Llega a las 18 horas. Plataforma 3

Catamarca - La Rioja - Chilecito - Andalgalá - Tinogasta - Pomán - Mazán - Serrezuela - Deán Funes - Córdoba - Rosario y combinaciones. Llega 1 hora. Plataforma 2

Resistencia - Sáenz Peña - General Pinedo - Añatuya - General Obligado - Charadai - Intiyaco - Pucará - Clodomira - Suncho Corral - Tostado - San Cristóbal - Santa Fe - Rosario - Santa Lucía y combinaciones. Llega 7 horas. Plataforma 3

A medida que el tren se iba acercando al fin del viaje, un gran movimiento agitaba los vagones de segunda clase, repletos de pasajeros y bultos. Cada uno iba acomodando sus pertenencias como podía para descender con ellas en cuanto el tren se detuviera. ¡Buenos Aires! Y la proximidad del término del largo viaje, no dejaba de provocar en más de uno incertidumbre.

Sola, y sintiéndose como acechada por un porvenir que no dejaba de angustiarla, la muchacha preparaba también su magro equipaje, en el que podía verse la cuidadosa atención de la madre, que se lo había preparado. Ahí estaba un viejo vestido, una escasísima y gastada ropa interior, una toalla, una servilleta de colores dentro de la cual llevaba envuelto un papel blanco con algunas milanesas fritas que había consumido en el trayecto, así como restos de pan, queso de cabra casero y algunas frutas secas. También una estampa de la Virgen de la

Candelaria, y sus documentos: Nicasia Alegre, nacida en Villa Robles, Santiago del Estero, el 12 de mayo de 1915, soltera.

Atrás quedaba el rancho en que había vivido, parecido a otros en los que se habían desarrollado sus dieciséis años de existencia. Ranchos de algarrobo a pique, o de jarilla con techo de tierra o de simbol, donde sus hermanitos jugaban descalzos entre las gallinas, los perros y algún cerdo. Los había conocido a lo largo de las interminables peregrinaciones de su padre, cuando éste trabajaba, ya sea en Santiago, o llevado por los "conchabadores" a la zafra de Tucumán, o como hachero en el norte santafecino.

Tristeza, incertidumbre y miseria. Jornadas de sol a sol con salarios de hambre, los que quedaban aun más reducidos debido al régimen de las proveedurías, por el que debían pagar con vales y a precios exorbitantes las mercaderías más indispensables. También desnutrición, agua escasa y sucia, enfermedades endémicas, analfabetismo, desocupación. Y, encima de ello, el flagelo del alcohol, en el que los hombres se refugiaban como evasión de su suerte. En ese medio había vivido y se había criado.

Recordaba cómo muchos días, en los obrajes, comenzaban a trabajar a las 4 de la mañana. Desde chicos lo habían hecho sus hermanos para voltear quebrachos y guayacanes cuando el padre se enfermaba —el mal de Chagas, decían— o no podía. Las mujeres y los niños colaboraban como "boyeros", o en los "guinches", o llevando el "cachapé", tirado por dos o tres yuntas de bueyes, para traer las maderas del monte. Eran 16, y a veces 18 y 19 horas diarias en que el sueldo no pasaba de \$ 2,20 por jornada, o 40 ó 50 pesos mensuales.

También recordaba las veces que, acompañando a los trabajadores "golondrinas", emigraban en la época de la zafra tucumana, yendo toda la familia en grandes carromatos

tirados por tres o cuatro mulas, cuyos arneses llevaban como adorno largas colgaduras de cuero. En esos carromatos cargaban todos los enseres: mesas, sillas, colchones, útiles de cocina y los envoltorios con sus ropas, viajando las mujeres acomodadas en lo alto de la estiba, y los hombres en el pescante o montando los animales. Así hacían el trayecto, en ocasiones, en largas caravanas con otros carros con el mismo destino, llevando otras familias, por aquellos caminos llenos de barro o de polvo, durmiendo a la intemperie donde los tomaba la noche, para correr al regreso idéntica aventura.

Ella apenas había podido ir a la escuela para aprender rudimentariamente a leer y sumar, cuando tenía ocho años. Iba en un burro, haciendo una larga distancia con una compañerita. Hasta que ésta murió en circunstancias que se publicaron en *El Liberal*, de Santiago del Estero. La información decía: "Un drama de perfiles alucinantes se desarrolló en los suburbios de Añatuya. Una menor de 7 años, en el propio domicilio del progenitor, fue vejada por éste y otros individuos, dejando de existir poco después en el Hospital Regional, donde fue internada de urgencia. En un rancho de las afueras de ese pueblo se hallaban bebiendo el dueño de casa, Jorge Gregorio Figueroa, de 44 años, y sus amigos Ubaldo Manzone y otro cuyo nombre no suministró la policía. La esposa de Figueroa se encontraba en los fondos del rancho, ocupada en el lavado de ropa, cuando fue sorprendida por los gritos que profería su hija Delia Cleofé, que estaba en el interior de aquél. Cuando la madre llegó hasta su hija, ésta corrió a su encuentro y, con palabras entrecortadas por el dolor y el terror, le contó que el padre y sus amigos la habían sometido a incalificables vejámenes. La menor perdía abundante sangre y de inmediato se dispuso su internación en el Hospital, donde poco después deja de existir".

Ella alcanzó a verla muerta, cuando la velaban, y tenía bien presente su rostro: parecía que sonreía. Por eso, en la noche de cada 1° de noviembre, cuando residían en Villa Robles y toda la población, de acuerdo con una antiquísima costumbre, concurría al cementerio con el fin de orar por sus muertos hasta el alba del día siguiente siempre hacía por su amiga desaparecida las mayores rogativas.

Asimismo recordaba cómo había muerto su padre, cuando trabajaba en un obraje, en Santiago. Le pagaban entonces \$ 0,40 el metro de leña cortada de 1,40 de largo. Y como por cualquier pretexto —que estaba mal apilada, que tenía muchos agujeros, que se había asentado con la lluvia— le descontaban hasta 0,20 centímetros, pidió que se la recibieran por kilo. Pero la balanza del obraje siempre pesaba menos que la de la estación. Cuando reclamó, le contestaron que la balanza de la estación "debía andar mal". Y la vez que indignado, en un gesto de amenaza, levantó su machete frente al recibidor, un tiro de revólver en el abdomen, al grito de "¡Te voy a dar machete!", lo derribó. Allí estuvo tirado y quejándose varias horas, hasta que por la tarde lo cargaron en un carro para llevarlo a la unidad sanitaria. Cuando llegó, en seguida el médico diagnosticó: "Perforaciones intestinales múltiples, largo tiempo sin asistencia, cuestión de minutos".

¿Y su hermana mayor, Carmen Rosa, que un día cuando tenía 14 años, se fue con un hombre y nunca más supieron de ella? Un conocido, años más tarde, aseguró haberla visto en un prostíbulo en Frías.

Ahora ella también se iba, impelida por la necesidad, hacia la vorágine de la gran urbe, de acuerdo con la sentencia del maestro del pueblo, que siempre repetía: "Santiago sólo produce peones para el ferrocarril, vigilantes para la policía y sirvientas para la capital". Y, precisamente ella llevaba consi-

go el recorte de un diario donde, bajo el título de "Servicio doméstico pedido", podía leerse:

Muchachas para Buenos Aires, sueldo \$ 40. Tratar Urquiza 1417

Se necesita sirvienta para Buenos Aires, se paga buen sueldo, presentarse con documentos. San Juan 878

Se necesita muchacha para Buenos Aires. Tratar tienda "La Unión"

Sirvienta formal que cocine, para Buenos Aires, con referencias, buen sueldo. Tratar San Martín 724

Chicas para Buenos Aires, de 15 a 18 años, con referencias para ayudar quehaceres domésticos. Irigoyen 97

Mucama para Buenos Aires, buen sueldo, presentarse con la madre. Chile 248

Y cuando el tren fue disminuyendo la marcha, mientras sentía acelerarse su pulso y como un nudo en la garganta, apretaba nerviosamente en su mano un pañuelo donde, para no perderlo, había envuelto su arrugado billete de diez pesos.

En la mesa de una lechería de 25 de Mayo y Leandro N. Alem, frente a una taza de café largo tiempo antes consumida, mientras trataba de pasar allí la noche por no alcanzarle el dinero para pagar una cama en un hotel, el hombre hojeaba por décima vez un viejo periódico que había conseguido, y volvía a leer las noticias y los avisos que en él se publicaban.

"En la celda de un reformatorio se eliminó un menor", La Plata, 16. – Esta mañana en el interior de la celda del Reformatorio de Menores, Sabino Gobi, argentino, de 10 años de edad, se ahorcó empleando un cinturón que

había trenzado con un alambre. Gobi estaba recluso en dicho reformatorio desde el 10 de enero del año corriente por orden del juez en lo criminal Moreno Bunge.

"Se suicidaron dos mujeres en Santa Fe", Santa Fe, 17.
 – Anoche se arrojó a las aguas de la Laguna Setubal, desde el puente colgante, Gloria Méndez, argentina, de 16 años, esposa de Bernardo Marengo, argentino, de 50 años de edad, jornalero. Se desconocen las causas del suicidio y el cuerpo no fue hallado aún. También apareció en el paraje Cuatro Bocas, distrito de Santo Tomé, el cadáver de María Teresa Figueroa de Guardia, argentina, de 23 años, que el sábado pasado se había casado con Bonifacio Guardia, de 60 años, viudo y padre de 7 hijos. Teresa había desaparecido del hogar el martes, desconociéndose las causas del suicidio.

Entre los avisos había un título: "Personas buscadas"

Inés Rosa Bermúdez que estuvo radicada en Tartagal, Salta. La busca su madre desde hace cuatro años. Quien pueda informar debe escribir a Margarita C. de Bermúdez, Villa Ocampo, provincia de Santa Fe.

Norma Gallardo, 22 años, rubia, estatura mediana. Se ausentó de su hogar hace un año para dirigirse a Buenos Aires por motivos de trabajo y desde entonces nada se sabe de ella. Su madre desesperada pide que se comunique cualquier dato al respecto a Guillermina M. de Gallardo, 25 de Mayo 763, Chilecito, La Rioja.

Elsa Giménez. Se alejó de la provincia de San Luis hace aproximadamente 5 años; es posible que se encuentre en Buenos Aires. Cualquier información al respecto debe

hacerse llegar a su hermana Catalina Giménez de Bustos, Almacén "El Porvenir", San Francisco, Córdoba.

Pedro Visosky. Sus hijos desean tener noticias suyas. No lo ven desde que se separaron en Tafi Viejo, Tucumán, hace ocho años. Debe escribir a Independencia e Irigoyen, Villa Berthet, Chaco.

Manuela Gauna. Hace siete años marchó a la Capital Federal. Cuando dejó su hogar en Intiyaco, Santa Fe, dijo a sus familiares que apenas encontrara trabajo escribiría. Nunca lo hizo. En la actualidad debe tener 30 años. Quien pueda informar sobre su paradero, debe escribir a su madre Marcelina Gauna, Pringles s/n, distrito Tala, departamento de Paraná, Entre Ríos.

Bajaron del ómnibus que decía "Mataderos" y, caminando con prisa, se alejaron hacia una calle ancha, sin pavimentar. Era de noche, y sobre la calzada oscura y lóbrega sólo se veían las luces de un bar, en la esquina, detrás de cuyos vidrios empañados y entre el humo de pipas y cigarros, grupos de hombres aparecían jugando o bebiendo, sentados alrededor de las mesas.

Luego tomaron por una vereda sin baldosas, pero de tierra endurecida, a fuerza de ser transitada, y siguieron hacia un sitio que parecían conocer bien, a juzgar por su marcha decidida. A medida que avanzaban, los hombres podían adivinarse en la oscuridad por la lumbre que encendían a cada aspiración de sus cigarrillos.

Pronto pasaron frente a la entrada de una churrasquería, desde la cual llegaba un fuerte olor a carne chamuscada, así como los agudos sonidos de una radio difundiendo un tango como para atraer una clientela que no aparecía. Un hombre

estacionado en la calle, soportando el frío, les ofreció, cuando pasaban, una mercadería oculta.

Una cuadra más adelante, donde ya raleaba la edificación, dirigiéndose hacia una casa apenas alumbrada por la luz mortecina de un foco eléctrico de poca potencia, sacudido por el viento, se introdujeron en una puerta sin ningún signo particular. Un vigilante de uniforme se acercó entonces y, por turno, silenciosamente, mientras ellos levantaban los brazos, los fue palpando de armas con ambas manos, comenzando en las axilas para terminar debajo de la cintura.

Esto cumplido, siguieron por un corredor estrecho. Desde adentro venía el eco de voces, carrujadas y un fuerte olor a perfume barato.

Unos pasos más y entraron en un ancho patio cubierto, lleno de gente y bien iluminado. La luz los cegó por un instante, el que aprovecharon para detenerse y, de una mirada, abarcar la escena: numerosas mujeres rubias y semidesnudas, que cuando se cruzaban hablaban entre sí en lenguas extrañas, circulaban por el patio acercándose a los hombres parados próximos a los pilares o sentados en los bancos, junto a las paredes, tratando de convencerlos con proposiciones y caricias obscenas. Hasta que, acompañadas por alguno de ellos, desaparecían tras las puertas que rodeaban el patio, reapareciendo al rato para dirigirse con dinero en la mano hacia una señora gorda que, sentada en un lugar estratégico, las vigilaba.

Un rato estuvieron los hombres aguardando, al parecer, su turno, para seguir luego el camino de sus antecesores. Y, cumplido esto, juntos otra vez, abandonaron el edificio, regresando por el mismo trayecto por el que habían venido. En la puerta, el agente de policía continuaba en su actitud de control, siempre bajo la luz mortecina del foco eléctrico, agitado cada vez con más fuerza por el viento. Luego, al pasar

frente a la churrasquería, tan vacía como antes, les llegó el eco de *La cumparsita*, al mismo tiempo que nuevamente el hombre parado en la oscuridad, volvió a ofrecerles: –¡Gomas higiénicas baratas! ¡Preservativos!

Por la calle 25 de Mayo, desde Viamonte y en dirección a la avenida Alem, venía una pequeña manifestación de hombres y mujeres. Avanzaba por el centro de la calle y, de pronto, algunos enarbolaron un palo alto en la punta del cual habían atado un trapo rojo. Todos la siguieron silenciosamente, mientras en el trayecto se iban agregando nuevos manifestantes. Al llegar a la avenida Alem, marcharon por ella un tramo para volver luego a subir por Reconquista. Ahora varios de ellos hacían oír esporádicos gritos en idiomas extranjeros, que los demás coreaban.

Largos meses habían pasado en los que el avance de la crisis se hizo galopante. Las fuentes de trabajo, una tras otra, se fueron cerrando. En otras, el personal había sido reducido. Las obras tenían todas el consabido cartel: "No hay vacantes". Las mismas agencias de la avenida Mitre, en Avellaneda, prácticamente desaparecieron por escasez de pedidos. También la situación en Europa y en los Estados Unidos se hacía insostenible. Y la marcha de aquel puñado de gente en el lejano Buenos Aires, haciendo escuchar su protesta en la forma limitada, pero angustiada que estaba dentro de sus posibilidades, era sólo un eco apagado y débil del concierto general de un mundo que parecía derrumbarse.

Hasta que, de pronto, y cuando ya habían avanzado algunas cuadras, doblando sorpresivamente por una esquina, aparecieron los guardias del Escuadrón de Seguridad. Avanzaban por el centro de la calzada como figuras siniestras, al galope de sus caballos, y blandiendo sus sables.

En pocos momentos el desbande de los manifestantes fue general. El trapo rojo desapareció, mientras muchos de ellos trataban de introducirse en los comercios vecinos, los cuales, para evitarlo, cerraban sus cortinas metálicas con estrépito. Más de uno cayó al huir, colocándose en situación de ser atropellado. Por las esquinas, numerosos fugitivos doblaron a la carrera y, muy pronto, la calle quedó desierta. Sólo los guardias circulaban ahora por ella, persiguiendo a algunos remisos acurrucados sobre las puertas o en los zaguanes, mientras varios heridos eran curados en una farmacia próxima.

El general Agustín P. Justo abrió las sesiones del Congreso.

Otra manifestación de desocupados fue disuelta ayer por la policía.

Una sirvienta se suicidó arrojándose desde un 8° piso
1.200 kilómetros de langosta cubren el cielo de Corrientes.

20% de los niños que nacen en el país son de madres solteras y adolescentes.

Una multitud acude a un pueblo brasileño para ver un cangrejo con la presunta imagen de Cristo.

La catastrófica baja en la Bolsa de Nueva York conmueve la economía de los Estados Unidos.

En medio de matorrales, sobre la avenida Costanera en construcción, a la altura de la calle Salguero y del Club de Pescadores, una aglomeración de casuchas levantadas con chapas, maderas, latas y cartones de todos tamaños y especies, se extendía junto al murallón que limitaba las aguas del Río de la Plata, ocupando una extensa superficie. En algunas de esas chapas y latas, a menudo oxidadas, aún podían leerse

los nombres de los productos comerciales para los que habían sido utilizadas. Entre dichas construcciones, como calle principal, aparecía una estrecha senda pavimentada toscamente con ladrillos colocados sobre el barro.

El conjunto estaba dividido en cinco secciones, cada una de las cuales contenía doscientas viviendas, que albergaban varios hombres bajo un mismo techo. Las tres primeras secciones se componían de polacos; la cuarta de checoslovacos, lituanos, rumanos y algunas otras nacionalidades de Europa central; y la quinta de criollos y españoles. Ellos mismos designaban sus autoridades, bajo la supervigilancia de la policía, que expulsaba de allí, inexorablemente, a quienes sindicaba de "elementos subversivos". Cerca de la Estación Sanitaria podía leerse un cartel escrito con tiza sobre un pizarrón: "Elecciones - La colonia polaca elegirá el martes 17 a las 15 horas los cinco miembros que integrarán su Comisión de Asistencia Social". Más lejos otro cartel anunciaba: "Los enfermos deben anotarse a las 8 horas todos los días menos los domingos".

En la entrada de las viviendas o adentro de ellas, se veían muchos hombres sentados en sillas improvisadas o sobre cajones, como expresión estática de ese pueblo de cerca de 5.000 almas, al que la gente había dado por nombre "Villa Desocupación".

Rostros barbudos, cuerpos flacos semidesnudos, muchos de ellos renegridos por el sol. Unos hombres cosiendo trapos viejos que les servían para vestirse, otros intentando afeitarse haciendo reflejar su imagen en algún pedazo de espejo roto, y, aun otros, tratando de pescar desde el murallón sobre el río. También los había sentados en las puertas con unas hojas mimeografiadas que, bajo el nombre de *Puerto Nuevo*, y el lema "Dum spiro spero" ("Mientras respiro espero"), se editaban en el Albergue I del galpón 5, de la Dársena C, de ese puerto, donde se daba alojamiento y comida a otras 1.760 personas. También los había leyendo en

común hojas sueltas de diarios viejos, para lo cual alguno lo hacía en voz alta rodeado de un grupo que escuchaba. Una lectura se refería a un episodio que allí mismo había ocurrido:

El 17 de enero último, en los terrenos próximos al campamento de desocupados en Puerto Nuevo, fue hallado el cadáver de Francisco Ruthewski, que habitaba una de las chozas del lugar de referencia. Las pesquisas realizadas en el primer instante para identificar al autor o los autores del hecho, no dieron resultado. Pero con posterioridad se logró establecer que el crimen era obra de Basilio Pauliak; Alberto Switel, de 28 años, soltero, polaco; Pablo Jacykowski, de 33 años, casado, polaco; Máximo Romanovich, de 41 años, soltero, y Juan Nagorniak, de 26 años, soltero, ambos polacos también, y que el móvil que los había llevado a matar a Ruthewski era el robo. Todos los acusados fueron aprehendidos y puestos a disposición de la justicia, excepción hecha de Pauliak, que aún continúa prófugo. De las declaraciones de los detenidos surgió la realidad del bárbaro asesinato. Los cinco hombres aguardaron a la víctima en las inmediaciones del edificio que en ese paraje posee la Dirección de los Ferrocarriles del Estado, y lo ultimaron. Luego con una pinza le extrajeron varios dientes de oro, los que vendieron al día siguiente en un comercio de las inmediaciones. Al hacerse el reparto del botín, le tocó un peso con cincuenta a cada uno, que utilizaron en comprar yerba y beber un litro de vino en los despachos del Paseo Alem.

Se encontraron una tarde, ya casi oscuro, mientras vagaban por la calle 25 de Mayo. Se habían detenido para contemplar el caballo de un carro que tenía quebrada una pata y permanecía parado, tembloroso, con el muñón sangriento colgado, del que

sobresalían las puntas de los huesos astillados. Estaba en el medio de la calle rodeado de gente que protestaba en voz alta porque nadie venía a llevarlo. Se saludaron sin mucha efusión, reconociéndose como compañeros de viaje en el *Alcántara*. Pronto haría dos años que habían llegado y, luego de algunas palabras pudieron conocer su suerte: uno vivía en una casilla de Villa Desocupación y el otro en el albergue de Puerto Nuevo. Después continuaron en una conversación que estuvo salpicada por muchos términos que les eran bien conocidos: cosecha de maíz, Chaco, algodón, trenes de carga, Comodoro Rivadavia, frigoríficos, crisis.

Luego merodearon un rato juntos por la recova de la avenida Alem, repleta, como siempre, de gente marchando bajo sus arcadas. A lo largo de las cuadras iban pasando bajo los mismos carteles:

Restaurant "Pravda"

Bar "Morava"

Hotel y restaurant "Kiev", de Teodoro Dyrda. Camas desde 0,60, 0,80 y \$ 1

En un kiosco instalado en la puerta de un zaguán, una vidriera colgante mostraba su mercancía:

Nuevas comunicaciones de Pancho Sierra

Catecismo del libre pensador

The secrets of a Harem

Nana, por Emilio Zola

Antología del Tango

Martín Fierro, Ida y vuelta

Juan Cuello, por Eduardo Gutiérrez

La conquista del pan, por Pedro Kropotkine

El almanaque de los sueños

El capital, por Carlos Marx (Resumido por Gabriel Deville)

La noche roja (El trágico fin de Nicolás II y su familia)

El libro de los enamorados

La revolución sexual en Rusia

Chistes de Quevedo

Método de aprender ruso

Vida de Rodolfo Valentino

Payando junto al fogón. Versos y contrapuntos

En una esquina, sobre la vereda, otro despliegue de diarios y periódicos;

Ukrainske Slovo

Nova Doba. El más popular órgano de los checos y eslovacos en la América del Sur.

Argentinske Novine. Órgano de los croatas, serbios y eslovenos en la Argentina.

Zinios, órgano oficial de la colectividad húngara en la América del Sur.

Nash Klych. Semanario nacionalista ucraniano.

Slovensky Sud. Órgano obrero eslovaco en Sud América.

Darbininku Tiesa. Periódico del pueblo lituano en la Argentina.

Slovenski List. Periódico de la colectividad yugoeslava.

Galicia. Semanario de la colectividad gallega en la Argentina.

Argentinos Lietuviv Balsas. La voz de los lituanos en la Argentina.

En el camino iban cruzando con marineros ingleses,

griegos, hindúes, y con desocupados, vagos y prostitutas. De vez en cuando se detenían para escuchar música en la puerta de algún café concierto.

Un afiche en la pared decía:

Concurra a pedir por la justicia social
Misa y comunión de hombres a las 10 horas
Iglesia del Salvador (Callao y Tucumán)

Por fin llegaron a la plaza del Retiro y se sentaron en un banco, dejando caer su cansancio, sin hablar, mientras miraban sus zapatos casi deshechos, que llevaban el polvo de muchas leguas. La noche era de calor y humedad. Hurgando tabaco suelto, en el fondo de sus bolsillos, uno de ellos logró armar un cigarrillo.

En Retiro había mucho movimiento, y los automóviles entraban y salían en gran número, llevando algunos gente vestida de etiqueta. Desde su banco los hombres los contemplaban hundidos en sí mismos, totalmente indiferentes.

Cuando el reloj de la Torre de los Ingleses fue dando, pausadamente, las doce, un lejano concierto de pitos, sirenas de barcos y explosiones de petardos los sacó, por un momento, de su apatía.

Algunas voces les llegaron:

—¡Año nuevo, amigo! ¡Feliz año nuevo!

Mientras tanto, en el fondo de la plaza, hacia la calle San Martín, los letreros luminosos continuaban su constante parpadeo:

"Ñanduty, la más cara de las yerbas"

"Puloil, limpia todo en su casa"

"Use nafta Wico Standard, 100% argentina"

"Contribuya a la riqueza del país. Consuma productos argentinos".

II

La insurrección socialista en la escuadra chilena

Aquella noche a las 11, partía el tren que, desde Antofagasta, bajaba en un largo trayecto de tres días hasta Calera, donde empalmaría con los ramales a Santiago o Valparaíso. El tren estaba compuesto de un coche dormitorio, un coche comedor, otro de primera clase y tres de tercera.

Junto al vagón de 1ª, algunas personas despedían a varios pasajeros al pie de la ventanilla, lo mismo que al costado del coche dormitorio, que iba casi vacío. En cambio, gran número de personas se aglomeraban frente a los coches de 3ª, que se veían abarrotados de viajeros, valijas y bultos. Es que la situación en la pampa salitrera se había hecho gravísima, y todos los que podían se apresuraban a abandonarla en una caravana doliente, que parecía no terminar nunca. Aquello semejaba una verdadera tragedia, ya que no solamente era la crisis la causa de tal estado de cosas, sino también nuevos métodos de producción del salitre que había transformado a los antiguos en antieconómicos, obligando a decenas de "oficinas" salitreras a paralizar sus actividades. Y allí iban ahora los "pampinos", con sus familias y sus bártulos, amontonados en el tren, huyendo de la cesantía y la miseria, en busca de un campo más propicio, el que por ahora no aparecía por ninguna parte. Pero cuando, a la hora indicada, el tren partió, los impulsaba la certidumbre de que, cualquiera que fuera la suerte que les estaba reservada, no podía ser peor que la que habían tenido.

Atrás quedaba un pasado de angustia acentuada por las circunstancias: Tocopilla, Iquique, Gatico, Mejillones, Chuquicamata, Alto San Antonio, Pedro de Valdivia, María

Elena... En Tocopilla, centro de las actividades de las compañías norteamericanas, estaba el puerto principal de carga del salitre y la gran usina que producía energía eléctrica para Pedro de Valdivia y María Elena, la cual era llevada por cables a través del desierto, siguiendo el sediento hilito de agua del río Loa. Muchos de ellos habían trabajado en la carga y descarga del salitre, o en el andarivel que traía mineral de cobre de "La Despreciada". También en la usina o en el ferrocarril de la Anglo-chilean, residiendo en las miserables casas de madera del "Campamento chileno". Asimismo venían quienes vivieron en las pobrísimas casillas de emergencia, luego conservadas permanentes, edificadas sobre el cerro. O sino en "La Manchuria", el gran campamento de desocupados, donde, como en todos los otros barrios, no había agua, la que debía ser traída del interior. En cambio, abundaban los cabarets y los prostíbulos.

También llegaban viajeros procedentes de Mejillones y Miclilla, pueblos prácticamente abandonados, por donde antes se embarcaba cobre, y que allí quedaban como recuerdo de un pasado que parecía lejano, con sus costosos andariveles, ahora inútiles. O de Gatico, en cuyas minas trabajaron alguna vez hasta 4.000 obreros, y ahora permanecía cual pueblo fantasma, con su gran avenida Artola bordeada de casas vacías. Y aun de Unión, otro pueblo abandonado debido a la paralización salitrera donde, en medio de la llanura desolada, sin un árbol ni una brizna de hierba, habían quedado sus edificios deshabitados, ostentando aún, al frente y sobre el techo, grandes carteles de tiendas clausuradas, con el nombre de sus antiguos propietarios chinos.

Asimismo venían quienes habían sido huéspedes de los "buques" y "camarotes", de María Elena, o de los "pasajes", de Pedro de Valdivia, de la Lautaro Nitrate Co. Ltd., las "oficinas" salitreras que habían adoptado modernos métodos de produc-

ción, y donde la labor se hacía de día y de noche. Algunos trabajaron como "barreteros", preparando con barrenos y barretas agujeros donde se colocaba la pólvora, a fin de levantar el caliche. En ellos, con una mecha, se producía una explosión que hacía saltar el mineral. Eran los "tiros" que constantemente se escuchaban desde lejos. Después el caliche era cargado con palas eléctricas en vagones de 50 toneladas y conducido por ferrocarril hasta los molinos, de los que todo el día se levantaba una gran columna de polvo, divisible aun a gran distancia, como una nube de humo. Luego pasaba por distintas plantas hasta que era volcado, ya listo para su uso, debajo de los andariveles, donde se formaban inmensas parvas blancas. Muchos de ellos no habían abandonado las "oficinas" por su voluntad, sino al ser despedidos por tratar de constituir un sindicato, ya que cualquier organización obrera era obstruida por la compañía norteamericana, en combinación con los inspectores de trabajo y las autoridades regionales.

También bajaban antiguos obreros de Chuquicamata, el campamento de la Chile Exploration Co., donde se extraía el cobre, a "tajo abierto", de un cerro entero. Era como una inmensa olla, sobre cuyos bordes, en distintos niveles, circulaban las locomotoras arrastrando los vagones que recogían el mineral. El campamento era inmenso, en medio del paisaje desolado y desierto, y en él habitaban alrededor de 20.000 almas. Los obreros con familia se alojaban en las casas que les estaban destinadas, estrechas, malolientes y plagadas de insectos, y los solos, o solteros, en grandes barracones llamados "buques", que llevaban cada uno el nombre de algún vapor chileno: *Cachapoal*, *Teno*, *Aconcagua*, *Maipo*. En ellos residía el 70% de los trabajadores, ya que la compañía evitaba tomar a los casados, ocupando de preferencia a aquellos "sin cargas de familia", como los pedían los avisos en los diarios

de Antofagasta, lo cual obligaba a quienes la tenían a dejarla abandonada en los puertos. Mientras tanto, los hombres solos se hacinaban en los "buques", hasta 10 en cada uno, oscuros y con servicios sanitarios elementales y deficientes.

Peor aun era la condición del "Campamento boliviano", llamado así por la nacionalidad de quienes lo habitaban, conocido también con el nombre de "Chaco", en el cual el hacinamiento era aun mayor, con un inmundo W.C. sin agua corriente, común a varias habitaciones. O si no la denominada "Ciudad Perdida", un conjunto de construcciones chatas y plomizas levantadas en una hondonada entre dos sectores del campamento, en cada una de las cuales se amontonaban do 10 a 15 obreros. Todas las noches se escuchaban por allí gritos, y tenían lugar riñas que degeneraban en muertes, o se producían escándalos o violaciones. En medio de la "Ciudad Perdida" estaba el llamado "Hotel Spícula", que había sido de un austríaco que trabajó en el mineral, y ahora era el centro de los disturbios y atentados. También estos disturbios se producían con frecuencia en los prostíbulos de Punta de Rieles o en los de Calama.

Todos recordaban, asimismo, los numerosos accidentes y los sucesos trágicos ocurridos en Chuquicamata, algunos con cerca de 100 obreros sepultados. En cualquier forma la ley allí estaba ajustada al lema de su antiguo gerente, Mr. Burr Wheler: "Yo he venido aquí a conseguir el máximo de producción de cobre con el mínimo de costo. Lo demás no es de mi incumbencia".

Distinta era la suerte de los habitantes del "Campamento americano", con sus casitas rodeadas de jardines, sus canchas de tenis, su piscina de natación, y el club "Chilex", donde continuamente se daban fiestas y bailes que terminaban en grandes borracheras, prolongadas hasta la clara luz del día si-

guiente. Muy a menudo aparecían en el periódico *The Chilex Weekly*, que allí se publicaba, avisos anunciando: "Dance. A dinner and hard times dance will be held at the Chilex Club the night of the third of July. Reservations may be phoned in or written request made to Sr. Maldifassi, club steward. The Jazz orchestra will occupy the plataform". Luego los miembros del "staff", ebrios, pasaban rápidamente en sus automóviles frente a los campamentos de los trabajadores, protestando contra los "damned natives" que obstruían el paso, circulando a pie por el camino.

Después de abandonar Antofagasta, el tren fue marchando toda la noche como con sumo esfuerzo, lentamente, jipando en las cremalleras, en medio del frío que se hacía sentir en los coches, aunque para combatirlo los pasajeros se arrebujaran en sus ponchos y mantas. Hasta que, al amanecer, volvió a verse por las ventanillas el panorama desolador del desierto de Atacama, con sus cerros y lomas de suave declive, sin piedras, ni tampoco agua o vegetación de ninguna especie. El sol se mostraba despejado y, hasta mediodía, se fue pasando frente a estaciones vacías y "oficinas" salitreras "de para". Ni un alma por todo el paisaje; sólo edificios de chapas de zinc cerrados y abandonados. Por fin el convoy se detuvo en Catalina, estación de la cual partía el ramal a Taltal, rodeada de un rancherío miserable, en la que el tren permaneció largo rato. Luego, siempre sobre la llanura desolada, nuevamente paró en Altamira, entre gran cantidad de mineral de una mina cercana, el cual, seleccionado según su tamaño y color, o colocado en bolsas, era manipulado por veinte o treinta operarios en medio, ahora, del intenso calor del mediodía.

A las 15, después de otra marcha lentísima, el tren llegó a Pueblo Hundido, un nuevo rancherío gris extendido como una

maldición sobre una ancha y profunda hondonada, lugar que señalaba el punto final de la línea inglesa y el comienzo de la red de los Ferrocarriles del Estado. En el fondo de esa hondonada, corría un hilito de agua sobre terrenos salitrosos y blanquecinos, por donde se extendía el ramal al puerto de Chañaral.

Mientras tanto, el pasaje continuaba soportando pacientemente la marcha penosa del convoy. En el coche comedor, algunos viajeros de 1ª clase tomaban café en una larga sobremesa, entre el humo de sus cigarrillos, en tanto que en los vagones de 3ª la gente que para alimentarse había sacado provisiones de los paquetes y envoltorios que llevaba, parecía sufrir la fatiga del interminable trayecto como una más en su cadena de penurias. En uno de los vagones, alguien, acompañándose con una guitarra, cantaba:

"Trabajo para los gringos
Sudando por un dinero
Que en la mano no se ve.
El yanqui vive en palacio
Yo vivo en un barracón.
¿Qué pasa con mis hermanos
De México y Panamá?
Cien años fueron esclavos
Ahora no lo serán.
¡Basta ya!
¡Basta ya!
Que el gringo mande.
¡Basta ya!

Más tarde el tren pasó por Cuba, centro de algunas minas de oro de bajo rendimiento pero que, con motivo de la crisis y la desocupación, eran trabajadas por 5.000 obreros,

muchos de los cuales esperaban el paso del tren en la estación. Casi todos eran solteros y vivían en un rancherío improvisado con maderas y chapas de zinc, donde proliferaban también los cabarets y los prostíbulos. Luego las estaciones se sucedieron: Chañarcito, Chimberos, Carrera Pinto, Llampo, Chulo, Paipete. Casi al anochecer, comenzaron a verse, sobre el panorama desierto, algunas matas de hierbas secas. Luego, ya de noche, el tren permaneció una hora detenido en Copiapó y, después, otra hora en Vallenar.

Un nuevo amanecer fue mostrando a los pasajeros un paisaje de piedras y montañas, entre las que ya aparecía alguna vegetación, aunque ésta se redujera a los cactus espinosos y a la jarilla, que cubren siempre las zonas áridas. También aparecieron ranchos de adobe, burros y cabras. Y luego otras estaciones: Agua Amarga, Vizcachitas, Cachiyuyo, Chañar, Punta Colorada, Tres Cruces, Quebrada Grande, Hualcuna, Islón. Más tarde, el convoy paró largo rato en La Serena y, en seguida, en Coquimbo, ya entre valles fértiles y hermosos, con grandes árboles, entre los que empezaban a verse carteles: "Fume La Cubana", "Vinos Baquedano", "Carbón Schwager".

También llegaron diarios de Santiago con algunos titulares que decían:

"Niña de 12 años muerta en un hotel galante"

"Denuncian en el Perú la venta de niños a plantaciones de té, donde trabajan sin salario y mueren de extenuación sin ninguna atención médica"

"Descalzos y hasta las rodillas miles de promesantes fueron hasta la tumba de la 'Difunta Correa' en San, Juan (Argentina)"

"Multitud de hambrientos llegó a la localidad de Pentecostés, en el Estado de Ceará (Brasil)"

"Se han elegido en Nueva York las diez mujeres mejor vestidas del mundo"

"Se reunió en Ginebra la conferencia del Desarme"

Después se sucedieron otras estaciones: Cerrillos, Andacollo, Tamborcillos, Los Cardos, Pejerreyes, Recoleta, Tuqui, Ovalle, y ya anocheciendo otra vez, Combarbalá. Ahora, en todas ellas, el tren se veía asediado por vendedores y vendedoras de masas, uvas, sandías, peras, granadas, membrillos, higos. Más tarde, vinieron nuevas largas paradas en medio de la noche. Y, por último, un tercer amanecer, en tanto que el tren proseguía su marcha con interminables pitazos, pero siempre pesadamente, como si tuviera conciencia de la carga de miseria que traía, mientras se escuchaban algunas voces preguntando:

—¿A qué hora llegamos a Calera?

Ese anochecer el movimiento era el corriente en la estación Mapocho y en la zona que la rodeaba. Dentro de la estación los letreros anunciaban las próximas salidas:

Renca - Quilicura - Colina - Batuco - Palpaico -
Tiltil - Rungue - Montenegro - Las Chilcas - Llay Llay
- Ocoa - Pachacama - Calera - La Cruz - Quillota - San
Pedro - Limache - Peñablanca - Villa Alemana - Quilpue
- Viña del Mar - Valparaíso

Un gran cartel decía:

"Visite Viña del Mar. A su ornato urbano y arquitectónico y a sus noches fascinantes de ambiente de lujo refinado, se une la agradable posibilidad de practicar los deportes de golf, polo, tenis, pesca, yachting y esquí

acuático. Un cúmulo de emociones que sólo puede ofrecer la auténtica Costa Azul del Pacífico."

A un costado de la estación se deslizaba el Mapocho, cuyo caudal, generalmente escaso, corría por un lecho sucio, cargado de basuras acumuladas a ambos lados, al pie de los paredones del entubamiento.

Por el otro costado, sobre la avenida Balmaceda, las terminales de ómnibus mostraban sus locales con algunas personas circulando frente a las boleterías y los pizarrones que anunciaban las salidas. Luego, extendiéndose desde Morandé hasta el Mercado Central, numerosos comercios dejaban ver sus letreros, algunos de ellos luminosos.

Sobre la vereda, frente al viejo Mercado Central, se extendían los puestos de venta de frutas, que bordeaban, también, el puente de la avenida La Paz, más allá de la estrecha faja arbolada que, a lo largo del río, se extendía hasta el Parque Forestal.

Los ómnibus de transporte urbano pasaban anunciando al frente su destino:

Alameda
 Providencia
 Estación Central
 San Cristóbal
 Ñuñoa
 Vitacura

La mayoría de ellos, a esa hora, circulaban casi vacíos. Sin embargo, aún dos o tres "cabros", en las esquinas, pregonaban su mercadería:

"¡Las Últimas Noticias!"

En la mesa de una bodega, varios hombres discutían los problemas políticos del momento, junto a una pared donde podía verse una litografía de Luis Emilio Recabarren, y algunos recortes de diario sobre sucesos recientes, pegados en el muro.

Por la calle Mackenna, ya a esa hora oscura, pasaron dos menores de diez u once años. Una de ellas llevaba llamativas medias cortas blancas, contrastando con otras que las tenían negras o no las tenían, y hasta parecía que sus labios estaban algo pintados. Un hombre se les acercó y cambiaron algunas palabras en la penumbra que dejaban los escasos faroles públicos. En seguida comenzaron a marchar juntos por Bandera, para cruzar luego el puente de la avenida Independencia, hasta la Plaza de Artesanos. Allí, deteniéndose frente a una vivienda antigua y de aspecto abandonado, las menores golpearon la persiana detrás de la baranda del balcón.

A un requerimiento desde adentro, una de ellas contestó para que abrieran:

—Somos nosotras.

Los diarios anunciaban que de las 69 "oficinas" salitreras que antes trabajaban en el Norte, sólo proseguían su labor la mitad. También la crisis y la desocupación habían afectado a los obreros del carbón de Lota, Coronel y Schwager. La lucha contra las cada día peores condiciones de trabajo, había generado la protesta y también la reacción: numerosos dirigentes sindicales desaparecieron fondeados en las aguas de Talcahuano, Pascua y Más Afuera.

En Santiago la situación era angustiosa. La miseria, la terrible miseria que llenaba los conventillos y "cites" de ciudad, los albergues de cesantes y las "ollas del pobre", que se habían instalado en diversos lugares, mostraban un cuadro aterrador, donde se extendía el tifus exantemático, provocado por los piojos.

Por las calles, cada mañana, numerosas madres con sus hijos de pocos años recorrían los tachos de basura de los barrios "distinguidos", disputándose los residuos con los que, allí mismo, los alimentaban. Otras debían darlos por no poder mantenerlos.

En las columnas de un diario obrero, podía leerse: "En una extensión de 400.000 kilómetros cuadrados utilizables habitan cuatro millones y medio de chilenos; esta población crece con una lentitud desesperante debido, en primer lugar, a la mortalidad infantil elevadísima, la mayor del mundo: de cada mil niños que nacen, fallecen doscientos cincuenta; y luego, a la gran mortalidad general que sube al 26 por mil de la población. El promedio de la duración de la vida apenas llega a los 25 años. Solamente el tifus exantemático, residente habitual de este país, arrebató en los dos últimos años siete mil vidas y ha enfermado a treinta mil compatriotas. Pero hay una plaga universal que en Chile domina sin contrapeso y que está más íntimamente ligada que otra alguna a la situación económico-social presente: es la tuberculosis. Murieron en el año pasado veinte mil individuos y los especialistas más moderados estiman en doscientos mil el número de tísicos existentes en el país. Mientras tanto el costo de vida ha crecido en un 60% en los últimos cuatro años, y los salarios, recién este año, aumentaron el 20%. ¡Y qué salarios! En el detalle de los gastos familiares está el secreto de la alta mortalidad infantil y general, del tifus, de la tuberculosis, de cuanta plaga engendra la desnutrición, la vivienda insalubre, la falta de higiene y de cultura, en suma, la miseria social".

Aquel día, mientras circulaban por las calles cercanas al puerto, los marineros de la Escuadra Activa y de Instrucción, que había fondeado en la bahía de Coquimbo, rodeada de altos cerros, traían todo eso en sus mentes, al mismo tiempo que iban leyendo mecánicamente los letreros que adornaban los negocios:

Bar "Liberty"
Botillería "La Limachina"
Paquetería "El Progreso"
Botica "La Unión"
Hotel "Reina Victoria"
Zapatería "Parisién"
Café "Prat", desayunos, onces

Era el 31 de agosto de 1931 y, después de un período de adiestramiento, ese día a los marineros se les había permitido bajar a tierra, mientras los oficiales serían agasajados a la noche por las autoridades de la vecina ciudad de La Serena. Pero, ¿cómo podrían tener una verdadera distracción ellos desde que el comodoro, poco tiempo antes, los había reunido y les había dicho: "La crisis que azota al país es muy aguda y lo será cada día más. Como comandante debo manifestarles que escriban a sus familias diciéndoles que se pertrechen de víveres para afrontar lo que va a venir más tarde. Y ustedes deben prepararse para soportar las rebajas de sueldos que el gobierno se verá obligado a adoptar para los empleados públicos"?

La rebaja llegó, en efecto, nada menos que el 30%, suprimiéndose, además, las asignaciones, por lo que ellos resolvieron elevar una respetuosa petición al Gobierno, por medio de sus jefes, demandando que no se hiciera efectiva. Pero, cuando llegaba ya a contar con más de ochocientas firmas, el comodoro, almirante Abel Hozyen, que era, a la vez, comandante del buque insignia *Almirante Latorre*, de 32.000 toneladas, los había vuelto a reunir en la toldilla, esa misma mañana temprano, junto con veinte representantes de cada una de las otras naves, y les había advertido: "He tenido conocimiento de que se está gestando en este barco y en la escuadra de mi mando un movimiento inadmisibles y anti-

patriótico, que lo califico de verdadera traición a la patria. Las condiciones porque atraviesa el país exigen el máximo de sacrificio de sus hijos, por eso insistir en peticiones como las que se pretende que yo tramite ante el gobierno, será algo que no toleraré por ningún motivo. Desde luego, les anticipo que cualquiera que pretenda proseguir con estas gestiones será enérgicamente castigado y yo propenderé a que se le aplique la máxima pena del Código Militar. Ya lo saben. ¡Viva Chile! ¡Disolver!"

Imperativas y altisonantes, tales palabras habían caído como toneladas de hielo para enfriar las tibias esperanzas de las tripulaciones. El espectro de la necesidad y aun de la miseria de sus familias, en el ambiente del país convulsionado por el desastre económico, se levantó ante ellos esa mañana soleada en que, sobre la tranquilidad del mar, dejaban oír sus graznidos las bandadas de gaviotas que volaban a popa, donde flameaba la bandera con su estrella solitaria. Y, cuando al terminar su arenga, el comodoro lanzó su acostumbrado "¡Viva Chile!", que siempre era coreado por todos con la fuerza máxima de sus pulmones, apenas la voz de algunos guardiamarinas, cercanos al jefe, lo habían repetido, mientras el silencio de los mil y tantos hombres cuadrados militarmente sobre la toldilla, adquirió mayor resonancia que si todos los cañones de los buques de guerra allí anclados hubieran disparado juntos. "¡Disolver!", había agregado el comodoro. Y nunca ese movimiento de rutina se realizó, como aquel día, bajo tan sombríos aspectos. Los hombres volvieron a los entrepuentes sintiéndose humillados y hundidos en un sordo clima de contenida rebelión, que buscaba hallar canales para manifestarse.

Por eso, más tarde, de regreso a bordo, conversando solos en la Cámara de Sargentos, algunos, como ya lo habían hecho en reuniones en tierra, no pudieron dejar de expresar

su descontento. Y de ellos surgió una invitación dirigida a todos los suboficiales con mando en navegación, comunicaciones, máquinas, artillería, torpedos y administración para reunirse esa noche a las ocho en el pañol de municiones del acorazado *Almirante Latorre*, que era amplio. También se notificó a los de las otras naves.

A las ocho en punto comenzó la asamblea. Las otras unidades de la escuadra también estaban presentes con sus delegados, y la circunstancia del agasajo que se daba a la oficialidad en La Serena, hizo posible que la reunión pasara inadvertida, así como el hecho de que los suboficiales de los otros barcos solicitaran permiso para abandonarlos, ya que a bordo no habían quedado más oficiales que los estrictamente indispensables para el mantenimiento del servicio, y los pocos que no asistieron al agasajo se retiraron temprano a sus camarotes.

Abierta la reunión, se designó presidente, por ser el más antiguo, al suboficial preceptor Ernesto González, el "guatón" González, quien se desempeñaba como secretario del comodoro. En seguida tomaron la palabra el cabo artillero Juan Bravo, el sargento contador Lautaro Silva, el suboficial mayor Victoriano Zapata, el suboficial mayor telegrafista Guillermo Steimbecker y los cabos despenseros Augusto Zagal y Manuel Astica. Todas las opiniones fueron unánimes en oponerse a la rebaja de los sueldos y, en la mayoría de los ánimos fue creciendo el convencimiento de que, ya que el camino de la petición, por respetuosa que fuera, aparecía cerrado ante la actitud del Comodoro, había que buscar otro, y éste no podía ser sino el de la resistencia. Hasta se llegó a mencionar el lema del escudo nacional: "Por la razón o la fuerza". Y una extrema resolución se presentó entonces ante ellos, como única salida para salvar sus hogares del desastre: apresar a los oficiales y apoderarse de las naves, dando así fuerza a su petitorio.

De inmediato se procedió a la elección de un comité que pasó a denominarse Estado Mayor de las Tripulaciones. Como jefe fue elegido el presidente de la asamblea, suboficial González, y como secretario el cabo despensero Astica. Además, en cada buque se formó un comité que debía hacerse cargo del mismo a las 12 de la noche, encerrando a los oficiales en sus respectivos camarotes. Para realizar su cometido, las tripulaciones debían acostarse vestidas y con los calcetines puestos, levantándose a la hora señalada para apoderarse de las salas de armas situadas a popa, y dirigirse luego a desarmar al oficial de guardia, haciéndose cargo de las naves. Como anuncio de que cada tripulación había cumplido exitosamente con su cometido, tan pronto como la operación se hubiera terminado, debía colocarse una luz roja en lo alto del palo mayor de los buques. Se controlaron los relojes y, poco después, cada delegación se retiró a su nave respectiva en medio de un silencio que delataba a la vez esperanza e incertidumbre. La reunión había durado sólo una hora y media.

Sin embargo, cuando faltaban escasos minutos, ante el peso de la responsabilidad, algunos vacilaron. El propio jefe designado para encabezar la sublevación, suboficial Ernesto González, fue el primero. Se acercó al "coy" del cabo despensero Astica, y le propuso que todo se suspendiera. Él era el secretario del comodoro y creía que, hablándolo nuevamente, quizá la situación pudiera arreglarse.

Pero, ya era tarde, lo que Astica le hizo comprender decidido. Y, en previsión de que alguna actitud de González hiciera fracasar las disposiciones adoptadas, Astica resolvió anticipar el movimiento. Así fue cómo, por su orden, el sargento Lautaro Silva procedió a reducir al guardiamarina Román, que había quedado como representante de la oficialidad a bordo, y a apoderarse de la sala de armas del *Almirante Latorre*,

cuyo arsenal fue repartido entre la marinería. Pero ocurrió que, al escuchar bullicio, el almirante Hozven, comandante del *Latorre* y comodoro de la escuadra, al que llamaban "Carro loco", y que no había concurrido a La Serena, salió de su camarote dispuesto a indagar la causa, lo que obligó al cabo 1º de máquinas Oscar Laura a someterlo, después de haber hecho un disparo al aire. Y, muy poco después, el farol rojo convenido brilló en el palo mayor del acorazado, como primera señal de que el buque había sido tomado.

Minutos más tarde, también comenzaron a encenderse los faroles en las otras naves de guerra de la escuadra: en el crucero *O'Higgins*, en el destructor *Riquelme*, en el *Hyatt*, en el *Orella*, en el *Aldea*, en el *Serrano*, en el *Videla*, y en los submarinos, y, como en el *Lynch* no se levantara la señal, se le enviaron refuerzos en una lancha, en previsión de que su tripulación hubiera podido encontrar resistencia, como había ocurrido. Pero, pronto, también el *Lynch* elevó la señal acordada, con lo que todas las unidades de la Escuadra Activa y de Instrucción, ancladas en Coquimbo, habían sido tomadas.

Y cuando a eso de las 2 de la madrugada, los oficiales comenzaron a regresar del festejo en La Serena, eran conducidos hasta sus unidades en las lanchas por los marineros, sin que nada delatara lo ocurrido, siendo luego desarmados y encerrados en sus respectivos camarotes, algunos en estado de ebriedad y, generalmente, sin oponer resistencia. O presentándola sólo simbólicamente –aunque en la bahía no dejaron de oírse algunos tiros– quedando allí con centinela armado en la puerta.

A la mañana siguiente, el Estado Mayor de las Tripulaciones, con sede en el *Almirante Latorre*, envió un ultimátum al Gobierno. También comunicó por bando a Coquimbo y La Serena que se habían hecho cargo de los

buques de guerra, y que tomaban a la provincia bajo su control, para lo cual se desembarcaron parejas de marineros que comenzaron a patrullar las calles. Asimismo se enviaron cables pidiendo apoyo al Apostadero de Talcahuano donde estaba anclada la escuadra del Sur, así como a las dependencias navales de Valparaíso.

Y esa misma mañana, el país, el continente, y aun el mundo se enteraron con estupor de que la escuadra de guerra de Chile, al mando de sus suboficiales y marineros, se había sublevado.

Aquel día el movimiento era casi el corriente en las calles vecinas al puerto de Talcahuano, calles que mostraban su normal cuadro de miseria, y, por la Puerta de los Leones, conducían hasta el cercano Apostadero. Por ellas se alcanzaban a ver los carteles de diversos negocios:

Restaurant "Antofagasta". Cholgas. Sopa de machas

Chacolí de Doñihue

Bar "Araucano"

"La Llanquihue". Comestibles

Carnicería "Andina". Llegó chipiro de Magallanes.

¡Ocasión! Cazuela \$ 1,80 el kilo

Desde el fondo del local sórdido y oscuro de la chichería "La Sureña" llegaba el sonido de una canción tocada en la victrola instalada debajo de una vieja litografía reproduciendo el abordaje del almirante Prat:

En Lota la noche es brava

Para el que a la mina baja

En Lota la noche acaba

Con sangre en el mineral.

El mar y el grisú están cerca
Y es de vida o muerte el pan.
¿Para quién será esta noche
La muerte bajo la mar?
Zumba una sirena sola
Y en el aire de ceniza
Se desgarran las campanas
Y arde un fuego funeral.
Mujer saca tu pañuelo
Y echa el llanto a la mañana
Que la mina está de duelo
Y algo tuyo han de enterrar
Le atrapó el carbón maldito
Que así nos da fuego y pan.

De pronto empezaron a escucharse las voces de una radio que, en seguida, todos los concurrentes rodearon: "Proclama de las tripulaciones de la Armada:

"En la noche del 31 de agosto al 1° de septiembre de 1931 las tripulaciones de la Armada, que hasta aquí han sido esencialmente obedientes y que no han deliberado jamás ante los flujos y reflujos de los apasionamientos políticos sino que por el contrario han sido siempre juguete de los mismos, empleándoseles para levantar y derrocar gobiernos, han visto que todas esas maniobras no han hecho otra cosa sino hundir cada día más al país en la desorganización y en descrédito e insolvencia. Hoy, inspiradas las tripulaciones de la Armada en los más nobles y sanos propósitos de bien nacional, impulsadas por un fervor incontenible, sin desconocer sus indiscutibles deberes de trabajo en tiempo de paz y defensa de la Patria en caso de guerra exterior, hacen uso de su sagrado derecho de pensar y manifiestan a la faz del país los siguientes acuerdos, previa la siguiente declaración:

"Las tripulaciones se levantan no contra sus jefes, a los que respetan, no ante la disciplina que la mantendrán férreamente, no ante el país que debe confiar en ellas, sino que ante la incapacidad de la hora y ante el apasionamiento político y fratricida próximo a desbordarse.

"Hecho este preámbulo, consideramos: 1°) Que un deber de patriotismo obliga a las tripulaciones de la Armada a no aceptar dilapidaciones ni depreciaciones de la Hacienda del país, por la incapacidad imperante en el Gobierno actual y la falta de honradez de los anteriores. 2°) Que los actuales gobernantes, para solucionar la situación económica, sólo han recurrido a la misma política de sus antecesores, con una falta absoluta de iniciativa y de comprensión, por lo tanto acuerda:

"1° No aceptar por ninguna causa que los elementos modestos que resguardan la administración y la paz del país, sufran cercenamientos y el sacrificio de su escaso bienestar para equilibrar situaciones creadas por malos gobernantes y cubrir déficits producidos por los constantes errores y falta de probidad de las clases gobernantes.

"2° Los poderes competentes pedirán la extradición de los políticos ausentes y, para deslindar responsabilidades, se los juzgue y sancione conforme a derecho.

"3° Que el gobierno, en su deber de velar por los derechos sagrados de los ciudadanos civiles, militares y navales, por un prestigio de la libertad que defiende, debe evitar por todos los medios a su alcance que en la conciencia de la masa se forme un ambiente hostil a la fuerzas armadas.

"4° Que las tripulaciones de la Armada, en su propósito firme de que se consideren sus aspiraciones y derechos, exige que las Escuadras se mantengan al ancla en esta bahía mientras no se solucionen satisfactoriamente los problemas a la consideración del Gobierno.

"5° Que jamás mientras haya a bordo un solo individuo de tripulación, los cañones de un barco chileno serán dirigidos contra sus hermanos del pueblo.

"6° Al objeto de no prolongar situaciones molestas para el país, las tripulaciones de la Armada dan un plazo de 48 horas para que se conteste satisfactoriamente a las aspiraciones que se contemplan en esta nota.

"7° Queremos a la vez dejar constancia de que no hemos sido influenciados por ninguna idea de índole anárquica y que no estamos dispuestos a tolerar tendencias que entreguen al país en un abismo de desorientación social. No hay el anhelo de defendernos exclusivamente, sino y en forma especial, de ayudar también a nuestros conciudadanos que actualmente sufren la privación de trabajo por culpa de la incapacidad gubernativa.

Coquimbo, septiembre 1° de 1931".

Entre los hombres aglomerados escuchando, surgieron exclamaciones:

–Por fin llegó la hora de que se defienda al pueblo.

–Lo están haciendo bien estos gallos.

–Es que los managuás no son unos cabrones.

Luego la radio siguió dando noticia tras noticia sobre el acontecimiento. Al enterarse el pueblo de Santiago, se había volcado a las calles y numerosos grupos se hallaban reunidos en la plaza Montt Varas, cerca de la Legislatura y el edificio del diario *El Mercurio*, cuyas puertas fueron cerradas en previsión a cualquier ataque. En el Palacio de la Moneda, resguardado por un gran despliegue de fuerzas policiales, estaban congregados altos jefes del ejército, de la marina y de la aviación, apresurados en llevar su apoyo al Gobierno, mientras que en el Ministerio de Marina realizaba una sesión espe-

cial el Consejo de Almirantes. A su vez, el vicepresidente de la Nación, en ejercicio del P. E., había citado a su despacho a todas las mayores figuras políticas del país para una reunión de Notables, con el fin de encarar la situación que se presentaba tan extraordinaria. Eso había durado casi todo el día.

Por fin, ya casi a medianoche, una nueva proclama fue difundida por la escuadra sublevada:

"Lo que necesitan las tripulaciones de la Armada:

"Recursos favorables para el pueblo: hasta la fecha el Gobierno se ha limitado a efectuar economías reduciendo sueldos y suprimiendo empleos y puestos públicos, pero no se ha visto aún que intenten una medida que demuestre interés de los financistas. Sugerimos las siguientes ideas:

"1. Calcular el tiempo prudencial para suspender el pago de la deuda externa, bajo el punto exclusivo que dentro de ese plazo se restablezca el orden financiero interno del país.

"2. Subdividir las tierras productoras persiguiendo el fin de que haya el mayor número de productores y propietarios nacionales.

"3. Que las Cajas de Créditos, las Agencias Fiscales, la Mutual de la Armada y Ejército, reúnan entre todos un capital de trescientos millones de pesos o más, para invertirlos en industrias productivas, en las cuales se dé trabajo al mayor número de obreros sin ocupación. Se puede indicar entre otras, la construcción de casas para obreros, ampliación de fábricas, etc. Para evitar la importación innecesaria de artículos extranjeros, hacer un llamado patriótico a todos los millonarios chilenos para que suministren en carácter de préstamo, los fondos que puedan, al Gobierno, para que éste organice industrias y proporcione trabajo a los obreros". Y, a continuación, venían otras demandas de exclusiva atingencia al personal de la Marina y el Ejército.

En tanto, en la capital, los acontecimientos se sucedían atropelladamente. En el Salón Rojo de la Moneda estaba reunida la convención de Notables. También seguía deliberando el Consejo de Almirantes y se decía que su intención era adoptar medidas drásticas para reprimir el levantamiento. Había que dominar el motín en cualquier forma y dar un castigo ejemplar a los culpables. Las reuniones en la Moneda eran interminables y no se hablaba sino de acabar con los "rotos bolcheviques". En la base de aviación de Quintero, próxima a Valparaíso, se encontraban seis hidroaviones listos para partir a las 4 de la mañana contra la escuadra, en Coquimbo.

Finalmente predominó la idea de negociar con los sublevados, buscando, según se decía, "salvar a los camaradas de su prisión, a la Marina de su ruina y al país de esta zozobra y vergüenza".

Sobre tal base se expidió el Consejo de Almirantes, que había estado reunido hasta más de medianoche: "Considerando la situación de hecho ya producida a bordo, se estima: 1° Buscar una solución que, salvando la autoridad del Gobierno y volviendo a la disciplina, permita un acuerdo con los Tripulantes de la Escuadra; 2° Recomendar la conveniencia de una solución tranquila, a fin de no arrastrar a las tripulaciones a actos de violencia, de los que es difícil predecir sus alcances; 3° Aconsejan este temperamento las circunstancias de que el ambiente del país es propicio para que otras instituciones puedan seguir el ejemplo de las tripulaciones; 4° Por todos los medios evitar el empleo de fuerzas contra fuerzas, cuyas consecuencias no se pueden prever".

Por último, a las 3.30 de la madrugada del día 2 de septiembre, el Gobierno decidió designar al almirante Edgardo von Schroeders para que, acompañado del capitán de navío Muñoz Artigas, se trasladara a Coquimbo con el fin de enca-

rar la situación, tratando de llegar a un avenimiento con los sublevados. Las instrucciones que llevaba eran terminantes: "Zarpar en avión de Cerrillos. De ninguna manera subir a parlamentar a bordo. Arreglar una conferencia en tierra y no aceptar imposiciones. Exigir que los oficiales vuelvan a sus puestos y en seguida que las tripulaciones hagan sus peticiones por conducto regular". Estas instrucciones eran precisas y en ninguna forma debían alterarse.

El día 2 de septiembre de 1931 la bahía de Coquimbo amaneció totalmente cubierta por una espesa niebla que impedía ver los buques de la escuadra sublevada. Sin embargo, por algunos que desembarcaron de a bordo, trascendió que esa mañana, al izarse el pabellón patrio, las tripulaciones entonaron el Himno Nacional y la canción de Yungay. Pronto se supo la llegada del delegado del Gobierno, arribado en avión desde Santiago, quien, en seguida, hizo despachar una nota "Al señor Comandante en Jefe. Para el Comité del Estado Mayor de las Tripulaciones", en la que decía: "Habiendo llegado a este puerto enviado por el Supremo Gobierno para tratar de solucionar el estado actual que se ha producido en los buques de la Armada Nacional, fondeados en Coquimbo, y que ha sido puesto en conocimiento del Señor Ministro de Marina con fecha de 1° de septiembre, agradeceré que una comisión representativa de ese Comité se sirva venir a una reunión que tendrá lugar en la Gobernación Marítima a las 15 horas, a fin de ponerla en conocimiento de las instrucciones que el infrascripto trae del Supremo Gobierno".

Y, tan pronto como al mediodía se disipó la niebla, la población entera de Coquimbo, apiñada en el puerto y en todos los lugares disponibles, pudo contemplar con admiración la silueta plomiza de los barcos, el ancla en la bahía, sobre cu-

yas cubiertas se movía la marinería sublevada, desplazándose debajo de las bocas siniestras de sus grandes cañones.

Recién a las 14.30, el suboficial radiotelegrafista Guillermo Steimbecker, que oficiaba de hombre de enlace, acompañado de tres marineros con cartuchos portando municiones y rigurosamente armados, volvió del *Latorre* en una lancha que hacía flamear airosamente su bandera de popa. Traía la respuesta de la marinería, que entregó al almirante Von Schroeders en las oficinas de Gobernación Marítima. "En contestación a su memorándum de hoy, manifestamos a U. S. que con motivo de estar constituido en el *Latorre* el Estado Mayor de las Tripulaciones de la Armada, esperamos que tenga a bien venir a bordo, garantizándole que en toda la Escuadra impera, como siempre, una estricta disciplina y corrección de parte de las tripulaciones. Una lancha del *Latorre* estará a disposición del señor Almirante a la hora que desee trasladarse a bordo."

Pero el delegado del Gobierno venía con instrucciones terminantes de no hacerlo, por lo que, con los mismos mensajeros, a los que hizo aguardar, respondió: "Acuso recibo al memorándum de Uds., y en contestación, tengo el agrado de decirles que traigo órdenes precisas del Gobierno de no ir a bordo hasta que no esté normalizada la situación. El infrascripto no ve el inconveniente para que una Comisión de ese Estado Mayor concurra a oír las instrucciones que traigo del Gobierno y que son perfectamente claras y definidas". También se dirigió a Santiago informando: "Llegado a ésta envié comunicación al Estado Mayor invitándolo a oír instrucciones que traía del Gobierno. Se me contestó invitándome, a su vez, a ir a *Latorre*. Respondí que tenía órdenes del Gobierno de no ir a bordo hasta que situación no se hubiera normalizado y que no veía inconveniente para que un Comité oyera las instrucciones que traía. Agradeceré instrucciones

caso nueva negativa. Gobernador Marítimo recibió una comunicación del Comité que le dice que queda estrictamente prohibido el vuelo de todo avión sobre la bahía".

La respuesta del Gobierno no se hizo esperar ratificando sus anteriores órdenes: "Las instrucciones del señor ministro de Marina son las siguientes: 1º) Que la conferencia debe tener lugar en tierra; 2º) Que él no vaya a parlamentar; 3º) Que se reponga a todos los jefes y oficiales en sus puestos; 4º) Que las peticiones deben hacerse después por conducto regular; 5º) No omitir gestión para conseguir que conferencia tenga lugar en tierra y obtener éxito comisión".

Pero las tripulaciones sublevadas estaban firmes en sus exigencias y, al rato, reapareció el suboficial Steimbecker con un nuevo mensaje: "Comunicamos a U. S. que la decisión que rige nuestros actos no nos permite variar en absoluto la contestación que dimos a V. S. a su comunicado anterior. Tampoco nosotros vemos inconveniente para que V. S. venga a bordo cuando aquí su persona será recibida con todo el respeto que nos merece el representante del Gobierno. Desearíamos saber su contestación definitiva, ojalá con el portador de la presente".

Ante esta nueva negativa, que el almirante delegado comunicó al Gobierno, sin obtener respuesta, trató, en un último esfuerzo de mantenerse dentro del tenor de sus instrucciones: "Con profundo sentimiento recibo la contestación de Uds. y lamento sinceramente no poderlos servir como hubieran sido mis más ardientes deseos en estos momentos tan delicados para el país. Como compañero de armas que ha encanecido en el servicio, con intenso afecto para sus patriotas tripulaciones, hoy momentáneamente ofuscadas, les pido un rasgo de cordura para salvar en lo que se pueda el prestigio y el futuro de nuestra gloriosa y querida institución.

Inspirado en los más altos ideales para con mi Patria, que es también la de Uds. y para evitar males irreparables que todos después tendremos que sufrir, les agradecería infinito enviaran unos pocos representantes de su Estado Mayor, solamente para explicarles las instrucciones que traigo del Supremo Gobierno, de las cuales aún no me puedo apartar y que podrían ser precursoras de un mejor entendimiento. En seguida Uds. las pueden estudiar a bordo inspirados en lo más sagrado de los deberes ciudadanos: el santo amor al pueblo chileno. Escuchen el consejo de su viejo almirante ya que nada pierden con oírlo".

La contestación de la marinería fue, en esta ocasión, verbal. Mantenían sus anteriores manifestaciones, recalcando que el almirante sería recibido a bordo con toda seguridad y con el respeto debido a su rango.

Ante esta situación, el Delegado volvió a dirigirse a Santiago: "Última contestación recibida niéganse conferenciar en tierra e insisten en que Delegado Gobierno será recibido con todo respeto a bordo. Pidióseme contestación categórica de palabra; respondí que las instrucciones precisas del Gobierno eran que debiera recibirlos en tierra. Quedan terminadas todas gestiones posibles y lamento mucho el 'impasse' producido, pues temo pueda traer graves consecuencia al país. Se propicia un mitin comunista en el teatro al que asistirá el pueblo, invitándose Comité Tripulaciones. Solicito resolución urgente". También hacía saber, por otro conducto, que corrían rumores asegurando que la Escuadra se dirigiría al Norte, donde los sublevados esperaban contar con apoyo.

Cuando ya anochecía el día 2 llegó finalmente la respuesta de Santiago: "Contesto su telegrama diecinueve horas. Por disposición del Gobierno queda U. S. autorizado para proceder según su criterio".

Entonces el almirante delegado remitió a los amotinados la siguiente comunicación: "Con mis vehementes deseos de salvar el honor de la Armada y de resolver la manera de volver a la normalidad, que son los deseos del país entero, y en vista de las negativas de Uds. para aceptar mi invitación, he rogado al Supremo Gobierno se sirva autorizarme para hacer las gestiones que dicte mi criterio. Vengo de recibir esa autorización y, posponiendo mis naturales sentimientos como Oficial General de la Armada, he decidido tener una conferencia a bordo y, en consecuencia, les agradeceré me envíen la lancha a las 10.30 horas. Voy confiado en que sabrán respetar los honores de mi rango y la seguridad de mi persona, que me ha sido reiterada en sus comunicaciones".

El Estado Mayor de las Tripulaciones contestó: "Reiteramos en forma solemne que el Señor Almirante regresará a tierra bajo el mismo respeto con que siempre hemos distinguido a nuestros jefes, cualquiera que sea la suerte que en la discusión tengan los puntos que se traten".

Esa noche los barcos de la Escuadra Activa y de Instrucción de la Marina de Chile, que se mantenían amotinados al mando de sus suboficiales y marineros, permanecieron anclados en la rada de Coquimbo, destacando su silueta oscura bajo un cielo estrellado y completamente calmo. Ahí estaba, con su mole imponente, el *Almirante Latorre*, entonces uno de los mayores del mundo, el *O'Higgins*, de tres chimeneas, y los destructores, que formaban parte de la División de Instrucción. También los submarinos tipo "H", que apenas emergían sobre el agua relativamente tranquila. En el *O'Higgins* se encontraba encerrado en su camarote el contralmirante Campos y, en el *Latorre*, el Almirante Hozven. Se había dado orden de zafarrancho de oscurecimiento, y sólo los haces luminosos de los reflectores del *Latorre* hendían con sus pantallazos la oscuridad

deteniéndose, de tanto en tanto, en los pequeños destructores y aun en las alturas de Coquimbo, donde, sobre los cerros, se extendían las luces de muchas viviendas. Se habían hecho víveres secos para dos meses y la tripulación estaba sometida a un régimen de guerra, mientras el orden en los barcos se mantenía como de costumbre. Los relevos continuaban cada seis horas: a las 6, a las 12, a las 18, a las 24. Se había indicado calentar las máquinas para cambiar de fondeadero, y los buques comenzaron a lanzar grandes penachos de humo.

El Estado Mayor de las Tripulaciones, en reunión permanente en la Cámara de Guardiamarinas del *Latorre*, despachaba en todo momento delegados con órdenes y contraórdenes y daba conferencias a los tripulantes. A mediodía emisarios del buque insignia recorrieron todas las unidades clausurando las cantinas y las cajas donde se guardaban los sueldos de agosto. Las discusiones, a veces, se prolongaban buscando conciliar las distintas tendencias y, para redactar la primera proclama que se hizo pública, se habían demorado casi doce horas. Mientras tanto, se seguían recibiendo cálidas adhesiones que ponían en convulsión al país. Se decía que el Puerto Militar de Talcahuano y la Escuadra del Sur pronto se levantarían para unirse a los amotinados de Coquimbo. Aunque en el regimiento de Artillería "Arica", sito en La Serena, se había provocado un movimiento favorable, a consecuencia del cual se retiró al interior de la provincia con todos los efectivos para evitar verse obligado a intervenir contra la marinería sublevada. Así pasó una nueva noche, en medio de los más diversos rumores, que hundían a la población en la mayor incertidumbre y en una angustiosa espera.

En Santiago, mientras tanto, la situación cada vez tomaba un cariz más intenso. El gabinete había renunciado, y figuras

de gran relieve componían el nuevo gobierno. Por decreto regía el estado de sitio en todo el país. El comercio había cerrado sus puertas. El Gobierno publicó bandos restringiendo la libertad personal y el derecho de reunión, acordando, además, medidas para asegurar estrictamente el orden público: no se podía transitar en grupos de más de tres personas después de las 21. Las autoridades de la Bolsa de Comercio decidieron suspender sus actividades hasta la normalización de la situación. El almirante Arturo Wilson, por su parte, dirigía un dramático mensaje a las tripulaciones sublevadas en el que les decía: "Profundamente afectado por la actitud asumida por los tripulantes de la escuadra que rompe normas de disciplina de más de un siglo en nuestra querida Armada, me dirijo a ustedes pidiéndoles de todo corazón que abandonen su actitud, retirando las peticiones al gobierno y sometidos a la autoridad de sus jefes, a fin de no agravar los daños ya hechos a la Marina y al país. Me permito invocar el espíritu glorioso del comandante Prat, del *Esmeralda*, que al sacrificarse por la Patria, jamás habría imaginado que su querida institución iba alguna vez a encontrarse en trance tan doloroso. Con todo corazón os lo pide vuestro viejo almirante".

Exactamente a las diez y media de la mañana del 3 de septiembre, el Delegado del Gobierno, almirante Edgardo von Schroeders, acompañado por dos ayudantes y por el Gobernador Marítimo de la provincia, arribó al muelle del puerto de Coquimbo, mientras el gentío allí reunido, así como en la plazoleta vecina, se apiñaba para contemplar el paso del alto funcionario que venía a representar la autoridad del gobierno en tan críticos momentos. La lancha del *Almirante Latorre*, con una ametralladora en la proa, estaba atracada esperándolo junto al muelle manteniendo su motor

en marcha, mientras se balanceaba al vaivén de las profundas olas del Pacífico. El suboficial Steimbecker, que había venido a cargo de ella, estaba de guantes blancos y espadín, en tanto que los marineros que lo acompañaban, también vestidos con toda corrección, portaban revólveres al cinto. Al acercarse el almirante, todos saludaron militarmente y lo ayudaron a subir con cortesía, lo mismo que a sus acompañantes. Y, en seguida, la lancha despegó del muelle emprendiendo rápida marcha que iba dejando atrás una estela de espuma, mientras el gallardete de proa y la bandera de popa flameaban, como siempre, airosamente al viento. A la distancia se destacaba la mole plomiza del *Latorre* con sus dos grandes chimeneas humeantes, flanqueadas por otras tantas torres elevándose sobre los puentes y los grandes cañones.

Al llegar a la escala del acorazado, el Delegado del Gobierno trepó por ella, seguido de su séquito y, ya sobre cubierta, pasó frente a la marinería que estaba formada rindiéndole los honores de ordenanza, mientras el suboficial a cargo del barco, que lo recibió saludándolo militarmente, iba señalándole el camino. Sin cambiar palabra, el alto jefe y sus edecanes cruzaron la toldilla donde quedó aguardándolos el Gobernador Marítimo, y luego descendieron solemnemente hasta la Cámara de Guardiamarinas, cuya puerta estaba custodiada por dos centinelas con bayoneta calada. Allí estaba reunido el Estado Mayor de las Tripulaciones de la escuadra, cuyo amotinamiento conmovía al país.

Al entrar el almirante se hizo el mayor silencio, acompañado de una sensación de hondo dramatismo. 50 ó 60 personas se apiñaban dentro de un recinto que normalmente apenas podía contener a la mitad, y aun numerosas caras aparecían por las ventanas. Al fondo, una larga mesa cerraba el ambiente y detrás de ella aparecían sentados como veinte cabecillas de

la sublevación. Ante la presencia del jefe, todos se pusieron de pie, mientras éste, con voz firme, dejó oír su saludo:

—¡Buenos días, señores!

Siendo respondido al unísono:

—¡Buenos días, almirante!

Fue invitado a ocupar un lugar en la mesa frente al los cabecillas, rodeado de sus edecanes y, en seguida, comenzó una sesión sin precedentes en los anales de las escuadras de guerra, cuya primera parte debía durar cerca de cinco horas. Presidía el suboficial preceptor Ernesto González, teniendo a su derecha al cabo despensero Manuel Astica, jefe del Estado Mayor del *Almirante Latorre*, y secretario general del de las Tripulaciones. En una mesita colocada a un costado estaba otro de los principales inspiradores del levantamiento, el cabo despensero Augusto Zagal, al parecer con el propósito del tomar una versión de lo que se trataría, lo cual, ante la inusitada prolongación de las conversaciones, luego abandonó.

El almirante se puso de pie para hablar y comenzó diciendo:

"Sólo mi gran cariño por la institución, a la que me ligan hondos afectos, me ha inspirado a dar este paso tan doloroso para un Oficial General, pero todo mi sacrificio lo doy por demás compensado si consigo traer a la Escuadra a la normalidad y a esa legendaria disciplina que ha sido el orgullo de Chile. Espero que, como resultado de esta conferencia, podré informar al Gobierno que, existiendo en Uds. buen espíritu, se puede encontrar una fórmula que consulte las aspiraciones que sean justas y que, a la vez, salvaguarden el prestigio y la dignidad del Gobierno, que representa a la Nación y que de ningún modo puede aceptar imposiciones. Yo he venido animado de la mejor voluntad y del más alto interés para tratar de conseguir poner fin a esta situación, porque ella afecta hondamente a la tranquilidad interna y a la confianza que necesitamos ins-

pirar en el extranjero, justamente en estos críticos momentos políticos y económicos por los que atraviesa el país".

Y propuso que, de inmediato, se pasara a discutir cada uno de los puntos contenidos en las peticiones de la Marina sublevada. Así se hizo, con la intervención de numerosos participantes, entre ellos un sargento radiotelegrafista, un cabo torpedista y los cabos despenseros Zagal y Astica, especialmente de éste, que aparecía como el verdadero cabecilla de la sublevación, quien enfrentó decididamente al almirante y, luego, cada vez que éste intervenía para contestar a aquellos oradores, hacía comentarios en voz baja al oído del suboficial González, que presidía, o le pasaba papelitos con observaciones rápidamente escritas. La discusión, sin embargo, se hizo dentro de un tono de respeto al Delegado, y aunque en determinados momentos algunos oradores se manifestaran con pronunciada insolencia, parecía que después de tan larga sesión había posibilidades de llegar a un acuerdo, pues el Gobierno se mostraba dispuesto a ceder en buena parte a las demandas presentadas.

Pero, cuando ya estaban en los aspectos más bien accesorios de la discusión, un mensajero se hizo presente en la Cámara trayendo unos radios que se acababan de recibir, los que entregó al suboficial González, quien, después de leerlos detenidamente, volvió a hacerlo en voz alta. ¡El Apostadero Naval de Talcahuano y los barcos de la Escuadra del Sur, también se habían sublevado, para unirse a sus camaradas del Norte! Asimismo lo hacían los obreros que trabajaban en el Dique, quienes habían enviado una nota al Comandante Superintendente de Talcahuano en la que le decían: "El personal de los Arsenales, del Arsenal dependiente de este Apostadero Naval, en presencia de la actual situación y considerando que somos los directamente afectados, venimos a manifestar a Ud. que hemos resuelto

adherirnos incondicionalmente al movimiento del personal de la Escuadra fondeada en este momento en la bahía de Coquimbo. Y formulamos las siguientes peticiones: 1°) Castigo inmediato y confiscación de sus bienes a los que llevaron a la bancarrota al país; 2°) División de la tierra; 3°) Solidaridad de las industrias; 4°) La enorme deuda que gravita sobre el país debe ser cancelada por todos los chilenos, por consiguiente, los millonarios chilenos aportarán un tanto de sus riquezas. El Parlamento dictará una ley sobre el particular; 5°) Cerrar por el término de cinco años las Escuelas Navales y Militares y demás escuelas que son innecesarias; 6°) Derecho de asociación de las fuerzas armadas en general; 7°) Reincorporar al servicio al personal de obreros del Arsenal que fue exonerado; 8°) Que el personal provisorio vuelva a gozar de los mismos servicios que tenía el personal de planta; 9°) Considerando que este movimiento representa las aspiraciones del proletariado en general, los simpatizantes apelan al elevado criterio de los jefes y la superior consideración del país para que en ningún caso se tomen represalias".

Al parecer, las tripulaciones, al apoderarse del Apostadero Naval y de los buques de guerra allí fondeados, habían expulsado a los jefes y oficiales, quienes tuvieron que abandonar la base y los barcos para dirigirse a Talcahuano y Concepción, muchos de ellos acompañados por sus familias. Y pronto se supo que la Escuadra del Sur se ponía en movimiento para unirse con la anclada en la bahía de Coquimbo.

La situación, en consecuencia, parecía tornarse cada vez, más difícil para el Delegado del Gobierno, por las nuevas condiciones que se iban presentando para el desempeño de su cometido.

Bajo esa impresión, el almirante abandonó el *Latorre* a las 15 horas, despedido por el portalón con los honores de reglamento, dirigiéndose a conferenciar telegráficamente con el Gobierno. Por su parte, éste había dirigido a la marinería amotinada un llamamiento en el que decía: "Cuando aún es tiempo, invocamos los más elementales sentimientos de patriotismo de las tripulaciones en este momento supremo, a fin de que no asuman enormes responsabilidades con la ruina y desgracia del país, que acarreará la negativa de avenimiento razonable que les hemos ofrecido. Les hacemos este postrer llamado como chilenos y en nombre de la Patria y de la civilización".

Después de sus conferencias, a las 17.30 horas, el almirante retornó al *Latorre*, con el fin de proseguir las conversaciones a bordo. Frente a las tripulaciones sublevadas, que cada vez se sentían más fuertes con las adhesiones que iban recibiendo, las perspectivas de llegar a un acuerdo parecían irse ensombreciendo. Sin embargo, finalmente, se acordó firmar un acta que contuviera los términos del arreglo, para lo cual el Estado Mayor de las Tripulaciones ofreció preparar un proyecto, que sometería a la aprobación del Gobierno, aunque desde ya se anticipaba que el documento no podría firmarse hasta la llegada de la Escuadra del Sur, que también debía aprobarlo. Esta escuadra, compuesta por los cruceros *Araucano* y *Blanco Encalada*, los escampavías *Leucutón*, *Orompello*, *Elicura*, *Micalvi* y *Sidbal*, junto con los submarinos *Thompson*, *Fresia*, *Guacolda* y *Quidora*, venía al mando del sargento 1° señalero Orlando Robles, y había hecho llegar radios expresando deseos de que ningún arreglo definitivo se conviniera sin su presencia. Además, el Estado Mayor de las Tripulaciones manifestaba su intención de que esa firma se hiciera en Valparaíso, pues los suboficiales y marinería deseaban demostrar al país que, para maniobrar los barcos, no

necesitaban de los oficiales. Frente a estas exigencias, que le parecieron dilatorias, el almirante llegó a manifestar que, si al día siguiente la situación planteada no llegaba a solucionarse, desistiría de las gestiones, retornando a Santiago. Y, a las 8 de la noche, cuando ya parpadeaban sobre los cerros las luces de Coquimbo, abandonó un vez más el *Latorre*, siendo conducido nuevamente con toda corrección por la lancha hasta el muelle. Como en los días anteriores, la oscuridad de la noche era hendida por los reflectores del acorazado, que extendían sus pantallazos de luz, vigilando la bahía.

Apenas unas horas más tarde, a la una de la madrugada del día 4 de septiembre, habiendo visto luz en la residencia del almirante, dos sargentos bajaron para presentarle el proyecto de acta preparado por el Estado Mayor de las Tripulaciones, el cual, en su camino, obligaron a publicar en su edición del día siguiente por el diario de Coquimbo. En poder del proyecto, el almirante Von Schroeders no consideró convenientes muchos términos, por lo que esbozó otro con las correcciones para él necesarias, el cual en horas de la mañana, una vez amanecido, llevó al *Latorre* para una nueva discusión, la que se prolongó otra vez varias horas, mientras se sabía que las tripulaciones continuaban recibiendo adhesiones desde todas partes del país. Luego, al descender nuevamente, al mediodía, el almirante en una segunda conferencia telegráfica con el Gobierno al que sometió el proyecto de acta que había recibido con las correcciones por él propuestas, informaba entre otras cosas: "Estado Mayor Tripulaciones muéstrase extremadamente exigente. Dos horas de razonamientos me ha costado hacerlos desistir de su proyecto. Estimo que variaciones sustanciales harían fracasar esperanzas arreglo". Pero el Gobierno consideró necesario hacerlas y preparó otro proyecto, que remitió a su Delegado para su aprobación por

la marinería rebelde, informándole que debía ser considerado y aceptado antes de las 12 de la noche del día 4, a riesgo de que las gestiones quedaran rotas. Y, a su vez, lo informaba: "Comunicaciones interceptadas entre Valparaíso y otros con Escuadra Coquimbo, así como antecedentes precisos, dan certeza de que hay intención deliberada de dilación como ardid para obtener llegada submarinos a Coquimbo, junto con acciones para extender insubordinación en puertos, lo que debemos impedir a toda costa; esta situación hace indispensable terminar dilaciones. Exija, pues, V. S. respuesta definitiva a más tardar a las doce de la noche de hoy".

En la capital, de momento a momento, los sucesos adquirían aun mayores proporciones. La Federación Obrera de Chile, bajo la dirección de Elias Lafferte, había decretado la huelga general en la noche del día 3, de manera que desde la mañana del 4 de septiembre, los tranvías no circulaban, efectuándose dificultosamente el servicio de ómnibus y taxímetros, que los huelguistas trataban de detener, lo cual dio origen a muchos incidentes en los que resaltaron numerosos heridos. Las fuerzas de carabineros y de la escuela de caballería se empeñaban en guardar el orden, y se proyectó la formación de una "guardia cívica". El Gobierno recibía constantemente la adhesión de las fuerzas vivas del comercio y de la industria, habiendo autorizado a las unidades del ejército a admitir voluntarios. Fueron suspendidas las carreras en el hipódromo, y la Bolsa continuó cerrada. También se estableció la censura para todos los diarios, y para las noticias al exterior.

El día 4 el Ministerio de Marina interceptó un mensaje de la Base Aérea Naval de Quintero, cercana a Valparaíso, declarando su solidaridad con la escuadra de Coquimbo. Parecía que, después de apresar a los oficiales, los sargentos de la Base

habían desarmado los aviones en forma de que no pudieran ser utilizados contra los barcos sublevados. Al mismo tiempo se anunciaba en Valparaíso que los cadetes y el personal de la Escuela Naval se unían también a los rebeldes. Y hasta el petrolero *Maipo*, en viaje a los Estados Unidos, regresaba desde cerca de Panamá para agregarse a las escuadras amotinadas.

Asimismo se había declarado la huelga ferroviaria, por lo que el ejército hubo de tomar medidas para hacerse cargo, en lo posible, de los servicios. Los empleados públicos por su parte, apoyando al Gobierno, se manifestaban dispuestos a desprenderse de un día de sueldo, y más de 1.000 personas se habían inscripto en los registros abiertos para obsequiar al Gobierno con sus joyas y objetos de valor para que se hiciera frente a los gastos de urgencia necesarios para repeler el levantamiento. Por su parte, el arzobispo de Chile, monseñor Campillo, declaraba, como jefe de la Iglesia, que estaba dispuesto a cooperar en la obra de salvación nacional, y ponía a disposición del gobierno también las joyas de los templos, para "mitigar el hambre del pueblo". Asimismo, cerca de 400 residentes extranjeros, después de reunirse en el Golf Club, organizaban la defensa del distrito de Los Leones, siendo autorizado el acto por el Gobierno Nacional, que se disponía a entregarles armas. Y hasta los veteranos de la guerra de 1879, que aún se sentían aptos, se ofrecían para "rendir su vida", si era necesario para "salvar al país de la anarquía".

Las últimas noticias agregaban que, a la sublevación del Apostadero de Talcahuano, se habían unido los obreros de Concepción, Lota y Coronel, mientras que la Federación Obrera de Chile mantenía la agitación con huelgas y mítines. Asimismo los obreros de Magallanes ofrecían su ayuda económica, y muchos regimientos del ejército y de carabineros enviaban voces de aliento, llegando a anunciarse que se había levantado uno en Valparaíso.

Por otro lado, al llamado del Gobierno, se unió el del Consejo de Mujeres de Chile: "Cuando la Patria está como un barco después de la tormenta, no es el momento de pedir; es el momento de dar. Aunar nuestros esfuerzos en fructífero trabajo, con inteligencia, con abnegación, con generosidad. Todo esto es lo que las mujeres de Chile esperamos de la Marina, cuyo prestigio moral fue, hasta ayer, honra de nuestra Patria. Lealtad, disciplina y generosidad, han sido siempre nuestro lema, no lo olvidéis en estos momentos de angustia para todos los chilenos. No permitáis que se manche con negros egoísmos nuestra tradición gloriosa, hoy que la Patria espera de sus hijos el florecimiento de las más altas virtudes. Sois el orgullo de nuestras madres y esposas, nuestro honor es la herencia de nuestros hijos. Por ellos y por ellas, que han sabido siempre sacrificar su felicidad y bienestar por la Patria, y a quienes dedicamos todo nuestro respeto y admiración, os pedimos serenidad para juzgar los acontecimientos, nobleza y generosidad en vuestros anhelos, comprensión y concordia para los hombres que sacrificando su legítimo reposo, han querido salvar a la Patria y restituirle la libertad. Confiamos, en que vosotros, como chilenos y patriotas, sacrificaréis vuestras aspiraciones en aras de la tranquilidad que la Patria reclama para restablecer el fortalecimiento de la Constitución y de las leyes".

Al mismo tiempo se publicaban noticias de Nueva York, informando sobre la repercusión que allí habían tenido los acontecimientos de Chile, una de las cuales decía: "Mr. William Braden, de la firma Braden Copper Mines, de Chile, aseguró en una entrevista que el alto concepto del patriotismo y fortaleza de espíritu para soportar la adversidad, que caracterizan al pueblo chileno, impiden toda posibilidad de un dominio comunista en ese país. El comunismo no podría durar en Chile —declaró Mr. Braden— porque el roto chileno no se sometería a ese yugo. El

obrero chileno está protegido por las leyes más completas y los ideales del trabajador, en ese sentido, han sido plenamente realizados. La situación que afronta el pueblo de Chile es muchísimo peor que la nuestra, pero, filosóficamente, con gran valor y gracias a su espíritu de determinación, este pueblo se levantará por encima de sus inmensas dificultades y nuevamente colocará a su país en una base tan sólida como la de antes".

En el ínterin, las naves sublevadas en Coquimbo seguían atrayendo la incansable atención de la gente, que se mantenía en el muelle, como imantada por esas moles sombrías y enigmáticas, que siempre echaban humo por sus chimeneas, como si estuvieran listas para partir, sin que se supiera a dónde. Muchos marineros circulaban sobre las cubiertas y entrepuentes, no observándose ningún oficial, mientras los centinelas impedían que nadie se acercara a los barcos. Para completar sus provisiones, la marinería rebelde se apoderó del vapor *Flora*, que llevaba víveres y ganado en pie para el Norte, y cuya captura se dispuso cuando hacía horas que ya había partido hacia su destino.

Por su lado, los destructores *Lynch* y *Aldea* recibieron orden de zarpar para recibir a la Escuadra del Sur, la cual, después de entrar para organizarse en Dichato, anunciaba su próximo arribo. Las dos naves levaron anclas a mediodía del 4 de septiembre, dando un círculo completo en señal de despedida, mientras eran saludadas con grandes hurras por todas las tripulaciones de la escuadra surta a estribor. Y pronto se perdieron de vista a 14 millas de andar, sobre el horizonte del océano, que las recibió con una mar gruesa, que barría de lado a lado las cubiertas. Sin embargo, más adelante, se cruzaron con la Escuadra del Sur sin divisarla, por lo que, durante la noche, debieron retornar sobre su marcha.

Esa misma noche del día 4 quedaron rotas las negociaciones entre el Estado Mayor de las Tripulaciones con el Delegado del Gobierno. Los últimos comunicados entre ambos, entregados alrededor de la medianoche, decían: "Señor Almirante: El Estado Mayor ha tomado, con profundo pesar, nota de la determinación del Gobierno de dar una nueva redacción al Acta que pondría fin al movimiento, considerando que ello no sólo afecta a lo que el Gobierno estima fraseología innecesaria, sino también y muy especialmente, al fondo y objetivo de todo el movimiento de las Tripulaciones. Creemos, señor Almirante, que esta determinación del Gobierno echa por tierra todos sus buenos oficios y nuestros deseos de paz y concordia, al no aceptar el Acta que hemos expuesto a su consideración y que es la única que las Tripulaciones están dispuestas a aceptar. Como no escapará, señor Almirante, a su esclarecido criterio, el Acta que patrocina el Gobierno, en ninguna de sus partes manifiesta que acepta nuestras declaraciones y peticiones, sino que 'estudiará con interés las ideas'. Queda, pues, señor Almirante, claramente establecida la situación. El movimiento no lo han hecho las tripulaciones para que se estudien ideas, sino para que se acepten declaraciones y peticiones justas, que hasta aquí hemos hecho dentro de un orden y caballerosidad ejemplar, pero que estamos dispuestos a mantener con energía. Finalmente reiteramos el radio enviado al Gobierno, de que la finiquitación de las negociaciones sólo podrá verificarse una vez que haya llegado la Escuadra del Sur".

En su respuesta, el almirante expresaba: "Acuso recibo a la comunicación de Uds. negándose definitivamente a aceptar el arreglo propuesto por el Gobierno. En consecuencia lamento infinito tener que comunicar por ésta que, cum-

pliendo con instrucciones del Gobierno, quedan, desde este momento, terminadas las negociaciones con el Delegado". Y, a la mañana siguiente, partió de regreso a Santiago.

Por fin, el 5 de septiembre de 1931, los barcos que venían del sur arribaron a Coquimbo y ambas escuadras, después de saludarse con grandes hurras, izando en los focos las banderolas de bienvenida, se unieron en la bahía para sumar, en total, 23 unidades sublevadas y a cargo de sus tripulaciones, caso único en la historia naval. ¡Quince mil hombres, después de haberse apoderado de todos los barcos de guerra y los puertos militares, con el apoyo de la Federación Obrera y la simpatía de numerosos cuerpos armados, parecían tener en sus manos la posibilidad de cambiar los destinos del país! Ya se hablaba, inclusive, de que se iban a establecer soviets en Chile. Y los diarios, anunciándolo sensacionalmente en sus pizarras, daban una noticia de última hora: ¡seis acorazados y varios portaaviones de los Estados Unidos partían de sus bases, dirigiéndose a Chile, con el fin de aplastar la "sublevación bolchevique"!

El comando rebelde de la base de Talcahuano funcionaba en el edificio de la Escuela de Artillería, en la Segunda Zona del Apostadero, y cada veinte minutos se comunicaba con Coquimbo por medio de las estaciones radiotelegráficas. Además, durante la noche, los reflectores de la Base, en poder de la marinería, se desplazaban del camino a los cerros, cubiertos de pinos y eucaliptus, como avizorando la posible proximidad de las fuerzas del ejército, cuya presencia ya se había anunciado. Y, mientras las últimas notas del Delegado del Gobierno se estaban cruzando en Coquimbo, la Base de Talcahuano, pudo despachar un radio urgente al Estado Mayor de las Tripulaciones, en el acorazado *Almirante Latorre*: "Suspendan toda negociación pidiendo retiro de

las tropas que vienen sobre el apostadero". Luego, en la madrugada, siguieron otros febriles comunicados: "Radio 1. Ejército inicia avance sobre el apostadero y abre fuego". "Radio 2. Grumetes se defienden. Ejército avanza. Está cayendo gente". Más tarde, los radios 3, 4 y 5 anunciaban la prosecución de la lucha sangrienta, que se iba desarrollando, y que el ejército dominaba la situación.

A las 6 de la mañana, las tropas gubernamentales ya habían ocupado militarmente el puerto, lo mismo que el fuerte "El Morro", éste sin lucha. En seguida surgieron comisiones encabezadas por un capellán de la Marina para tratar de que no atacaran el Apostadero, por lo que el asalto se demoró hasta las 15.30. Según se decía, las autoridades del Comité rebelde, de Talcahuano, parecían dispuestas a entregarse. Pero, después de tumultuosas discusiones, fueron reemplazadas por otras encabezadas por el sargento Pacheco, que dispuso la defensa.

Mientras tanto, el ataque del ejército no se hizo, como se esperaba, por la Puerta de los Leones, sino que las tropas se lanzaron por el norte, desde los cerros, y de allí iniciaron el fuego. Dos baterías ligeras del grupo "Silva Renard" concentraron sus disparos sobre el destructor *Riveros*, que, al partir la Escuadra del Sur hacia Coquimbo, había quedado en Talcahuano, a cargo del sargento Espinosa, averiándolo, después de lo cual el barco se retiró dificultosamente hacia la isla Quiriquina. Pero los rebeldes, a los gritos de "¡Viva la Marina!", comenzaron a usar los cañones del acorazado *Almirante Prat*, surto en reparaciones, así como las ametralladoras eléctricas instaladas en lo alto de los edificios.

Sin embargo, las fuerzas gubernamentales, comandadas por el general Novoa, continuaron su avance, entre el ruido de los disparos, terminando por reducir a la impotencia a la marinería, que se defendió con entereza en la Escuela de

Artillería y en el local del Apostadero. Luego sometieron a los rebeldes atrincherados en los Arsenales de la Marina, que sumaban 400, entre marinería y obreros, a quienes se había entregado armas. Por último, el fuerte "Borgoño", considerado por los entendidos como el más poderoso de los que circundaban a Talcahuano quedó como postrer foco de los sublevados, que allí resistieron hasta las 22 horas. Finalmente, cayó la isla Quiriquina.

El día 6 se anunció en Santiago, de fuente que se decía autorizada, que en la ocupación de los fuertes y del Apostadero de Talcahuano, habían muerto decenas de hombres, habiéndose hecho, a la vez, muchos centenares de prisioneros. Se aseguraba que en la acción, el *Prat* había sido tomado por las fuerzas del Gobierno, las que en seguida enfilaron los cañones de la nave contra el destructor *Riveros*. Asimismo se anunciaba que fuerzas del ejército desde Yungay, San Felipe, Los Andes y Quillola, así como tropas de Infantería y Coraceros de Viña del Mar, marchaban sobre la Escuela de Comunicaciones de Valparaíso, y que la base aérea naval de Quintero estaba rodeada. El nuevo ministro de Guerra, general Vergara, había resuelto movilizar todos los regimientos leales para aplastar la rebelión de la Marina, que parecía querer arrastrar el país entero. También había ordenado a la aviación militar impedir que la escuadra del sur pudiera unirse con la de Coquimbo, lo que no pudo lograrse por no haber sido localizada. Y aun se llegó a saber, de ciencia cierta, que el general Vergara, nombrado comandante de la represión, estaba en vías de despachar un telegrama a las escuadras sublevadas dándoles una hora de plazo para rendirse, amenazándolas con que, en caso de no acatar la intimación, haría "quintear" a los prisioneros tomados en Talcahuano, y fusilarlos.

Ante esta noticia, los jefes de la Armada, incluso el delegado del Gobierno, que ya había regresado de Coquimbo, corrieron a su presencia.

—Señor ministro, el procedimiento del "quinteo" es peligroso por cuanto los sublevados pueden hacer lo mismo con los oficiales que tienen detenidos en sus camarotes.

—¡A mí qué me importa! —habría contestado aquél—. Bien se lo merecen, pues todos han sido unos cobardes.

Sin embargo, cuando ya se había transmitido la mitad del telegrama, esa orden quedó anulada. Y se despachó otra, en términos más medidos, con un ultimátum.

La respuesta de la marinería sublevada no se hizo esperar: "Al Gobierno del país. Del Estado Mayor del *Latorre*: Declaramos ante la conciencia del país que en estos momentos las tripulaciones, al ver la actitud antipatriótica del Gobierno y al considerar que el único remedio para la situación es el cambio del régimen social, hemos decidido unirnos a las aspiraciones del pueblo y zarpa junto con nosotros una comisión de obreros que representa el sentir del proletariado de la Nación, de la Federación Obrera de Chile y Partido Comunista. La lucha civil a que nos ha inducido el gobierno se transforma, en este momento, en una REVOLUCIÓN SOCIAL".

En la mañana del día 6, después de haber dado orden de calentar las máquinas, echando grandes penachos de humo, toda la flota levó anclas, después de realizar una perfecta maniobra de zarpe. El *Almirante Latorre*, soltadas las espías y desplazando con las hélices grandes cantidades de agua, inició los movimientos, mientras desde los puentes se hacían señales con banderas a los otros buques y se escuchaban las órdenes transmitidas por medio de bocinas. Y, al rato, la escuadra se perdió en el horizonte con rumbo desconocido. Algunos decían que

marchaba al norte, según antes ya se había rumoreado, con la intención de tomar Antofagasta y, desde allí, establecer un nuevo orden en Chile. Otras sostenían que el propósito era llegar hasta Valparaíso y bombardear la capital, ya que, según se aseguraba, los cañones del *Latorre*, desde este puerto, eran capaces de llegar hasta Santiago. Sin embargo, su intención era otra: situarse en mar abierto para ofrecer menor blanco al bombardeo de la aviación, que se esperaba.

Pero, ¿qué podría hacer ahora la escuadra con las ansias de liberación social a que la había arrastrado su rebeldía por el descuento de los sueldos? Ya había caído sangrientamente Talcahuano, así como las dependencias navales de Valparaíso y la base de Quintero. Los obreros, en Santiago, se habían visto obligados a reanudar las tareas, y otra vez andaban los tranvías. Además, carecía de combustible para ir muy lejos. Y aún tenía pendiente sobre su suerte la amenaza de una escuadra norteamericana más poderosa, que se decía en camino para someterla, a pesar de que el embajador de los Estados Unidos había desmentido la información que se hiciera pública al respecto.

Por eso, ante el reclamo urgente de Coquimbo y La Serena pidiendo a la escuadra regresar de inmediato, por cuanto se temía el saqueo de esas ciudades, los jefes de la revuelta, indecisos sobre sus futuras actitudes, resolvieron regresar. En consecuencia, poco después de mediodía, los barcos retornaron al puerto para ocupar su posición anterior en la bahía. Pero ese llamado a la escuadra no había sido sino una estrategia para hacerla volver. Y, desde ese momento los comunicados oficiales, firmados por el ministro de Guerra, general Vergara, fueron señalando el drama de la escuadra sublevada, desde el punto de vista de los criterios oficiales. "Santiago, 6 de septiembre. Boletín de Informaciones N° 8. A las 15 horas.

1) Situación en Coquimbo: a) La escuadra salió esta mañana

de la bahía y regresó poco después de mediodía a sus mismos fondeaderos, donde permanece actualmente; b) Insurrectos han declarado por manifiesto que sus miras son sólo producir desorden y han pretendido conseguir la adhesión del pueblo de La Serena, amenazando disparar sobre la ciudad con el propósito de amedrentar a las gentes; c) Las tropas y poblaciones de La Serena y Coquimbo permanecen incondicionalmente adictas al Gobierno. El público comprende que los insurrectos sólo pretenden la ruina y desprestigio de la patria. Es inútil que traten de disimular sus canallescadas pretensiones con ampulosas declaraciones que a nadie convencen a su favor; d) Según informaciones de la región, hay visible desorganización y desorientación entre los revoltosos; 2) La situación en Valparaíso permanece invariable. Todo favorable al Gobierno."

Y, apenas unas horas más tarde, la aviación militar, comandada por su jefe, coronel Vergara, hermano del ministro de Guerra, partiendo de la base de Ovalle, lanzaba varios ataques sobre los barcos rebeldes, particularmente sobre el *Almirante Latorre*, donde estaba reunido el Estado Mayor de las Tripulaciones. El ataque fue repelido con todo el vigor por la marinería. Al toque de zafarrancho de combate, los tripulantes tomaron colocación en sus puestos. Se abrió el pañol de granadas, se sacaron gran cantidad de municiones y se alistó la artillería antiáerea, aunque la suboficialidad no estaba familiarizada con el manejo de ésta, y debieron utilizarse más bien otras armas.

Los aviones hicieron varias pasadas, cada vez en menor número, sin lograr apreciables resultados, sufriendo a su vez impacto en sus alas. Sólo el submarino H 4, *Ouidora*, resultó averiado, quedando algunos de sus tripulantes, que se rindieron, heridos. El Boletín de Informaciones N° 9, de las 19.30 horas, manifestaba: "1) A las 17.30 horas escuadrilla de aviones atacó la escuadra fondeada en Coquimbo. Tres destroyers

y un submarino se vieron obligados a salir fuera de la bahía. El submarino H 4 quedó inutilizado y se amarró al malecón; parte de la tripulación desertó pidiendo refugio en Carabineros". También decía que los destroyers *Riquelme*, *Hyatt*, *Orella* y *Aldea* se habían entregado al gobierno, continuando viaje a Valparaíso para recibir allí las órdenes pertinentes.

Aunque se afirmó en un primer momento que la escuadra, en represalia por el ataque de la aviación, tenía intención de bombardear Coquimbo y La Serena, lo cual provocó enorme pánico entre los habitantes de estas ciudades, que en masa se apresuraron a abandonarlas, nada de eso ocurrió. Trascendió, sin embargo, que las tripulaciones estaban muy divididas y que cada vez aumentaba el número de los tibios que, bajo la inspiración del suboficial González, a toda costa querían llegar a un acuerdo con el Gobierno, liberando a los oficiales ansiosos y desesperados después de seis días de encierro en sus camarotes, con centinela a la vista. Los cabecillas de los amotinados, encabezados por el cabo Astica, parecían estar quemando sus últimos cartuchos.

A este respecto, las noticias prosiguieron: "Boletín de Informaciones N° 10. – Santiago, 6 de septiembre de 1931. A las 23.55 horas. 1) Las últimas informaciones llegadas al Cuartel General del Ejército permiten abrigar la seguridad de que la resistencia de las tripulaciones rebeldes toca ya a su fin. 2) Según noticias semioficiales recibidas en este momento, nuevas unidades de la escuadra habrían reconocido hoy la autoridad del Gobierno, plegándose a las fuerzas leales. 3) A las sugerencias de arreglo que las tripulaciones han formulado después del bombardeo aéreo de las naves efectuado en las últimas horas de la tarde de hoy, el Gobierno ha dado la siguiente respuesta: 'Al *Latorre* – El Gobierno no acepta sino una rendición completa debiendo la tripulación desembarcar

sin armas y quedar a disposición del comandante de la guarnición en La Serena, quien tiene instrucciones al respecto. De lo contrario se continuará procediendo con mayor energía aún. General Vergara, ministro de Guerra".

Y, en la madrugada del 7 de septiembre pudo advertirse que durante la noche, los barcos de guerra había abandonado nuevamente su fondeadero en la bahía. Era lo que confirmaba el "Boletín de Informaciones N° 11: "Santiago, 7 de septiembre de 1931. A las 8.30 horas. 1) – a) La escuadra de los insurrectos ante el temor de la renovación del ataque aéreo, ha abandonado bahía de Coquimbo y diríjese al alta mar; b) A la rendición incondicional del *Aldea*, *Riquelme* y *Orella* ha seguido la del *Hyatt* y *Videla*, y hay razones para creer que este desmembramiento de los insurrectos continúe incesantemente. Sólo el *Latorre* parece que aún pretende resistirse; c) Varios barcos (dos o tres) saludan a la plaza en Quintero, en señal de acatamiento a la autoridad del Gobierno. 2) La aviación se encuentra lista, con sus escuadrillas terrestres y marítimas para reanudar las operaciones conforme con las instrucciones recibidas, en cuanto se despeje la neblina que a esta hora cubre las naves de los insurrectos".

En lugar de dirigirse al norte, como se esperaba, los buques enfilaron hacia el sur. La aviación vigilaba la marcha, aunque la neblina baja del día 7 impidió la observación hasta cerca de las 12 horas, en que se informó que los buques navegaban a la altura de la desembocadura del Limari, divididos en tres grupos. Más tarde, desde el faro de Punta Tortuga, anunciaban que habían pasado a quince millas de Punta Lengua de Vaca, siguiendo su marcha al sur. Los destroyers navegaban adelante y se habían perdido de vista; seguían varios buques, el *O'Higgins*, el transporte *Flora*, un remolcador, los submarinos y, cerrando la marcha, el *Latorre*.

También se informaba que, según había trascendido por conducto de las tripulaciones rendidas, éstas comenzaban a desobedecer las órdenes del *Latorre*, y en muchos barcos habían sido liberados los oficiales que, ya a cargo de los mismos, manifestaban intenciones de parlamentar y entregarse al Gobierno.

Mientras tanto el comandante en jefe de la Aviación, desde el aeródromo de Tuqui, cerca de Ovalle, había cursado una orden terminante al Grupo N° 2, que seguía a la escuadra: "Buques sometidos a autoridad del Gobierno empezarán entrar Valparaíso martes a las 8 a.m. con tres horas de diferencia. Sus aviones, especialmente los Wall, con carga completa, bombas y combustible, deberán permanecer en vuelo para escoltar buques desde Pichidanguí hasta fondeadero. Corresponde su iniciativa vencer dificultades de amunicionamiento. Supuesto no tenga bombas suficientes debe obrar por presencia. Mantenga comunicación por radio desde a bordo con los barcos que entren a someterse. Caso buques pretendan rebelarse dándonos una sorpresa, proceda a hundirlos".

Y, muy pronto, en su marcha, el acorazado *O'Higgins* levantaba bandera blanca, regresando a Coquimbo, donde se entregaba, siendo su tripulación desarmada y conducida, bajo custodia, a La Serena. Quedaba sólo el *Almirante Latorre*, y las noticias de Coquimbo informaban al respecto: "Se comenta en ésta la situación del *Latorre* y prevalece la idea de que si no se rinde hoy, ello se debe a que la tripulación y el Estado Mayor de los insurrectos están en desacuerdo sobre el camino a seguir. Los primeros desean entregarse y los segundos pensarían hundir el barco, conforme lo han manifestado en otras ocasiones. Se informa que bandadas de aviones e hidroaviones siguen la marcha del *Latorre* con el objeto de obligarlo a rendirse".

Hasta que, por fin, las últimas noticias anunciaban: "Se informa que entre Tongoy y Lengua de Vaca se rindió el

Almirante Latorre a instancias de los aviones que lo obligaron a tomar tal determinación. Inmediatamente levantó bandera blanca. Hay fundadas razones para estimar que antes de rendirse se sublevó la marinería contra el Estado Mayor de las Tripulaciones a fin de disponer la rendición".

Toda la noche del día 7 y la madrugada del 8 la población entera de Valparaíso permaneció en los cerros esperando la llegada de la escuadra. Los reflectores desplazaban sus luces sobre el fondo oscuro de la bahía en busca de alguna silueta. Además, se tiraron cohetes luminosos y hasta del fuerte Vergara se dispararon cañonazos contra una nave que parecía haberse divisado a la distancia, navegando con las luces apagadas. El que más interesaba era el acorazado *Almirante Latorre*. Pero, el *Latorre* no llegó a Valparaíso, habiendo entrado para entregarse en la base de Quintero, según anunciaba el ministro de Guerra en el "Boletín de Informaciones" N° 14, a las 11 horas, y en el N° 15, a las 19.30 horas, del 8 de septiembre de 1931, agregando que las fuerzas de la Escuela de Infantería habían tomado posesión del principal buque rebelde, procediendo a desarmar a la tripulación, que, lo mismo que todas las de las otras naves sublevadas, sería sometida a consejo de guerra, el que se aplicaría con todo el rigor de los códigos militares.

Y, cuando los oficiales de la Escuela de Infantería subieron al *Latorre* para hacerse cargo del barco, aún el viento arrastraba sobre cubierta algunas hojas mimeografiadas, con una proclama, que allí habían quedado tiradas: "Compañeros tripulantes de la Armada: Habéis empezado valientemente la lucha por nuestro mejoramiento económico; hoy que la oligarquía chilena se niega a oír nuestras reclamaciones, debéis manteneros hasta el final, para terminar definitivamente con el régimen causante de todas las injusticias que agobian a la clase trabajadora de Chile. Las organizaciones obreras ven con simpatía que vosotros, al le-

vantaros contra las injusticias sociales, empezáis a colocaros en el puesto que os corresponde como parte integrante de nuestra clase y quiere marchar a vuestro lado en la batalla por su emancipación definitiva. ¡Hermanos marinos! El ultimátum que habéis recibido a vuestras peticiones de mejoramiento económico por la clase ladrona que nos gobierna y que ha estrujado la savia de nuestro pueblo, os está probando que si no vais unidos con los trabajadores y si abandonáis las armas, seréis barridos por la burguesía que nos gobierna. ¡Compañero marino! Tú tienes los buques ya, dad armas a tus hermanos de miserias y en 48 horas los consejos de marinos, soldados, obreros y campesinos le habrán dado a Chile un gobierno donde la miseria no impere. ¡Marino hermano! Date cuenta de que lo que habéis hecho es lo más grande y si no lo llevas hasta el fin, si no te unes con los trabajadores, seréis aniquilado por la oligarquía. ¡Marino! El triunfo es tuyo, para que nada ni nadie te lo quite únete con los trabajadores. Ten presente, no dejes el arma".

Las hojas habían quedado detenidas sobre la baranda, próxima a la puerta que daba a la escala. Pero, pronto, el viento las arrastró al mar. Arriba, las bocas mudas de los cañones que, como una frustración apuntaban ahora hacia un indeterminado horizonte, estaban cerradas con una tapa donde decía: "Vencer o morir". Los oficiales que subieron a bordo, al pasar bajo ellos, llevaban en su mano un diario de la fecha cuyos grandes titulares anunciaban: "El imperio de la Constitución y de las leyes se ha restablecido en todos los buques de la Armada". Y también publicaba, entre el cúmulo de informaciones sobre el suceso, que había apasionado al continente, una noticia que no muchos leyeron: "Según informaciones autorizadas, Juan B. Riveros, que era suboficial instructor en el *Almirante Latórrre*, y miembro del Comité rebelde durante las negociaciones con el almirante Von Schroeders, se suicidó anoche en momentos en que el barco se aproximaba a Quintero".

III

Aquel día de octubre de 1932 un grupo numeroso de personas se encontraba reunido en la plaza "10 de Febrero", de Oruro. Era una tarde fría, como correspondiendo al paisaje desolado del páramo andino, siempre barrido, a 3.600 metros de altura, por los vientos gélidos procedentes de las lejanas cumbres nevadas que, a gran distancia, cerraban el horizonte. Frente a la plaza se destacaba el hotel "Edén", próximo al cine "Palais", donde se anunciaba una película de "cow boys", de Buck Jones. El perímetro estaba rodeado por casas chatas, casi todas de una sola planta, con techos de tejas coloniales, que se extendían frente a estrechísimas calles frecuentadas por tropas de llamas y por muchas de las cuales apenas podían circular los vehículos.

Entre la multitud reunida en la plaza podían advertirse algunos carteles y varias banderas, en medio de cholos y, particularmente, de indios, de rostros bronceados, enfundados en sus ponchos, con cubrecabezas de lana con orejeras y hablando entre sí en quechua y aymará, así como de cholas de altos sombreros de paja blancos y amplias polleras, pintorescos atuendos que contrastaban con la pasividad y mansedumbre general de quienes los llevaban.

Habían sido traídos para integrar una manifestación que, después de circular por la calle Bolívar, se había agrupado en la plaza, con el fin de escuchar algunos discursos, ya que les habían dicho que un país enemigo acechaba al suyo, y que la patria estaba en peligro. ¿Podía eso ser un argumento como para provocar su interés?

Porque para ellos la verdadera realidad de la patria se expresaba en la mala situación general, que se había tornado en

cierto modo pavorosa con la crisis. Los informes del gobierno señalaban que los ingresos fiscales habían descendido de 6.531.000 bolivianos, en 1929, a sólo 1.348.000 en los diez meses de 1932, como consecuencia de la caída del precio del estaño. El resultado estaba patente en el receso económico, la desocupación y aun el hambre, que se había extendido por Bolivia, al punto de que en algunos centros mineros debieron instalarse "ollas del pobre". De manera que los "¡Viva la patria!", que periódicamente se escuchaban en aquella asamblea, no hallaban verdadera resonancia.

Quienes venían del campo traían aún el estigma de su sumisión como "pongos" o colonos de los "gamonales", prolongada a través de generaciones de penurias y padecimientos. Y de las represiones violentas cada vez que querían hacer valer algún derecho, rebelándose ante la explotación constante y desmedida que no les permitía adquirir ninguno. Apenas cinco años antes, en 1927, en Chayanta, habían sido protagonistas de una de las periódicas grandes sublevaciones campesinas de Bolivia. Todo había comenzado en Colquechaca, donde uno de aquellos "gamonales", que se distinguía por su prepotencia y despiadado trato a colonos y comunarios, fue víctima principal de una reacción desesperada contra sus desmanes.

Vencida su natural continencia, los indios comenzaron a hacer escuchar sus "pututus", que extendieron sus lúgubres ecos, como convocando a una trágica guerra.

—¡Los indios se están reuniendo! ¡Los indios se están, reuniendo!, fue la voz que se difundió entre los propietarios empavorecidos.

De valles y montañas, en medio del imponente paisaje de cumbres que bordea el altiplano, arribaron reuniéndose por varios miles, sintiendo que había llegado el momento de vengar agravios y, quizá, recuperar las tierras de que habían sido

despojados. Y el 1° de agosto de ese año, impulsados por su rencor y acicateados por el alcohol, cayeron sobre el fundo del ensoberbecido "gamonal", incendiando sus viviendas y asesinandolo al igual que a sus familiares. Luego extendieron sus depredaciones a todos los fundos vecinos. Fue una verdadera orgía de muerte y destrucción en la que saciaron, momentáneamente, sus ansias de represalias, largamente contenidas.

Pero, pronto, como lo sabían y esperaban, llegaron las tropas del ejército, enviadas con toda urgencia, y la más brutal represión trató de borrar hasta el recuerdo de lo acontecido. Centenares de indios fueron muertos, mientras sus chozas quedaban reducidas a humeantes escombros, y sus mujeres violadas. Fue, a su vez, otra orgía de destrucción y de sangre. Una más que se unía a las muchas que, a lo largo de centurias, los indios habían soportado.

También había quienes procedían de los vecinos centros mineros, hasta de más de 4.500 metros de altura, donde los indios quemaban sus vidas en los oscuros socavones, extrayendo la riqueza de un mineral que, según algunos decían, sólo dejaba en Bolivia agujeros en los cerros y en los pulmones de los hombres. Habían venido ése día traídos por el trencito de la "Patiño Mines", que se extendía 96 kilómetros por Machacamarca, pasando por Huanuni —al pie del cerro Posoconi, lleno de bocaminas— y que luego, esquivando otros cerros, llegaba finalmente a Uncía.

En el trayecto estaban las famosas minas de Llallagua, Catavi y Siglo XX, donde trabajaban millares de obreros, con sus casuchas iguales, como nichos, y cuyos techos, desde la altura de "La Salvadora", parecían de plata. En Catavi estaban las oficinas de la administración y el ingenio, cuyas maquinarias transformaban el mineral de estaño, de pedazos de greda, a barras finas y brillantes, como era enviado a Europa.

Los cerros, en cuyas yermas quebradas grises se hallaban las bocaminas, ocultaban la interminable red de socavones, a lo largo de los cuales corrían los cables telefónicos y los tubos de aire comprimido. Allí los obreros entraban con casco y una lámpara de carburo para ser transportados en trenes eléctricos, en medio de la oscuridad más tenebrosa, hasta las "oficinas de tiempo", donde dejaban sus fichas de bronce numeradas, y recogían las tarjetas en las cuales los "jefes de punta" anotaban la hora de entrada y salida de cada uno, lo mismo que detalles de los trabajos que realizaban. Luego, las "jaulas" los llevaban a los distintos niveles de las excavaciones, hasta de más de 500 metros de profundidad, las cuales extendían por doquier sus interminables galerías, que conformaban un complejo de más de 60 kilómetros. Llegados al fin del socavón, los "barreteros", llevando sus "acullicos" de coca que inflaban uno de sus carrillos, atacaban con la perforadora la roca viva, siguiendo la vena negra de la veta, en medio de un ruido ensordecedor y de una atmósfera saturada de polvillo blanco, que ocasionaba en los hombres silicosis, el famoso "mal de mina", que elevaba a 96% el número de obreros tuberculosos y hacía descender, su promedio de vida a 25 años.

Algunos, en Pulacayo, de Mauricio Rothschild, a 680 metros de profundidad, trabajaban con más de 45° de calor y, para poder soportar esa tarea, debían recibir constantemente chorros de agua fría sobre sus torsos desnudos, mientras manejaban los picos neumáticos acercando su nariz, de tanto en tanto, para poder respirar el aire que salía de ellos. Otros, algunos días, hacían "doble mita", prolongando su jornada de trabajo por 24 horas.

Y si se rebelaban, el ejército, la policía y las autoridades, a las órdenes de los "barones mineros", les respondían con cataratas de plomo.

Muchos de ellos aún llevaban en sus retinas la visión terrorífica de la masacre de Uncía, apenas unos años antes: con el

fin de tratar de mejorar sus condiciones de trabajo, los más diligentes habían encarado la organización gremial, constituyendo la Federación Central de Mineros de Uncía. A ella habían logrado que se unieran también los sindicatos constituidos en Llallagua, Catavi y Siglo XX y, para festejarlo, se resolvió dar un carácter especial a la celebración del 1° de Mayo de ese año. Este acto alcanzó, así, particular significado y los oradores se encargaron de recalcarlo en sus encendidos discursos. Pero el gobierno se sintió amedrentado, lo cual significó, poco más tarde, la detención de los principales dirigentes.

Al conocerse en Uncía el proceder de las autoridades, los trabajadores se reunieron exigiendo la libertad de los detenidos, apelando a la huelga para dar fuerza a su demanda. El 4 de junio de 1923, la plaza "Alonso Ibáñez", de Uncía, se encontraba colmada de hombres, niños y mujeres con sus "guaguas", mientras los oradores enfervorizaban con sus palabras a la multitud. Y, cuando más encendida se encontraba la masa allí reunida, hicieron su aparición las tropas del ejército, el regimiento de Cartón-Leva, al mando del teniente coronel Ayoroa.

Un vibrante toque de clarín impuso un siniestro silencio a la muchedumbre. De inmediato, la gente recibió la orden terminante de desalojar la plaza y disolverse. Y, como esa orden fuera recibida con rechiflas, gritos de protesta y, aun, con algunas piedras, el teniente coronel Ayoroa ordenó a sus fuerzas ¡rodilla en tierra! Y, en seguida, ¡apunten!, ¡fuego!

Las descargas dejaron oír sus bárbaros estampidos haciendo grandes claros entre la multitud y extendiendo sus ecos por los edificios vecinos. Un silencio de muerte siguió a un primer momento de estupor, entre el humo de los disparos y el olor de la pólvora. Pero el silencio fue pronto quebrado por los ayes de los heridos, los gritos de las mujeres y las airadas, pero impotentes protestas de los hombres que no habían caído. Decenas de muertos y un sin-

número de heridos fueron recogidos luego, siendo aquéllos sepultados apresuradamente en fosas comunes para evitar que pudiera apreciarse la verdadera magnitud de la masacre.

Ahora estaban todos allí, esperando que después de la manifestación, los incorporaran al ejército.

Y, mientras un hombre trepado sobre una tarima, aún hablaba de guerra y se escuchaban apagados "¡Viva la patria!", desde una fonda cercana llegaba el eco de una música con una canción que empezaba:

"Mi guitarra ya no suena
De tanto aguantar remojos
Por una parte el rocío
Por otra parte mis ojos".

Y terminaba:

"Señores generales
Señores coroneles,
Mientras el pueblo llora
En vuestras altas vidas
Sólo se juntan mieles".

Ese día de enero de 1933, el vapor *Apipé* estaba listo para partir del puerto de Asunción, haciendo flamear en su popa la bandera paraguaya. Iba repleto de soldados, que abarrotaban su cubierta y, aunque caía una ligera llovizna, los hombres se mantenían sobre ella, despedidos por numerosas personas con las cuales se cruzaban desde a bordo palabras en guaraní, mientras una banda de música difundía el chamamé *Fierro Punta* y marchas militares, y se escuchaban algunos gritos de "¡Viva la patria!". No se podía decir que los rostros de los soldados tra-

suntaran alegría; más bien su gesto era de resignación, y, sopor-tando el intenso calor reinante, miraban con indiferencia los preparativos de la partida, extendiendo su vista, también, hacia los primeros edificios de la ciudad, que aparecían a alguna distancia, entre las copas de las palmeras del parque Caballero.

¿A dónde iban? Ni ellos lo sabían bien, sometidos como estaban a la disciplina del cuartel, aunque les habían dicho que marchaban al Norte para defender la patria. Evidentemente se trataba de una expresión muy ambigua, porque la patria para ellos tenía un significado que no se podía festejar con fanfarrias.

La patria, en la realidad de los hechos, eran los rudos trabajos en las grandes explotaciones ganaderas de la Liebig o de la Paraguay Land and Cattle. O en los yerbatales trabajando de "descubtereros" para localizar los árboles de yerba mate en los bosques vírgenes, entre el asedio de los polvorines, para "tarifear" luego las hojas, volviendo con su "raído" hasta el campamento donde se procedía a su preparación bajo la tiranía de los "capangas", zapecándola luego en los "barbacuás", donde quienes trabajaban de "urús" debían soportar, moviéndose casi desnudos, altísimas temperaturas, o apaleándola después en las "canchas". O en los obrajes del Alto Paraguay, volteando a hacha limpia, quebrachos cuyos troncos, a veces, eran tan gruesos, que debían encararlos dos hombres, para luego ser transportados en ferrocarriles de trocha angosta hasta Puerto Casado, o Puerto Sastre. O a Puerto Pinasco, de la compañía yanqui International Product Co. En estos "puertos", viviendo con sus familias en rancheríos de troncos de palmeras, en la mayor promiscuidad, también trabajaban de día y noche en las fábricas, para producir tanino, que luego los peones de planchada cargaban en bolsas a bordo de los vapores del río, las que luego eran trasbordadas en los transatlánticos para ser transportadas a Europa y a los Estados Unidos.

Había, también, quienes venían de trabajar en el Chaco argentino, en la famosa compañía inglesa "La Forestal", cuyos dominios se extendían a más de 1.600.000 hectáreas, abarcando buena parte del Chaco austral. En esos, dominios como 12.000 hombres, principalmente paraguayos, correntinos y santiagueños, trabajaban en varios obrajes y 5 fábricas de tanino. Al igual que en otras explotaciones, allí no había más ley que la que dictaba la compañía, la cual, además, pagaba con vales que únicamente podían ser utilizados en su proveduría.

El año 1919 los obreros de "La Forestal" habían efectuado una huelga que duró desde diciembre de ese año hasta enero de 1920, firmándose luego un convenio, a raíz del cual los hombres volvieron a sus tareas. Pero, los hechos demostraron que la compañía sólo deseaba ganar tiempo. A tal fin se creó un cuerpo de "gendarmería volante" el cual, aunque aparentaba ser un organismo gubernamental, era en realidad pagado por la misma compañía. También ésta organizó otro cuerpo de policías sin uniforme, compuesto de 80 hombres armados con máusers, winchesters y facones.

Así fue como el convenio no se cumplió, por lo que los obreros reiniciaron la huelga, ocupando, además, la fábrica de tanino de Villa Guillermina. Y como la acción laboral fue tan masiva, no bastando las fuerzas de la "gendarmería volante" —que el pueblo llamaba los "cardenales"— y la policía no uniformada, debieron venir soldados del 12 de Infantería. Se dio, entonces, la orden de desalojar la fábrica, la cual, al no ser acatada, originó la entrada en acción de las ametralladoras, con el resultado, según se afirma, de numerosas víctimas.

De inmediato, a las exigencias obreras, la compañía respondió con despidos en masa en todos sus establecimientos, despidos que se concretaron en mayor número aun a comienzos del año siguiente, 1921. Se hablaba de lock out patronal, para

poder imponer una selección sobre la base de "listas negras", buscando eliminar a los llamados "agitadores profesionales". A muchos trabajadores se les pagaron boletos en el ferrocarril para que abandonaran los establecimientos de la compañía, ya que en cientos de kilómetros cuadrados a la redonda, los alimentos, el agua, la luz y hasta las viviendas, les pertenecían.

Prosiguiendo su acción de lock out, el 8 de enero fue clausurada la fábrica de tanino de La Gallareta, y el 10 los obrajes de Garabato e Intiyaco. También en Santa Felicia y Tartagal quedaron dos mil hombres sin trabajo. Por eso la huelga se declaró nuevamente el 28 de enero de 1921, adquiriendo desde un principio, un carácter de grave enfrentamiento, en particular con la "gendarmería volante". Entró a funcionar el garrote, el culatazo y el cepo, teniendo su mayor eclosión en Villa Ana y en Villa Guillermina, donde se habían producido muchos despidos. Aquí se produjo, desde un comienzo, una verdadera lucha armada, ya que también numerosos huelguistas poseían medios de defensa, por lo que hubo víctimas en ambos bandos, entre ellos el comisario Alfonsín.

Los obreros se parapetaron detrás de los rollizos de quebracho y de los vagones del ferrocarril, y aun huyeron a los montes con sus familias, donde se organizaron en guerrillas. El 1° de febrero se combatía en estación Rica, cerca de Villa Ana, y el 2 continuó el tiroteo en todas direcciones, mientras aumentaba el éxodo de los trabajadores. El pánico se extendió a Golondrina y Villa Ocampo y, para acentuarlo, la "gendarmería volante" organizó la caza del hombre. Se aseguraba que en el kilómetro 41 de Villa Ocampo se encontraban como 150 hombres dispuestos a atacar Villa Ana, mientras se luchaba, también, cerca de El Amargo con winchesters y máusers.

Para completar la acción de desalojo, la "gendarmería volante" comenzó también a incendiar las viviendas de los obre-

ros que habían huido, generalmente ranchos. Durante todo el mes de marzo y aun de abril continuó la persecución y los choques, siendo deportados en masa los hombres de los dominios de la compañía, por lo que en tal circunstancia, muchos de ellos, con sus familias, debieron vivir en los hornos de carbón y aun debajo de los árboles. Fue una verdadera lucha campal que trajo como consecuencia hambre y una miseria espantosa.

También había quienes trabajaron en los obrajes del Alto Paraná, volteando y transportando los árboles gigantes que se abatían en el corazón de la selva, para luego llevarlos en las alzaprimas, sujetos con cadenas y arrastrados por tardos bueyes, hasta los puertos, dos o tres ranchos sobre la majestuosa barranca del gran río, en un abra entre los tacuariales de la orilla. Cuando los troncos llegaban allá arriba, cada uno era tomado a su cargo por ocho o diez hombres, quienes, con el busto desnudo y bajo el quemante sol tropical, con un esfuerzo hercúleo y por medio de palancas, lo iban haciendo rodar al compás de un unísono ¡Jaup-taa! ¡Jaup-taa! ¡Jaup-taa!, que se escuchaba aun a la distancia, hasta desbarrancarlos por el brusco declive de la barranca. Los troncos, con sus moles, a veces de varias toneladas, iban rodando pesadamente en el trayecto, desde una altura de cerca de cien metros, para caer finalmente en el río, levantando espectaculares penachos de agua. Luego, con algunas decenas de ellos, allí mismo se armaban los "catres" de las jangadas, que luego arrastrarían, río abajo, los remolcadores.

¡Cuántos de ellos habían conocido esos trabajos de esclavos de los obrajes, los que no podían abandonar hasta haber saldado totalmente las deudas de los anticipos que recibieran, o de lo que habían consumido con sus "libretas de almacén" en las provedurías, lo cual, por los bajos salarios y los altos precios de las mercaderías que debían adquirir, les requería, a veces, varios años! Y cuando trataban de eludir esa situación

recurriendo a la fuga, comisiones especiales perseguían a los que huían, matándolos a tiros donde los encontraban, o dejándolos atados a un árbol en medio de la selva para que murieran acosados por los insectos y expuestos al ataque de las fieras, o los arrojaban con los brazos atados para que se ahogaran en el río o en los esteros. Y aun aquellos que tenían más suerte y, algún día llegaban a poder abandonar el obraje con algunos pesos, luego, a veces, en una sola noche los dilapidaban en las "bailantas" de la famosa "Bajada Vieja", de Posadas, y al día siguiente se encontraban otra vez comprometidos por un nuevo contrato de trabajo, que habían firmado tras otro anticipo con los "conchabadores", mientras se encontraban ebrios.

Ahora iban hacia un destino incierto, en tanto, por la voz de un altoparlante, una estación de radio anunciaba: "En su arrollador avance, la gloriosa división 'Acá Verá', arrasó una población aniquilando a sus habitantes. Nuestros ejércitos victoriosos destruyeron una división enemiga". Todavía se escuchaban algunos aislados gritos de "¡Viva la patria!" cuando el *Apipé* soltó amarras y, llevando su carga humana, se perdió río arriba, desapareciendo pronto tras el opaco velo de la lluvia que, ahora con más fuerza, seguía cayendo sobre Asunción.

Trepado sobre un cajón que había sido de latas de aceite, en la esquina de Yacaré y Pérez Castellano, frente a una concurrencia no muy numerosa, el orador decía:

"¡Trabajadores!

"¡La guerra y la matanza fratricida se enciende en nuestros países! ¡En estos momentos las tropas de Bolivia y Paraguay libran sangrientos combates en la zona del Chaco Boreal! Una cantidad de soldados, que son obreros, campesinos e indios, han sido asesinados por la metralla guerrera. En La Paz y Asunción los elementos de la burguesía y de los gobiernos organizan demostraciones callejeras reclamando la guerra, la matanza de am-

bos pueblos. La prensa capitalista de los dos países y todos los tribunos de los partidos de la burguesía, de los señores feudales, de los imperialistas, desatan una gran campaña chauvinista y guerrera para engañar miserablemente a las masas populares y arrastrarlas a los campos de matanza colectiva. De una y otra parte se habla de territorios robados y violados, de agredidos y agresores; internacionalmente las cancillerías acrecientan y preparan febrilmente el ambiente para el desencadenamiento definitivo de la guerra entre Bolivia y Paraguay.

"¿Qué significa esta guerra? ¿Por qué se lleva a los pueblos a la matanza? ¿Quiénes son los culpables de ese enorme crimen? Las masas obreras y campesinas, los pueblos, no han querido ni quieren la guerra. En la gran carnicería que se prepara y que se está llevando a cabo, los pueblos no tienen nada que ganar o conquistar, y sí todo que perder. Los enemigos y opresores de ambos pueblos no están del otro lado de la frontera, sino dentro del propio país. Los únicos culpables de estos choques sangrientos y de la guerra criminal que se inicia en el Chaco Boreal son las pandillas de explotadores y gobiernos de Bolivia y Paraguay, vendidos a los pulpos petroleros de la Standard Oil y la Royal Dutch y a todos los vampiros de Nueva York y Londres que oprimen y chupan la sangre de nuestros pueblos. Son éstos los culpables, estos gestores y organizadores de la guerra, los que mandan a la matanza para conquistar ellos la inmensa riqueza del Chaco Boreal, el petróleo, a costa de la muerte, de la ruina y de la miseria de los obreros y campesinos de Bolivia y Paraguay".

Desde la mesa de un café cercano, hasta donde llegaba el eco de la palabra del orador, un hombre llamó al botija que voceaba su mercadería: ¡*La Mañana!*, ¡*El Debate!*, ¡*El País!*, ¡*El Plata!*, ¡*Tribuna Popular!*, ¡*Justicia!* Compró un diario y, mientras daba vuelta a las primeras páginas en busca de los avisos, fue pasando revista rápidamente a los titulares:

"El gobierno británico se propone disminuir los gastos para enfrentar la crisis"

"Jonn D. Rockefeller cumple 94 años"

"Malcolm Campbell batió el récord de velocidad en automóvil"

"Por los pueblos que sufren hambre se oficiará una misa"

"Lincharon a dos negros en los Estados Unidos"

"Ha tenido un hijo la emperatriz del Japón"

"Una sirvienta dio a luz un varón y, después de estrangularlo con una media, trató de arrojarlo por el W.C."

Luego de mirar detenidamente los pedidos de empleos, el hombre extendió su interés a otras informaciones, deteniéndose en un artículo del diario que preguntaba: "¿Cuánto cuesta un hijo? Un obrero con tres hijos con un ingreso de \$ 45, paga por alimentación \$ 25; por vivienda \$ 9; por luz \$ 1,50; por vestido \$ 6; por gastos diversos \$ 10. En total \$ 51,50, en pleno déficit. Un obrero con \$ 64, con esposa y dos hijos, tiene egresos: por alimentación \$ 40, por vivienda \$ 12 (pieza y cocina); por luz \$ 1,50; por vestidos \$ 5; por gastos diversos \$ 10. Total \$ 68,50. Un obrero que gana \$ 110 con siete hijos, gasta por alimentación \$ 60; por vivienda \$ 10; por vestidos \$ 20; por gastos diversos \$ 20. Absorbe todo el sueldo".

Y continuaba la reseña analizando en detalle la situación de los trabajadores en las principales industrias del Uruguay: Frigorífico Swift (2.438 obreros), Frigorífico Artigas (2.232 obreros), Frigorífico Anglo (2.162 obreros), A.N.C.A.P. (1.355 obreros), Campomar y Soulás (1.309 obreros), Conaprole (866 obreros), Fábrica Nacional de Cerveza (700 obreros), Fábrica Uruguaya de Alpargatas (698 obreros), Cristalerías del Uruguay (648 obreros) etcétera, etcétera.

Luego siguió leyendo una noticia: "Sara Cecilia Soto de Coria, se presentó en un hospital del Cerro llevando en sus brazos el cuerpo sin vida de una criatura nacida prematuramente, que presentaba un tajo en el cuello. La investigación realizada permitió establecer que la mujer, que es madre de 5 hijos, y cuyo compañero tiene grandes dificultades para afrontar los gastos del hogar, al saber que iba a ser madre nuevamente, decidió impedir el nacimiento del hijo para evitar más problemas económicos. Con la colaboración de una vecina se provocó una intervención ilegal y dio a luz una criatura, a la que degolló con un cuchillo de cocina".

Dejó el diario y miró a través del vidrio, hacia la calle.

Frente al café, sobre la pared, había un afiche anónimo que decía:

"¿Qué mundo daremos a nuestros hijos?

Un mundo basado en:

La seguridad individual

El respeto mutuo

La oportunidad de triunfar.

¡Salga de su apatía e incredulidad!

No lo dude más

Lucho contra el comunismo".

Desde una mesa vecina, donde varios trabajadores allí reunidos también lo había leído, le llegó un comentario: –Aquellos que roban nos quieren asustar siempre con el comunismo. Pero, por malo que sea el comunismo, nunca será peor que esta porquería. Que venga entonces. ¿Por qué será que los que no quieren que venga el comunismo son, precisamente, los que quieren seguir robando? La delincuencia está arriba y no en el pueblo. A nosotros la falta de trabajo nos

lleva a la delincuencia. Cuando hay hijos que abren la boca y hay que darles de comer, ¿qué vamos a hacer?

El hombre pagó, pensando en los 3 hijos que lo esperaban en su casa, estando él sin ocupación, y abandonando el café, pasó por la vereda llena de cajones vacíos del viejo Mercado del Puerto, en cuyo portón una mujer vendía limones y un hombre hongos y aceitunas. Luego cruzó frente al Dick's Bar y a una agencia de lotería que anunciaba: "Se juega mañana".

Era un día de bastante neblina y, detrás del edificio de la Aduana, del otro lado de la bahía de Montevideo, apenas se dibujaba la silueta del Cerro.

Más adelante las paredes, estaban llenas de carteles:

"¡Mil obreros despedidos del frigorífico Swift!
¡Compañeros! ¡De pie en defensa de las fuentes de
trabajo! El martes asamblea y paro.

Los gobiernos que tienen millones para pagar a los
banqueros de Londres y Washington, no tienen un cen-
tavo para atender a los desocupados que todos los días se
mueren de hambre sin que nadie se acuerde de ellos".

Y, a medida que se alejaba, casi apagadas por la distancia, aún alcanzaba a escuchar las últimas frases del orador que hablaba sobre el cajón, en la esquina, ante una audiencia que había disminuido:

"¡Abajo la guerra boliviano-paraguaya!
¡Abajo la matanza criminal en la América Latina!
¡Viva la fraternización de los pueblos y los soldados
del Paraguay y Bolivia!"

IV

Las agencias noticiosas internacionales se apresuraron a enviar sus informaciones:

"Río de Janeiro, noviembre 23. – Se han producido graves acontecimientos en Río Grande del Norte, y reina gran agitación en los Estados de Alagoas y Pernambuco. Según datos oficiales obtenidos, la anormalidad había quedado circunscripta al territorio de Natal, donde se sublevó el batallón 21º, la misma unidad que hace aproximadamente tres años encabezó un movimiento comunista. Las comunicaciones con el norte del país se realizan con gran dificultad debido a que los sublevados cortaron los hilos telegráficos en varias partes. El Ministerio de Guerra informó esta tarde que se han enviado al norte varias unidades del ejército y fuerzas policiales con el objeto de restablecer el orden. En las últimas horas de hoy se han recibido noticias del norte anunciando que también se sublevó el batallón 29º y que la mitad del mismo, al mando de varios sargentos, se trabó en lucha contra el resto de la unidad. Agregan finalmente las informaciones obtenidas en los círculos oficiales, que las fuerzas sublevadas tomaron posesión de la ciudad de Olinda, pero que dicha población fue reconquistada por fuerzas enviadas desde Pernambuco".

"Río de Janeiro, noviembre 25. – El gobierno organiza sus fuerzas terrestres, marítimas y aéreas para lanzarlas contra los rebeldes que intentan establecer en el norte del país un gobierno comunista. Son sumamente escasas las noticias que se reciben del teatro de los acontecimientos. Se sabe, sin embargo, en forma positiva, que los rebeldes han tomado posesión de Natal y Río Grande del Norte. El 29º batallón sublevado está concentrado en la zona de Afogados, en las

afueras de Recife. Las autoridades del gobierno federal declaran que se emprenderá una enérgica contraofensiva tan pronto como estén listas las tropas leales y sus auxiliares para marchar a su destino. El objetivo de una columna será forzar la rendición de los sediciosos pernambucanos, encabezados por Silo Meireles. Se supone que deben haberse registrado numerosas bajas, pues se sabe que las tropas del gobierno sometieron a un intenso bombardeo de artillería a los comunistas en Natal y suburbios de Recife. Aparte de esto circularon también versiones no confirmadas de supuestos encuentros sangrientos entre las fuerzas leales y los rebeldes. Se dice que unidades avanzadas de los refuerzos enviados por el gobierno desde Parahyba entraron en contacto con parte de las fuerzas comunistas que ocupan Natal y que se libró un reñido combate. Se afirma, asimismo, que la infantería del gobierno contó con la ayuda de la artillería de costa. El 20° batallón de infantería llegó a la ciudad de Cabo, procedente de Alagoas, con intención de entablar acción contra el 29° batallón sublevado. Río de Janeiro se mantiene en calma, pese a la ola de versiones contradictorias. Pero bajo el exterior sereno, corría una subcorriente de excitación entre la muchedumbre, que se congregaba en la avenida Rio Branco para leer las noticias del levantamiento en las pizarras de los diarios."

"Río de Janeiro, noviembre 26. – Oficialmente se anuncia que simultáneamente con los levantamientos de Natal y Recife, se produjo una sublevación en Maceio, capital del Estado de Alagoas, agregando que fue sofocada inmediatamente. Los rebeldes han pedido auxilio a la Alianza Nacional Libertadora y a Luis Carlos Prestes. El presidente Getulio Vargas ha dirigido un extenso mensaje al Congreso que lo autorizó a declarar el estado de sitio. Los rebeldes de Natal, que se apoderaron de la estación de radio de la empresa

Cóndor, comenzaron a irradiar noticias falsas, tratando de provocar confusión en el ánimo del público. Encabezados por los sargentos Diniz, Henrique, Eleizer y Quirino, después de reducir a los oficiales, que resistieron bravamente, establecieron un gobierno comunista, que trataron de extender al interior del Estado. Las autoridades locales organizaron batallones que, apoyados por tropas federales, atacaron y rechazaron a los rebeldes. Un batallón de fuerzas regulares partió de Parahyba con el objeto de atacar a los rebeldes de Natal. El 23° batallón de Fortaleza partió también en dirección a Cabalredo. De acuerdo con las órdenes impartidas por el Ministerio de Marina, esta mañana zarparon con rumbo al norte los cruceros *Rio Grande do Sul* y *Bahía*. Asimismo partió una escuadrilla de corsarios. La policía de esta capital procedió al allanamiento de diversos locales, y en ellos detuvo a un centenar de personas sospechadas de mantener vínculos con los rebeldes del norte. Se sabe que el movimiento ha sido organizado por la Alianza Nacional Libertadora y que actúan como dirigentes del mismo el ex capitán Luis Carlos Prestes y otros elementos comunistas."

Y por último:

"Río de Janeiro, 27. (Urgente) – Cuando el levantamiento en el norte ya parecía próximo a ser sofocado con el abandono de Recife y la inminente rendición de las fuerzas de Natal, imprevistamente los sucesos se han extendido a esta capital, produciéndose poco después de media noche del 26, la sublevación de las tropas del Aeródromo Militar de Campo dos Affonsos, y a las 2.45 de hoy, de las unidades de la guarnición del valle de Urca, sobre Praia Vermelha, cerca del barrio elegante de Río de Janeiro. La vehemencia y continuidad de las detonaciones ha sorprendido a todos, conmoviendo a la población. La concurrencia que había

asistido a los teatros y lugares de esparcimiento, se apresuró a abandonar el centro, dirigiéndose tan pronto como le fue posible a sus domicilios, para resguardarse de cualquier contingencia y seguir desde allí los acontecimientos a través de las informaciones y comunicados radiotelefónicos, que se suceden uno tras otro".

Desde la celda donde estaba recluido, el grupo de presos políticos, despertados por las detonaciones, escuchaban su lejano resonar con verdadera emoción. El fuerte cañoneo y el eco de los disparos de fusilería indicaban claramente que en la ciudad se había producido un movimiento armado, desencadenando una intensa lucha. La celda era un recinto de regulares dimensiones en el que entraba luz únicamente por una alta ventana provista de barrotes de hierro, algunos de cuyos vidrios rotos habían sido sustituidos, en parte, con hojas de papel de diario pegadas con jabón amarillo. En el centro, una puerta, también con barrotes de hierro, estaba tapiada por fuera con una tabla en la cual los presos habían hecho algunos agujeros, a través de los cuales era posible ver con cierta dificultad. Tanto la ventana como la puerta daban a un corredor oscuro alumbrado por la noche sólo con una lámpara eléctrica de luz mortecina y amarillenta, que penetraba por la ventana e iluminaba el techo de la celda. En el piso faltaban algunos de los ladrillos con los que estaba cubierto, dejando varios pozos donde se amontonaban orines y excrementos, cuyo olor llegaba a hacerse insoportable. Unas jergas sobre el suelo servían de lecho en los rincones, y en las paredes, numerosos agujeros de clavos se habían transformado en nidos de chinches.

Aunque no podían participar en los hechos, su propia suerte estaba en juego en ellos, por lo que el ruido de las

detonaciones, al que había venido a agregarse el de motores de aviones, era seguido por todos con tremenda ansiedad. Detenidos como sospechosos de mantener vinculaciones con los rebeldes de Natal, los presos conservaban consigo un volante con la fotografía de un hombre de barba y vistiendo uniforme militar, en el cual, bajo el encabezamiento: "Habla Prestes", se decía: "Camaradas del comité revolucionario bajo mi dirección: Frente a los acontecimientos del norte del Brasil y a la amenaza de una dictadura reaccionaria, decido que todas las fuerzas de la revolución luchen por la libertad del pueblo y den un golpe decisivo contra el gobierno de la traición nacional de Getulio Vargas. El día y hora serán fijados a su debido tiempo".

Dos o tres de ellos tenían, además, particulares motivos para encontrarse emocionados: habían acompañado a Luis Carlos Prestes, diez años antes, en toda la campaña de la famosa Columna, cuando al frente de la misma cruzó toda la inmensa extensión del Brasil, derramando semillas de rebeldía. Años de hazañas, penurias y aventuras que ahora se agolpaban a su recuerdo como para revivirlos, minuto a minuto, con la misma intensidad de entonces.

El 5 de julio de 1924 se levantó en San Pablo el general Eudoro Días López, al frente de tropas acantonadas en esa ciudad, acompañado por oficiales jóvenes como Miguel Costa, Joaquín y Juárez Távora y otros. Era el segundo aniversario de la frustrada revolución de 1922, encabezada por un grupo de tenientes en el fuerte Copacabana, en Río de Janeiro.

Acorralado por las tropas adictas al gobierno del presidente Arturo Bernardes, Días López abandonó San Pablo y se lanzó al interior, hasta alcanzar el Paraná. En todo el trayecto sus tropas sostuvieron escaramuzas con las del gobierno. Pero cuando trató de penetrar en Mato Grosso, fue contenido y

derrotado en Catandouvas por el general Rondón, por lo que bajó hasta Iguazú, en la frontera con Argentina y Paraguay.

Mientras tanto, el 29 de octubre se habían producido también varios levantamientos en Río Grande do Sul, encabezados por oficiales jóvenes del ejército y algunos civiles. Entre aquéllos se contaba el capitán Luis Carlos Prestes, que sublevó el Batallón Ferroviario, en Santo Angelo, en la zona de Misiones. Pero casi todos esos grupos sublevados se vieron luego obligados a internarse en la República del Uruguay. Lo mismo ocurrió con el acorazado *Sao Paulo*, igualmente sublevado, pero que hubo de refugiarse en Montevideo, sin alcanzar a repetir la hazaña que protagonizara 14 años antes, junto con el *Minas Geraes*, al mando del cabo Joao Cândido, el "Almirante negro".

Sólo quedó el capitán Prestes, con 1.500 hombres quien, después de dos meses de campaña, decidió subir a Santa Catharina, con el fin de unirse a Días López. Perseguido por soldados del presidente Bernardes, les dio combate saliendo airoso el mismo día que cumplía 27 años. Luego marchó a lo largo del río Uruguay, en la frontera con la Argentina, abriéndose picadas por la selva, combatiendo o eludiendo a sus adversarios, pero quedando reducido, finalmente, a la mitad de sus efectivos. "No pude llegar aquí con los mil quinientos hombres con que salí de Sao Luiz –comunicaba a Días López–. Algunos jefes se han retirado. En Colonia Militar más de 200 hombres se desanimaron luego de nueve leguas de picadas, e igualmente han abandonado la columna, refugiándose en la Argentina. Estamos con 800 hombres, de los cuales menos de 500 armados y teniendo en total cerca de 10.000 tiros. Poseemos, además, 10 ametralladoras."

Y le solicitaba el envío urgente de 400 armas, 100.000 tiros para sus tropas, y que le facilitara la confección de ca-

noas y balsas para cruzar el Iguazú. "Los 800 hombres que conseguí traer hasta acá, probaron de lo que son capaces en más de 100 leguas de marcha, y se convencieron de que la persistencia es una de las mejores armas del revolucionario. La guerra en el Brasil, cualquiera que sea el terreno, es la guerra del movimiento. Para nosotros, revolucionarios, el movimiento es la victoria. La guerra de reserva es la que más conviene al gobierno que tiene fábricas de municiones, fábricas de dinero y bastantes analfabetos para lanzar contra nuestras ametralladoras. Con menos de 1.000 hombres armados y teniendo más de 4.000 caballos, conseguí pasar en pleno campo entre más de 10.000 hombres del gobierno. Nunca fue posible determinar mi verdadera dirección de marcha y la persecución se tornó impracticable. Con mi columna armada y municionada, creo sin exageración no ser optimista al afirmarle que lograré marchar hacia el norte y, dentro de poco tiempo, atravesar Paraná y San Pablo, dirigiéndome a Río de Janeiro, tal vez por Minas Geraes. Los 800 hombres que tengo la fortuna de comandar, quieren luchar y morir por la causa que defienden, seguros de que sin nuestra victoria perdemos el Brasil."

Por fin, siempre abriéndose picadas para eludir a sus perseguidores, Luis Carlos Prestes con Siqueira Campos, Joao Alberto Lins de Barros y otros, se unió con los restos de la columna de Días López en la desembocadura del Iguazú, y el día 12 de abril de 1925 tuvo lugar allí una conferencia general de jefes revolucionarios. Días López resolvió abandonar la empresa, dejando al frente de las fuerzas a Miguel Costa y Luis Carlos Prestes, éste como Jefe del Estado Mayor, pero como verdadero conductor de la campaña.

Unidas, pues, las dos columnas y contando ahora nuevamente con 1.500 hombres en total, la marcha prosiguió para

el norte, hacia Puerto Méndez, debiendo batirse en tres oportunidades con las fuerzas que trataron de cercarlos. Luego, a través de una picada abierta en la selva, llegaron a la costa del Paraná. Eran quinientos metros de agua torrentosa y llena de remolinos, que les era necesario cruzar para internarse en la República del Paraguay, única forma de eludir el círculo de hierro de las tropas enemigas. Así lo hicieron trabajosamente en una pequeña embarcación destartada, que tenía además las máquinas descompuestas, y en dos canoas. El 28 de abril terminaron el cruce, pidiendo autorización a las autoridades paraguayas para pasar por su territorio. Y al día siguiente llegaba el enemigo creyendo tener a la Columna comprimida sobre el gran río, encontrando que había desaparecido.

Ciento veinticinco kilómetros de marcha penosa por las selvas paraguayas los llevaron nuevamente hasta los límites con el Brasil. Los hombres iban barbudos, harapientos, sucios y apenas calzados con restos de botas y zapatos. Algunos marchaban a caballo y otros a pie. El 3 de marzo volvieron a cruzar la frontera, ingresando a Mato Grosso. Por allí entraron al Patrimonio de Durados, más allá de Puerto Felicio, y a continuación a Campanario, centro del inmenso latifundio de la empresa Matte Larrangeira.

La vanguardia al mando de Joao Alberto, marchaba siempre combatiendo, y así entraron finalmente en Punta Porá. El 1° de junio, cruzando campos y ríos, llegaron a Retiro Misael y el 4 a Patrimonio de Jaraguaury, mientras las fuerzas del gobierno, a cargo de Bertholdo Klinger, se reunieron con las del coronel Pericles de Albuquerque para presentarles batalla. Pero los hombres de la Columna las esquivaron, escaramuceándolas y sólo presentándoles combate cuando lo consideraron conveniente. Mientras tanto, aprovecharon para reunir ganado para alimentarse, proveerse de

caballada y vestirse, marchando ahora gallardamente con sus armas y grandes pañuelos rojos al cuello.

El 17 de junio la Columna derrotó a un destacamento "mineiro", y el 18 entró en el pueblo Paraíso. En seguida, después de cercar parte de las fuerzas de Bertholdo Klinger, desdeñando destruirlas, por el costo que ello podría significar, siguieron para el norte por la selva de Mato Grosso, entrando en el Estado de Goyaz, en el llano central del Brasil. Ahora la campaña, más que propósitos estratégicos, había adquirido caracteres de subversión social. "Cuando decidimos emprender la marcha al norte del país –les explicaría más tarde Luis Carlos Prestes– ya los objetivos militares de la Columna habían pasado a segundo plano. Lo que teníamos en vista, principalmente, era despertar las poblaciones del interior, sacándolas de la apatía en que vivían, indiferentes a la suerte del país, desesperanzadas de cualquier remedio para sus males y sufrimientos. Y todo hace creer que esos resultados han sido logrados lo más satisfactoriamente que era posible."

Así el paso de la Columna era acompañado por actos de reparación: libertad de presos inocentes, destrucción de procesos abusivos, quema de libros de impuestos y de ceps. Grandes injusticias que soportaban esas poblaciones vejadas, pobres, hambrientas, aisladas detrás de la magnitud de las "Térras grandes", y siempre sometidas a la voluntad de los señores y de las autoridades que servían a éstos, eran enmendadas. En esta forma la marcha prosiguió por todo el "sertao" bajo soles y lluvias, cruzando pantanos intran-sitables o campos agotados por la sequía, penetrando por las tierras interminables de la "caatinga", trepando cerros y montañas, atravesando ríos desbordados, desde Rio Grande do Sul, Santa Catharina y Paraná a Mato Grosso y Goyaz, para seguir luego por Minas Geraes, Bahía, Goyaz otra vez,

Maranhao, Piauí, Ceará, Paranahyba, Rio Grande do Norte, Pernambuco. Y luego nuevamente Bahía y Minas Geraes, retrocediendo por segunda vez a Bahía, Pernambuco, Piauí y bajando finalmente a Goyaz y Mato Grosso. Del Uruguay y el Paraná al Amazonas, pasando por el San Francisco, todos los grandes ríos que jalonaban el trayecto fueron vadeados. Sólo en el Estado de Bahía cruzaron treinta y tres.

La Columna marchaba compuesta de negros, mulatos, mestizos, blancos y algunos indios. A veces la atacaban peses y enfermedades: sarna, paludismo, disentería. Y siempre combatiendo. Para municionarse debía tomar su "apoyo logístico" al enemigo. Diez veces el gobierno anunció que la Columna, perseguida por fuerzas veinte veces mayores, distribuidas por varios Estados, había sido destruida. El presidente Bernardes llegó a ofrecer una gran suma de dinero por la cabeza de Prestes. Las misiones militares extranjeras colaboraron con el Estado Mayor brasileño con el fin de preparar planes para aplastar a los rebeldes. Y aun oficiales instructores europeos se trasladaron al terreno de batalla, como consejeros de los mejores generales del ejército brasileño, que estaban al mando de las tropas gubernamentales.

Pero la Columna Prestes, como una reedición de la campaña de Canudos, cuando los negros "jagongos", de Antonio Conselheiro lucharon hasta el fin antes de someterse, continuó su travesía por caminos polvorientos, travesías penosísimas, serranías y peñascales, levantando los caseríos pobres con el sonido de sus cornetas, combatiendo aun con los "cangaceiros", unidos a las fuerzas del gobierno, y llegando en su marcha a recorrer 36.000 kilómetros, en cerca de tres años.

Por fin, el 3 de febrero de 1927, después de haberse empeñada en 53 combates y centenares de tiroteos, perdiendo 600 soldados y 70 oficiales muertos, y quedando reducida a

otros 600 hombres, la Columna cruzó la frontera de Bolivia, desde Mato Grosso, para concentrarse en La Gaiba, donde se disolvió. Aquellos hombres habían sido actores de una de las mayores epopeyas modernas y, posiblemente, una de las más grandes marchas de caballería del mundo.

Arribado a La Gaiba, Luis Carlos Prestes los había reunido antes de separarse, y les había dicho: "No hay solución posible para los problemas brasileños dentro de los cuadros legales vigentes. La cuestión no es de hombres, sino de hechos, es decir, de sistemas y de régimen. Ningún gobierno, aun animado de las mejores intenciones de este mundo, podrá, en los límites de la legalidad normal, resolver los problemas nacionales en ecuación. La solución tiene que venir de un cambio radical en todo, no solamente en la superficie política. Es necesario crear nuevas bases económicas y sociales de relaciones entre los hombres que habitan y trabajan en esta gran tierra. Cumple romper resueltamente las cadenas que oprimen al Brasil e impiden su desarrollo ulterior, su expansión grande y gloriosa".

Pero pocos lo habían escuchado, mientras él, en la lectura de los libros de Carlos Marx, con los que ahora había entrado en conocimiento, se reafirmaba en sus convicciones. Así fue como sus amigos de la Columna, desoyendo sus consejos, siguieron detrás de Getulio Vargas, cuando éste encabezó la revolución de 1930, que lo llevó al gobierno. Pero pronto se desengañaron. Y, tiempo después, sobre la base de ese desengaño, se formó la Alianza Nacional Libertadora, a la que Prestes pasó a acaudillar. "Ingreso en la Alianza Nacional Libertadora —había dicho— para combatir, hombro con hombro, con aquellos que no se han vendido a los imperialistas, por la liberación nacional del Brasil, por acabar con el estado de atraso feudal, por la defensa de los derechos democráticos

del pueblo brasileño... La Alianza Nacional Libertadora tiene que agitar y organizar a las masas para conducir las a la lucha. Todo brasileño honrado comprende perfectamente que la liberación nacional es imposible sin anular las deudas extranjeras, sin confiscar y nacionalizar las empresas imperialistas, sin expulsar del Brasil a los emisarios del capital imperialista."

La Alianza pronto hubo de arrastrar a grandes masas detrás de sus banderas y de la figura de su jefe y, consecuentemente, fue colocada en la ilegalidad. La tremenda crisis que soportaba el país, servía de resorte a sus impulsos.

Y ahora, como corolario de los sucesos del norte, y siguiendo las directivas de Luis Carlos Prestes, se levantaba en armas, lanzando una proclama: "¡Queremos una patria libre! ¡Queremos el Brasil emancipado de la esclavitud imperialista! ¡Queremos la emancipación nacional y social del pueblo brasileño!"

"Nuestro país es un coloso con pies de barro. La situación de las masas se hace peor cada día. La desocupación y la rebaja de salarios es la realidad cotidiana de la clase obrera. En el campo, donde sobreviven formas semif feudales y esclavistas de explotación, inclusive en el 'progresista' Estado de San Pablo, la crisis lanza al hambre a millones de asalariados agrícolas, colonos y pequeños propietarios. En el norte el flagelo de la seca se ha sumado a la crisis, matando literalmente de hambre a inmenso número de campesinos. Solamente en un Estado, Ceará, hay medio millón de hambrientos víctimas de la sequía. Al mismo tiempo los imperialistas, feudales y burgueses llevan la ofensiva intensa contra el nivel de vida de las masas, procurando descargar sobre éstas el peso de la crisis, mientras miles de bolsas de café son arrojadas al mar porque no pueden venderse.

"Pero las masas trabajadoras brasileñas han hecho ver ya la energía revolucionaria de que son poseedoras y cuán gran-

de es el proceso de radicalización que se opera en ellas. Sin grandes tradiciones y experiencia de organización y luchas independientes, han demostrado, sin embargo, cuánta es su decisión cuando se lanzan al combate."

La proclama estaba fechada el 26 de noviembre y manifestaba que el propósito del levantamiento era establecer un gobierno revolucionario, bajo la dirección de la Alianza Nacional Libertadora, y presidido por Luis Carlos Prestes.

Así pasaron las últimas horas de la noche y las primeras de la madrugada del día 27, mientras se continuaba escuchando el lejano eco de la lucha, que llegaba amortiguado hasta la celda. Pero, con las primeras luces del día, los hombres creyeron notar que la intensidad de los disparos disminuía, lo que los sumió en una gran incertidumbre. Y, poco después de mediodía, un total silencio señalaba que todo había concluido.

Sólo más tarde pudieron enterarse de que la sublevación había sido sumamente sangrienta y la derrota de los insurgentes aplastante, pues muchos regimientos comprometidos no llegaron a levantarse. Además, la celeridad del sofocamiento impidió que se manifestara, como de otro modo hubiera sido, el apoyo popular.

En el Campo dos Affonsos, a pesar de que el movimiento tomó por sorpresa a su jefe, éste pudo resistir el ataque de un grupo de sargentos, encabezados por el capitán Agliberto Vieira de Azevedo, y aún alcanzó a pedir refuerzos urgentes a la Villa Militar, situada a ocho kilómetros de Río de Janeiro, sobre la carretera a San Pablo, debido a que los sublevados no alcanzaron a cortar a tiempo las líneas telefónicas. También habían sido despachadas tropas para reprimir el levantamiento desde la Escuela de Artillería, cercana a la de Aviación.

El ataque de las fuerzas represivas fue rápido, y tan pron-

to como tomaron posiciones convenientes, cornenzaron a bombardear a los insurrectos, con el resultado de que, seis horas después, éstos se entregaron, no sin antes haber incendiado los cobertizos del campo de aviación, que quedaron ardiendo aún después de que la lucha terminara. Y, cuando se desvaneció el humo que los cubría, pudo advertirse que habían quedado totalmente destruidos.

De mayor envergadura fue la sublevación en los cuarteles de Urca, en Praia Vermelha, lugar rodeado de un hermoso marco de mar y montañas, muy conocido por su Casino y su intensa vida nocturna. Aquí se había levantado el tercer regimiento de Infantería, bajo el mando del capitán Agildo Barata, arrastrando a otros cuerpos.

Para poder combatir el alzamiento, el gobierno ordenó la evacuación de todos los pobladores civiles de la zona. Y de inmediato, fuerzas de artillería, especialmente convocadas, comenzaron a operar sobre los cuarteles con el resultado de que, ya a los primeros cañonazos, los proyectiles hicieron blanco, iniciándose un incendio en el ala exterior, que se propagó luego al resto de los edificios. También la infantería tomó parte en la represión, avanzando desde los fuertes de Sao Joao y Leme, a través de las colinas, agregando al estampido de los cañones, el tiroteo de la fusilería y el tableteo de las ametralladoras. Más tarde, habían participado en el ataque cuatro aviones que dejaron caer bombas incendiarias.

El resultado fue gravísimo y, después de algunas horas, los cuarteles de Urca ardían en medio de enormes llamaradas y grandes columnas de humo, a pesar de la lluvia que empezó a caer en medio de la mañana.

Luego, otras tropas en motocicletas y equipadas con ametralladoras se habían acercado a los cuarteles con el fin de tomarlos, provocando la huida de los rebeldes que aún

resistían, quienes trataron de refugiarse en el Casino.

Y, encontrando cerrado el camino, buscaron hacerlo en los cerros, donde también fueron contenidos por la fuerza del gobierno.

Finalmente, a las doce horas de iniciado el levantamiento, todo quedó terminado, dejando un gran número de bajas, en medio de imponentes ruinas humeantes. Las ambulancias pasaban una tras otra, entre aullidos de sirenas, llevando su carga de heridos hacia los hospitales. También lo hicieron varios camiones con cadáveres cubiertos por una lona. Por la tarde los cuarteles incendiados aún humeaban y despedían llamaradas.

Por fin una última información fue difundida por las agencias noticiosas:

"Río de Janeiro, 28. – Ayer abortó una tentativa de implantar el comunismo en el Brasil. El gobierno infligió una terrible derrota a los rebeldes. La revuelta duró unas doce horas, desde la 1 de la madrugada, cuando fueron sorprendidas las tropas leales de Campo dos Affonsos, hasta las 13, en que fue capturado el último de los insurrectos de Urca. Durante ese breve lapso hubo una sangrienta lucha fratricida y se observaron muchas víctimas y daños materiales cuando se desvaneció el humo que envolvía las ruinas de los cobertizos del aeródromo y de los cuarteles de Praia Vermelha. El elegante vecindario de Urca quedó pronto transformado en un campo de batalla al avanzar las tropas del gobierno por la avenida Pasteur, arteria principal del barrio. También las fuerzas del gobierno se adueñaron de las sierras para dominar desde ellas a los rebeldes. Éstos se rindieron sólo después de que los cuarteles quedaron reducidos a escombros. A la entrada del valle de Urca estaban los restos del otrora hermoso edificio de la exposición de 1908, que ahora era sólo una pira

funeraria. Los árboles de la avenida Pasteur quedaron hechos astillas o arrancados de raíz. Sus ramas y fronda tapizaban las calles y veredas. Como los bomberos continúan extrayendo cadáveres de las ruinas del cuartel de Urca, no es posible todavía obtener cifras oficiales de las víctimas, aunque se calcula que sólo allí los muertos pasan de 200.

"También del norte se han recibido despachos informando que los rebeldes abandonaron Natal anoche, al amparo de la oscuridad. Por su parte, el gobierno anunció que algunos jefes del movimiento habían huido en el *Santos* y que se dieron instrucciones a los cruceros *Bahía* y *Rio Grande do Sul* para que persigan a aquel barco y lo hundan en cuanto lo avisten.

"El presidente Getulio Vargas, en un telegrama circular remitido a todos los gobernadores de Estados, les manifiesta la satisfacción de comunicarles que el violento movimiento subversivo, de carácter comunista, que estalló en la noche del 23 del corriente en Natal y Recife, y esta mañana en el distrito federal, ha sido totalmente dominado. 'Queda ahora la tarea de purificar el ambiente y segreggar los elementos cuyas actividades antisociales han llegado a perturbar de tal grado la vida de la nación. Le expreso mis felicitaciones por la rápida y enérgica manera en que fue dominado el movimiento subversivo, de tan antipatrióticas finalidades.' Queda, así, terminado el más sangriento conflicto que registra la historia contemporánea del Brasil".

V

Frente a la puerta del Albergue Municipal, con el tiempo húmedo y extremadamente frío de ese invierno, esperaba una larga cola de hombres oscuros, arrebujados dentro de sus abrigo —quienes los tenían— con el cuello levantado y las manos hundidas en los bolsillos. Sobre el horizonte, la selva de rascacielos perforando el cielo aparecía estática, impresionante, detrás de una tenue bruma que parecía querer desdibujarla sin conseguirlo. Esos rascacielos, con sus cúpulas audaces, estaban hablando de vigor y de triunfo. Sin embargo, no quedaban, ahora, sino como una apariencia que ocultaba un fracaso. Eran cual espectros de un tiempo ido, como expresiones de un anhelo de grandeza que se había enfumado.

Por eso los hombres alineados en gigantescas filas frente al Albergue Municipal, de Nueva York, permanecían allí como aturdidos, sin comprender aún exactamente lo que había pasado. Quienes habían ingresado antes ocupaban multitud de mesas y, al igual que los que esperaban, se mantenían en silencio, como si algo hubiera aniquilado sus voluntades ante circunstancias para las que parecía no haber perspectivas ni esperanzas. Y comían con la mayor rapidez, sin levantar los ojos del plato.

Por algo así como el ala negra de una catástrofe había pasado sobre todos desde el "crash" de la Bolsa, a fines de 1929: la crisis, la profunda crisis de un sistema que se consideraba en el máximo período de su florecimiento, el que debía ser el asombro de las edades, pero que repentinamente y sin razones explicables para ellos, dejaba de funcionar, provocando consternación y anonadamiento de quienes lo creían tan firmemente establecido como la rotación de los astros o la puesta y la salida del sol. En esta forma, un sueño

de riquezas sin límites se había transformado, de la noche a la mañana, para la gran masa de la población, en un desgarrante cuadro de pobreza.

Los negocios se habían paralizado, las fábricas disminuido su ritmo de producción o dejado de trabajar, importantes bancos habían quebrado, y la vida misma de la nación semejaba haberse detenido, dejando no sólo miles y miles, sino millones y millones de personas cesantes y vagabundas. Y exactamente cinco años después de que se anunciara enfáticamente desde Washington que los Estados Unidos habían alcanzado el más alto nivel de vida de la historia de la humanidad, llegaba al gobierno el nuevo presidente Franklin D. Roosevelt prometieron un "New Deal" y creando la National Recovery Administration (N.R.A.), para que nadie se fuera a morir de hambre en el país. Y al cuadro de plenitud, sucedió otro de escasez, en medio de un espectacular escenario que aún hablaba de magnificencia y que estaba preparado para festejar una victoria y no para lamentar una derrota.

Agresiva y súbitamente habían hecho su aparición las luchas sociales. Manifestaciones de desocupados pidiendo "pan y vestidos", huelgas violentas, hombres "sandwiches", a menudo varios en una misma cuadra, haciendo piquete frente a distintas casas de comercio con grandes carteles al pecho y a la espalda, anunciando que estaban en conflicto con ellas y pidiendo al público que se abstuviera de comprar allí. A ello venían a agregarse demostraciones estudiantiles, y manifestaciones que a menudo recorrían Broadway y Times Square, terminando generalmente con escaramuzas con la policía.

Y luego otra visión más profunda y más impresionante: las multitudes de desocupados ambulando por las calles, llenando por completo los bancos de las plazas, y aglomerándose en todos los lugares públicos. Caras que revelaban signos

de hambre y manos que se extendían pidiendo para "una taza de café". Hombres tirados en gran número para dormir en las puertas de los edificios, y en las escaleras, pasillos y andenes de los subterráneos, en tal forma que era casi imposible circular por ellos. O reunidos en grupos para encarar los problemas fundamentales del momento: Roosevelt, "New Deal", desocupación, máquinas, Japón, Hitler, capitalismo, comunismo, Marx, cuyo nombre se repetía por todos lados y era una palabra nueva en labios norteamericanos. Miseria, trágica miseria en medio del despliegue de lujo y de potencia de la ciudad más rica del mundo.

Por eso los hombres alineados frente a las puertas del Albergue Municipal, esperando su turno para ser admitidos en los comedores públicos gratuitos, permanecían mudos y desconcertados, teniendo ante sí un angustioso interrogante para sus vidas inútiles y frustradas por acontecimientos cuyas raíces y proceso no alcanzaban a comprender.

Sin embargo, aún parecían resonar en sus oídos las sentencias que, apenas unos años antes, tantas veces habían escuchado:

"Los verdaderos líderes actuales de los Estados Unidos no necesitan que se les advierta que el propósito de la industria es hacer ricos a todos... No sólo la prosperidad se estabilizará, sino que el dominio de las clases desaparecerá para establecer una verdadera democracia por primera vez en la historia humana..."

"Se está realizando una revolución en la industria que eleva a todas las clases de la población a una mayor igualdad en la participación de sus productos, y así, por acción natural de las leyes económicas, nos acercamos a la realización de los sueños de los Utopistas que encaraban el día en que la pobreza desaparezca de la tierra..."

"Lo que los socialistas soñaron, el nuevo capitalismo lo ha hecho realidad, pero no con sus métodos. El permanente deseo de mejores beneficios llevará a la adopción de nuevos principios... Estamos en el comienzo de una nueva era, de una bendición que antes nunca nos atrevimos a soñar, edificando una civilización y conquistando un grado más alto de prosperidad..."

"Se ha establecido un nuevo principio: el consumo financia la producción. Cuanto más riqueza se consume, más esa riqueza se incrementará. Se trata de una nueva revolución industrial, que es la maravilla del mundo civilizado..."

"En lugar de la concentración de la riqueza, estamos presenciando su difusión, pero las viejas diatribas contra la plutocracia se siguen escuchando... En lugar de bajos salarios, los tenemos altos, y sin embargo, la antigua fraseología, incluso términos como la 'esclavitud salarial', todavía tienen boga... En lugar de que los obreros se encuentren en una posición de dependencia, están obteniendo rápidamente su propia independencia, transformándose en capitalistas. Estamos logrando una igualdad en la prosperidad... Ni los socialistas ni las sociedades cooperativas presentan un plan de organización tan bien adecuado a la necesidad de los obreros que desean poseer sus propias fábricas, como lo hace el método de acciones de las compañías... El desarrollo completo del llamado sistema capitalista no se alcanzará hasta que todos se hayan transformado en propietarios o copropietarios de algún medio de producción. Así estableceremos una verdadera democracia económica. Ésta es nuestra respuesta a Marx y a Lenin. Estamos, pues, en la aurora, no en el crepúsculo de los dioses..."

Pero todo eso se había disipado y ahora las que realmente sonaban eran las palabras del nuevo presidente Roosevelt, que se había hecho cargo del gobierno el año anterior:

"Hace cuatro años, si la gente hubiera oído y creído lo que

se decía, podía esperar ocupar su puesto en una sociedad bien provista de cosas materiales y mirar adelante hacia la hora no lejana en que viviría en su propia casa y sin esfuerzo podía costear sus necesidades, y hasta asegurar con sus ahorros la tranquilidad de un mañana venturoso... ¡Qué tristemente distinto es el cuadro que vemos a nuestro alrededor en la actualidad! Si sólo el miraje se hubiera desvanecido, no tendríamos razón para lamentarnos, pues todos hubiéramos salido ganando. Pero con él se desvanecieron, no sólo las ganancias fáciles de la especulación, sino también lo que los hombres y las mujeres habían guardado para su vejez y para la educación de sus hijos. Con esos ahorros desapareció, entre millones de nuestros conciudadanos, esa sensación de seguridad justamente experimentada, de que formaban parte de un país abundantemente dotado de recursos naturales y con productivas facilidades para emplearlas en las necesidades de la vida de nuestra población. Pero la calamidad fue aun más grande: con la expectación de la futura seguridad, se desvaneció también la certeza del pan cotidiano, del vestido y del techo.

"En efecto, los valores se han depreciado hasta llegar a niveles fantásticos; los medios de cambio están paralizados en las corrientes del comercio; las empresas industriales se ven en situación ruinosas; los agricultores no encuentran mercado para sus productos, y los ahorros de muchos años de trabajo, para miles y miles de familias, han desaparecido por completo. Y, lo que es más importante, un número elevadísimo de desocupados debe hacer frente a los problemas de la existencia diaria sin medios para ello... Solamente un loco optimista podría negar las sombrías realidades de la hora presente... El país necesita y, a menos que me equivoque al respecto, el país pide una audaz y persistente experimentación. Lo que hemos estado acostumbrados a llamar erróneamente 'prosperidad',

no es más que una última ostentosa rotación del mecanismo económico antes de sucumbir nuevamente a ese misterioso impulso que lo hizo detener.

"Porque hay una trágica ironía en nuestra actual situación económica. No hemos sido arrastrados a nuestro estado presente por ninguna calamidad natural —por sequías, inundaciones o temblores de tierra—, o por la destrucción de nuestra máquina productora o de nuestro poder humano. Tenemos una superabundancia de materias primas, de equipos para manufacturar esos productos y transformarlos en las mercaderías que se requieren, y transportes y facilidades comerciales para ponerlas al alcance de todos los que las necesiten. Una gran parte de nuestra maquinaria y nuestros servicios permanecen ociosos, mientras millones de hombres y mujeres corporalmente aptos e inteligentes, sumidos en la más cruel necesidad, claman por una oportunidad de trabajo.

"Nuestra aptitud, pues, para hacer funcionar el mecanismo económico que creamos, ha sido desafiada. Estoy dispuesto, de acuerdo con mi deber constitucional, a proponer medidas que esta Nación depresionada, en un mundo depresionado, puede exigir, en cualquier momento".

Eso recordaban vagamente quienes esperaban. Y, cuando un turno terminaba su comida, otro iba entrando para acomodarse lentamente en las mesas que habían quedado vacías.

Un diario obrero anunciaba: "El ciclón de huelgas y demostraciones que comenzaron a barrer el país desde fines de 1932, se ha exacerbado ahora como una expresión de la suerte corrida por la clase trabajadora bajo la N.R.A. 3.000 desocupados asaltaron la oficina de Socorro de Oklahoma City, siendo dispersados con bombas lacrimógenas por la policía y con mangueras por los bomberos. 1.000 mineros marcharon

sobre la Central de Socorro, en Hillsboro, Illinois; los mineros en huelga en Alabama fueron repelidos y varios de ellos muertos por las organizaciones fascistas fomentadas por los propietarios de las minas. Los estibadores de Baltimore y New Orleans paralizaron los puertos en una huelga marítima. En Minneapolis entre 30.000 y 40.000 camioneros fueron a la huelga, y alrededor de 20.000 hicieron piquetes en el mercado, al mismo tiempo que lucharon contra la policía y los rompehuelgas. Como resultado más de 50 personas fueron heridas y un rompehuelgas perdió la vida a manos de los huelguistas. En Toledo, donde todo comenzó con la huelga de los obreros de la Electric Auto-Lite, la ciudad entera estuvo prácticamente bajo la ley marcial. Los soldados de la manera más brutal lanzaron gases y golpearon a los trabajadores por las calles. Tres obreros fueron muertos y alrededor de 100 quedaron heridos. La guerra de clases transformó a Toledo en un campo de batalla con los negocios paralizados, la prensa levantando el fantasma rojo y las huelgas extendiéndose de una fábrica a otra. Día a día la resistencia obrera toma caracteres más importantes y más violentos en todo el país".

Ahora le tocaba el turno a San Francisco, donde la columna de manifestantes que desfilaba por Market Street alcanzaba a cerca de una milla y media. Era una imponente manifestación masiva la que iba avanzando silenciosa, al son de marchas fúnebres ejecutadas por las bandas de música que la acompañaban. Al frente, entre patéticas demostraciones de duelo, eran conducidos los cadáveres de dos huelguistas que días antes habían sido baleados en un encuentro con la policía, en los muelles del puerto. Este encuentro ocasionó también 70 heridos. Todo comenzó cuando el Sindicato de Obreros Marítimos, dirigido por Harry Bridges, declaró la huelga de los estibadores de la costa del Pacífico, a la que se habían adherido también los

marineros, dando lugar a la paralización total de los puertos de San Francisco, Los Ángeles, Portland y Seattle. Los estibadores pedían mejores salarios, menos horas de trabajo y control de las oficinas de empleo. La huelga se venía prolongando desde hacía ya varias semanas, habiéndose producido numerosos choques entre huelguistas con los rompehuelgas y la policía, por lo que los diarios reclamaban insistentemente la proclamación de la ley marcial, pues "había que mantener los puertos abiertos", restaurando la "normalidad".

Y, en un intento de hacer llegar a los muelles varios camiones cargados, se produjo un tiroteo con numerosas víctimas, dando lugar a lo que se llamó el "Jueves sangriento".

Ahora estaban enterrando a los caídos con una demostración de 40.000 personas, mientras igual número presenciaba su paso. Y, como protesta por los hechos, se había declarado una huelga general en San Francisco, donde el movimiento llegó a alcanzar a 125.000 trabajadores, llevando la ola de huelgas a un nuevo punto culminante. Todas las ciudades de la Bahía Este se paralizaron, abarcando a Oakland, Berkeley, Alameda y los territorios vecinos. Los trenes, ferries y líneas de ómnibus dejaron de circular, haciéndolo sólo los ferries de la Southern Pacific, debido a que conducían el correo. Los soldados y los marineros de dos buques de guerra, lo mismo que la policía, rodearon todo el distrito comercial de San Francisco, aparte de que en el resto de la ciudad se estacionaron agentes en numerosas esquinas.

La más extrema reacción no se hizo esperar. 7.000 hombres de la Guardia Nacional fueron enviados portando tanques, cañones y hasta aeroplanos. También se hicieron presentes la Legión Americana y otras sociedades patrióticas, que reunieron un fondo de 5 millones de dólares, de los cuales un millón fue proporcionado por la Standard Oil. Y de

inmediato comenzaron a ser asaltados los locales sindicales, los periódicos y las bibliotecas obreras, y hasta las familias de los huelguistas. En San Francisco la policía llegó a detener a más de 600 personas, que fueron hacinadas en una prisión que apenas podía alojar a 175.

La huelga, calificada de "revolución comunista" por los diarios de la prensa Hearst, terminó levantada a los 4 días, sin embargo, por votación muy estrecha del comité que la dirigía. Y para el general Hugh Johnson, jefe de la N.R.A.: "Cuando el comercio interestatal e internacional es paralizado en toda una costa, cuando el aprovisionamiento de víveres necesarios para toda la población –incluso la leche para los niños– está amenazado, se trata de una insurrección sangrienta".

Estaban en una calle del East Side, de Nueva York, transitadas como de costumbre por multitudes sin fin, que iban y venían frente a los edificios opacos y tristes, de pocos pisos, que albergaban los "slums", los conventillos, cuyas ventanas aparecían llenas de caras mirando para afuera o tapadas por sogas con ropa tendida. Los carritos de los vendedores ambulantes se extendían por cuerdas y cuerdas, junto a las aceras de las calles y avenidas, casi hasta el puente de Brooklyn. De tanto en tanto se formaba un mercado callejero donde los desocupados cambalacheaban sus ropas, zapatos, camisas, sobretodos, corbatas, así como también relojes, carteras, lapiceras y otras mercaderías, a veces tan gastadas, después de haber pasado de mano en mano, que casi podrían considerarse inservibles. Sin embargo, en esos mercados siempre tenían valor y se cotizaban.

Mientras quitaba el retrato de su esposa, ya fallecida, del interior de la tapa de un reloj de marca suiza que por largos años lo había acompañado, y que acababa de vender, un

hombre fue contando toda su historia: hacía dos años que no trabajaba y su familia, después de la muerte de su mujer, y a consecuencia de la crisis, se deshizo. Sus dos hijos tomaron cada uno su rumbo, y no tenía más noticias de ellos. Él se vino a pie desde Syracuse para ver a una hija casada que vivía en el Bronx, pero ésta, con su marido y sus hijos se encontraba en tal estado de estrechez económica, que prácticamente le pidió que se fuera. Ahora vivía como podía, durmiendo en los subterráneos y comiendo donde le era posible.

Después de escucharlo con poco interés, el comprador, para completar el trato, le ofreció un cigarrillo.

—Gracias, pero no puedo fumar cuando tengo el estómago vacío.

—¿No concurre al Albergue Municipal?

—¡Oh! Ese sitio es terrible. La comida que dan no se puede mantener en el estómago.

Y, sosteniendo aún en la mano el dólar que había conseguido por su reloj, prosiguió:

—Ahora me compraré un "hamburger" y una taza de café. Se dio vuelta.

—En la 2ª Avenida y calle 14 hay un sitio muy bueno. Y se alejó sin despedirse.

En el horizonte lejano, sobresaliendo sobre las construcciones vecinas cubiertas de carteles "Se vende" y "Se alquila", aparecía la cúpula del edificio Chrysler, y un poco más lejos, el Empire State. Las filas de bancos de Tompkins Square estaban colmados por centenares de desocupados que permanecían en ellos hundidos bajo el peso de sus vidas inútiles, uno junto al otro, callados e inmóviles, como golondrinas paradas en los alambrados telefónicos en primavera. A un costado de la plaza había un cartel de doble faz, de

regular tamaño, abierto en la parte inferior para sostenerse sobre cuatro patas, mostrando de cada lado una figura militar que apuntaba con su dedo índice, junto con una leyenda imperativa: "Ingrese al ejército". Y más abajo, la dirección de las oficinas de reclutamiento.

En los bancos, los hombres, blancos y negros, algunos con el sombrero echado sobre los ojos, parecían dormir, mientras recibían los pálidos rayos de un sol marchito, ya casi en el ocaso. Varios se distraían leyendo periódicos que habían recogido de un depósito de basuras:

"George Hughes fue horriblemente quemado en la celda de su prisión, en junio de 1931, en Herman, Texas. El gobernador prohibió al sheriff disparar sobre la multitud, garantizando la impunidad del acto".

"John Hatfield, trabajador negro, fue apresado por una banda de blancos en Ellisville, Mississippi, y el principal diario del Estado, el *Jackson Daily News*, anunció con grandes titulares el lugar exacto y la hora de la orgía. Diez mil personas respondieron a la invitación y el alcalde del distrito, T. W. Wilson, les dirigió la palabra mientras se efectuaba el linchamiento".

"En Marion, Indiana, en agosto de 1932, una pandilla anunció su intención de linchar dos muchachos negros que se encontraban presos. Cuando la multitud llegó, encontró la puerta de la prisión y la de la celda abiertas de par en par, habiendo dado así las autoridades de la cárcel toda su cooperación al hecho".

"Cuando Matt Williams fue apresado en Salisbury, Maryland, en diciembre de 1931, las autoridades del hospital donde se hallaba nada hicieron para impedirlo. Y mientras la terrible tortura se llevaba a cabo, en uno

de los sectores más concurridos de la ciudad, la policía se encontraba dirigiendo el tránsito para que el linchamiento no fuera interrumpido."

"Raymond Gunn fue quemado en Maryville, Missouri, en agosto de 1933, mientras la Guardia Nacional se hallaba presente. El oficial a cargo del regimiento informó que sus instrucciones eran las de actuar únicamente si el sheriff lo pedía. Y como el sheriff rehusó requerir sus servicios, presenciaron todo sin levantar un dedo".

"Más de 500 personas se reunieron en Nodena, Arkansas, mientras un negro era quemado lentamente por un grupo de plantadores del Estado. El negro se encontraba encadenado a un poste y algunos colocaron ramas y hojas a sus pies, volcando luego gasolina y prendiéndole fuego. Cuando las llamas llegaban al abdomen del negro, alguien se adelantó y le arrojó gasolina a todo el cuerpo. En sólo pocos minutos el negro quedó reducido a cenizas".

"Una mujer de color, en avanzado estado de preñez, fue colgada de las rodillas en Frankfort, Georgia, por una multitud. Y mientras se encontraba en esa posición su hijo, nonato, le fue arrancado del vientre".

Otros, más lejos, bebían de un frasco adquirido en un negocio vecino de \$ 0,05 y 0,10. Y, cuando hubieron terminado su contenido, lo arrojaron al recipiente de basuras. En la etiqueta del frasco estaba escrito en forma bien visible: "Alcohol desnaturalizado para uso industrial. En caso de ingerirse provocará serios disturbios internos".

Por una de las aceras llenas de residuos y arriba de las cuales corría el tranvía "elevado", que daba a la calle un aspecto más lúgubre, venía avanzando, imperturbable, un

hombre desnudo. Sólo llevaba puestos los zapatos y el sombrero, y acababa de salir de uno de los refugios nocturnos que jalonan el Bowery, entre fondines oscuros y sótanos con carteles anunciando que allí se hacían tatuajes. Eran las once de una noche fría y la calle estaba escasamente circulada. Al paso del hombre pocos ponían especial atención y algunos ni lo miraban. Un loco o un borracho al que robaron la ropa.

No había avanzado cincuenta metros cuando apareció un patrullero policial que seguramente estaba de recorrida. Era un automóvil abierto que llevaba un chofer adelante y varios agentes en el interior. El patrullero se detuvo por donde marchaba el hombre desnudo y los agentes descendieron tomándolo de los brazos, sin mayores palabras ni miramientos, para hacerlo sentar adelante, junto al chofer, sin que él opusiera la menor resistencia. En seguida el auto partió velozmente, mientras el hombre iba recibiendo en su cuerpo todo el viento glacial que el vehículo levantaba en su curso.

Pero apenas unos metros más adelante, un perro cruzaba la calle y el patrullero lo atropelló, dejándolo herido y aullando en medio de la calzada.

Los lastimeros quejidos del animal hicieron que la gente que pasaba se congregara a su alrededor, mientras todos se compadecían. Y cuando alguien se agachó para tratar de socorrerlo, el perro cesó en sus lamentos, se arrastró rápidamente como pudo entre las piernas de los presentes, y entró a todo escape en el refugio nocturno de donde el hombre desnudo había salido.

En el puesto de periódicos de la esquina, estaban en exhibición los matutinos del día siguiente, en los que se alcanzaban a leer algunos titulares: "Miles de mujeres reciben salarios inferiores de 4 dólares por semana. Muchas duermen en los subterráneos, así pueden adquirir alimentos". "Un veterano

de la guerra del 14 se suicidó para que su familia pudiera cobrar bonos por 275 dólares". "El número de desocupados llega a la cifra récord de 11.590.000".

La gran manifestación marchaba por las calles bordeadas de rascacielos, que semejaban un cajón para aquel río humano en movimiento. Al frente, en un automóvil, iban las madres de los negros que se encontraban a punto de ser ejecutados bajo las falsas acusaciones, en Scottsboro. Luego avanzaba un inmenso dragón de 15 metros representando al fascismo, seguido de ataúdes, llevados a hombro por los manifestantes, simbolizando los cadáveres de Hitler, Mussolini y Pilsudski. Más atrás venían caricaturas del presidente Roosevelt, del intendente de Nueva York, La Guardia; del jefe de la N.R.A., general Johnson. Y, finalmente, una interminable columna de hombres y mujeres, que se extendía a través de la ciudad, durando su desfile varias horas, entre gritos, cantos y el continuo paso de cartelones: "Luchemos contra el fascismo y la guerra", "Queremos salarios, no propinas por nuestro trabajo", "Todos los fondos de guerra para los desocupados", "Abajo los sindicatos patronales", "Contra la rebaja de salarios y por igual pago al negro y al blanco", "Por el día de 6 horas y la semana de 5 días", "Abajo el terrorismo linchador de la clase baja gobernante", "Queremos seguro de desocupación", "Nuestros hijos tienen hambre y están mal nutridos", "Queremos la libertad de los negros de Scottsboro", "Queremos la libertad de Tom Mooney", "Abajo la Federación Americana del Trabajo, preparadora del camino hacia el fascismo", "Menos barcos de guerra y más escuelas", "Luchemos contra los preparativos guerreros del gobierno de Roosevelt, agente de Wall Street", "Por la China soviética", "Manos fuera de Cuba", "Abajo el New Deal", "En el mundo capitalista hay más de 40 millones de desocupados", "Por un frente único contra el hambre, el fascismo y la guerra".

La manifestación, como en la época de Daniel de León y Eugenio Debs, se había iniciado en Union Square, siempre abarrotada de desocupados, que llenaban no sólo los bancos, sino también hasta las escalinatas de los monumentos. Aquel día en el cinematógrafo Acme, sobre la calle 14, se daba *El acorazado Potemkin*, de Sergei Eisenstein, mientras que algo más lejos, en el teatro Civic Repertory, sobre la misma calle, anunciaban *Stevedore*, de Paul Peters y George Skliar: "Emocionante drama de los trabajadores blancos y negros en los muelles de New Orleans".

Existía el propósito de que esta celebración del 1° de Mayo fuera la más grande que se hubiera realizado nunca en los Estados Unidos, y desde tiempo atrás se habían hecho los preparativos, aunque socialistas y comunistas efectuaran manifestaciones separadas. Para darle más relieve, vinieron trabajadores de los Estados vecinos, de New Jersey, de Pennsylvania, de Maryland. También de las industrias, ahora casi paralizadas, del este y del medio oeste: de las automovilísticas de Detroit, de las metalúrgicas de Pittsburgh, de las del caucho de Akron, del papel de Kalamazoo, de la seda de Patterson, de productos alimenticios de Battle Creek, de aparatos de precisión de Providencia. Asimismo, ferroviarios de Chicago, mineros de Kentucky y aun chacareros de Minnesota.

Cuando llegó la hora de los discursos, alguien, desde una tarima, expresó: "La burguesía norteamericana quiere tener una clase obrera sumisa, pronta a dar la vida por la 'gloria' de las inversiones de sus banqueros, por la 'gloria' del imperialismo yanqui. Se utiliza el látigo y unas pocas migajas de pan de caridad para los desocupados, y las prisiones y los asesinatos para los obreros negros y blancos rebeldes. Pero la lucha de clase se vuelve cada día más aguda y encarnizada. Las ilusiones diseminadas entre las masas de los obreros y campesinos

norteamericanos sobre la 'prosperidad' permanente, han sido eliminadas. Las masas han perdido toda la confianza en el poder 'maravilloso' del capitalismo para restaurarse. Al mismo tiempo los salarios decrecen más rápidamente que nunca. La miseria, la ruina, el hambre y las expulsiones aumentan de una manera brusca entre la población trabajadora de blancos y negros, y entre los campesinos. El porcentaje de los obreros negros desocupados es relativamente mucho más grande que el de los blancos, y la situación de las masas negras por completo insoportable. Por eso decenas de millares de desocupados negros han participado activamente en las manifestaciones de masas contra el hambre y la desocupación, y en las marchas de hambrientos, tanto en el orden local, como nacional. Millares de obreros negros han reaccionado de la manera más militante en la lucha contra los desalojos en Chicago, Cleveland, Detroit y Nueva York. Las campañas de terror y asesinatos de la policía han tenido como resultado que muchos obreros negros hayan sido asesinados en Chicago y Cleveland. Pero el efecto fue justamente contrario al que esperaban los patrones y sus lacayos. En lugar de lograr el miedo y la intimidación, estas represiones han suscitado un espíritu militante más fuerte y una grande voluntad de combatir. Un lazo creciente de unión entre los obreros negros y blancos se ha establecido en el curso de estas luchas.

"Los patrones de las empresas textiles, de cuero y de piel de zapatos, y otros capitalistas de Nueva Inglaterra, escogieron a Sacco y Vanzetti como víctimas para ser electrocutadas a fin de 'mantener a los extranjeros en su lugar', buscando intimidar a los obreros italianos, portugueses, griegos, sirios y otros, de Lawrence, New Bedford, Fall River, Haverhill. Aquél fue un desafío a la clase obrera revolucionaria del mundo. Hoy se trata de lo mismo con los condenados de Scottsboro. 'Se debe dar

una lección a los negros.’ ‘Se debe hacer conocer su lugar a las masas negras.’ ‘Hay que poner fin a la agitación y a la efervescencia’, tal es lo que dice la burguesía del sur. No vale la pena ya organizar horribles linchamientos aislados, ni aun dobles; esto no es lo suficientemente ‘dramático’. Hacen falta otras cosas en mayor escala. El caso de Scottsboro es un caso típico de esta nueva fase en el sur. Además, no es solamente un desafío a los obreros del mundo entero, sino a los pueblos coloniales que son doble y triplemente explotados por el capitalismo en Asia, África y la América Latina”.

Y, cuando todo terminó, aún parecía haber quedado resonando, en el trayecto, el eco de los párrafos de la canción rebelde, que marcharon cantando los manifestantes en el seno mismo del más poderoso imperialismo:

¡Arriba los pobres del mundo!
 ¡De pie los esclavos sin pan!
 Y cantemos todos unidos
 ¡Viva la Internacional!

El grupo de desocupados se apiñaba sobre aquel respiradero del subterráneo, en Times Square, como lo hacían otros grupos en todos los de la red de Nueva York. La temperatura fría los obligaba a detenerse allí casi todo el día. Cada vez que pasaba un tren, subía un chiflón impulsado con fuerza por el convoy. Sin embargo, esos respiraderos proporcionaban un aire viciado, pero caliente, calefacción precaria que los hombres, permaneciendo de pie sobre ellos horas y horas, se disputaban.

La situación general, en lugar de mejorar, parecía haber ido empeorando. En todo el país continuaban las huelgas y las demostraciones violentas, mientras las plazas de las principales ciudades seguían cubiertas de desocupados, que allí

dormían en el suelo, envueltos en hojas de diarios para abrigarse. En California, el famoso escritor Upton Sinclair levantaba su plan E.P.I.C. (End Poverty in California - Terminar con la pobreza en California), postulándose como candidato a gobernador para realizarlo. El Día de la Bandera, un enorme emblema rojo aparecía flameando al tope del mástil de la Luz Eterna, levantado en memoria de los muertos en el conflicto de 1914-18. Otro día la ciudad amanecía oscurecida por nubes de polvo que, después de recorrer centenares de kilómetros desde las llanuras del Medio Oeste, traían el indicio de una gravísima sequía. Por último, luego de ser revisada en alta mar por el presidente Roosevelt, en la mayor demostración de potencialidad naval hecha por los Estados Unidos, toda la escuadra de guerra entraba en Nueva York, tras una ausencia de varios años, para anclar a lo largo del Hudson, mientras centenares de miles de espectadores contemplaban su arribo desde todos los puntos visibles, trayendo para muchos una sensación de alivio y de confianza ante la amenaza de la creciente marea de luchas sociales.

Y para culminar un año de agitación y de zozobra sin precedentes, se declaraba en septiembre la huelga general de los obreros de la industria textil, abarcando más de un millón de operarios, la huelga mayor en la historia de los Estados Unidos.

Entre el grupo de desocupados que permanecía de pie sobre el respiradero del subterráneo, en Times Square, todo eso parecía pesar como toneladas de plomo. Para ocupar su tiempo uno de ellos sacó un diario de su bolsillo, el *Daily Worker*, y fue leyendo en voz alta un artículo mientras sus vecinos escuchaban. El artículo tenía por título: "¿Quién gobierna en los Estados Unidos?", y decía: "El capital financiero, la oligarquía financiera que opera a través de las combinaciones y los bancos monopolistas. Toda esa amalgama está bajo el control de un

pequeño grupo de grandes oligarcas. General Electric, United States Steel, Radio Corporation y la General Motors, con la bandera de los Morgan y los Du Pont; la Standard Oil y otras corporaciones de Rockefeller y el Chase National Bank; los más importantes intereses norteamericanos en el exterior están identificados con los Guggenheim y los Mellon, y ambos con el National City Bank y Morgan, quien está vinculado asimismo con Anaconda Copper y los intereses exteriores de la American Telephone and Telegraph. Como en Europa, también en los Estados Unidos las grandes casas bancarias son las más activas promotoras de la exportación de capital y del imperialismo: J. P. Morgan y Cía., el Chase National Bank, y el National City Bank, los cuales además de controlar o tener influencia sobre las combinaciones monopolísticas más poderosas, participan en inversiones en los bancos y corporaciones industriales, particularmente en la América Latina.

"Así es como las compañías norteamericanas de la industria del acero adquirieron minas en Chile y Brasil. La United Fruit se extendió por todo el Caribe controlando recursos naturales, construyendo ferrocarriles y puertos, además de hacer préstamos a los gobiernos. General Electric adquirió importantes intereses en usinas de luz y fuerza y comunicaciones eléctricas. Lo mismo hicieron dentro de su esfera la Internacional Harvester, así como Swift y Armour en la industria de la carne. Los Guggenheim y otros intereses mineros obteniendo control sobre minas en México, Bolivia, Perú y Chile. La Standard Oil, con amplia influencia internacional, adoptó una posición agresiva en el control de las fuentes del petróleo, etc., etc.

"Pero si la gran crisis ha dislocado las empresas menores y aun algunas medianas, en cambio sólo ha servido para consolidar y provocar una mayor concentración en

las grandes. Éstas han podido hacerse dueñas de millares y millares de acciones, generalmente en manos de pequeños inversores que las adquirieron en la época de la 'prosperidad', cuando se hizo creer al pueblo que todos podían ser capitalistas y luego tuvieron que venderlas por necesidad, a precios de liquidación, al caer esas acciones catastróficamente en la Bolsa. Así es como hoy apenas el 10% de la población posee el 60% de su riqueza, y en medio del cuadro de desastre que presenta el país, ha podido anunciarse que nunca hubo tantos yates en los Estados Unidos.

"Ahora todos esos magnates tienen puesta su esperanza en los preparativos militares para una próxima guerra y en la mayor explotación de los países semicoloniales, para poder sacar al país de su actual estado de depresión y poner en funcionamiento nuevamente su maquinaria industrial, logrando nuevas y mayores ganancias. Al pueblo norteamericano no le queda, pues, otra perspectiva que pasar de la depresión a la guerra y de la guerra a la depresión. Así es como se prepara el capitalismo para subsistir. Y tal circunstancia es tanto más terrible, cuando se recuerda que, teniendo en cuenta la actual capacidad productiva del país, si ella fuera socializada, bastaría un trabajo semanal de media hora de parte de cada uno, para que todos tuvieran lo que les fuera necesario."

Mientras tanto, el cartel luminoso del *New York Times*, haciendo deslizar sus letras alrededor del edificio, sobre la calle 42, iba dando sus habituales informaciones:

Según las estadísticas del Instituto Tuskegee, en los seis primeros meses de 1934 hubo 6 linchamientos, dos menos que en igual período de 1933, y uno más que en el semestre inicial de 1932. Todas las personas linchadas fueron negros.

Se calcula que cerca de la cuarta parte de la población de la ciudad de Nueva York vive del auxilio del gobierno.

El promedio Dow Jones de cotizaciones en la Bolsa marcó un nuevo récord de baja.

El Papa dice que todos los males que aquejan a la humanidad se deben a la acción del demonio. No hay un solo demonio, sino millones de demonios.

Hitler afirma que el régimen nazi en Alemania durará mil años.

León Trotski acusa a Stalin de traicionar la revolución mundial socialista.

A consecuencia de la disgregación de sus átomos explotó un sol en la Vía Láctea.

FIN

La colección *Reediciones y Antologías* está animada por una mirada que vuelve sobre los textos pasados. Una visita curiosa y cauta que intenta traer al presente un conjunto de escritos capaces de interpelarnos en nuestra existencia común. Trazos sutiles que convocan a despertar la sensibilidad crítica de un lector, desprevenido u ocasional, que encontrará en estos volúmenes buenas razones para repensar nuestra incierta experiencia contemporánea.

Masas sufrientes, en movimiento, en lucha contra las patronales y el Estado. Balas lanzadas contra ellas por uniformados o por servidores privados de los patrones. Allí está la clave transparente del título de este libro, publicado en el año 1974, alrededor de cuatro décadas después de los diferentes sucesos históricos que en él se narran. En la Advertencia de Justo que precede al libro se lee: “Todos los sucesos que se relatan en este libro son históricos y ocurrieron –salvo algunas narraciones retrospectivas– entre los años 1931 y 1935, durante los días más dramáticos de la gran crisis económica mundial.”



ISBN 978-987-9350-19-5



9 789879 350195